



Rechazados y Dañados

CAROLINE STARK

RECHAZADOS Y DAÑADOS

Un romance entre hombre lobo y pareja rechazada
(Series Luna Wolf)
CAROLINE STARK

Copyright © 2024 by CAROLINE STARK

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

Capítulo 1

Thea

—Estamos perdiendo esta guerra, Arthur— dijo el General Rogan, el mejor guerrero y amigo de confianza de mi padre—. Las manadas Luna de Sangre y Luna Oscura se están alineando entre sí. Si Simon y Bryant comienzan a trabajar juntos, su dominio en el norte será demasiado fuerte como para romperlo. Tendrán los números y las habilidades para enfrentarse a cualquier cosa que les lancemos.

Mi padre había convocado una reunión de emergencia en su sala de guerra para discutir nuestro fallido ataque a Bahía Negra. Había convocado a sus dos generales de guerra, Iro y Rogan, para formular nuevas estrategias que ayudaran a nuestra causa. Llevábamos tres horas encerrados en esta mazmorra y lo único que habían hecho era ir de un lado a otro sin resolver nuestros problemas. Se habían alzado voces, se habían amenazado vidas, y dos hombres adultos se habían enzarzado como un viejo matrimonio.

Lo que antes había sido una mazmorra utilizada para encerrar lobos durante las lunas llenas se había convertido ahora en la sala de guerra del rey Arthur. Las cuatro paredes eran de hormigón con tres o cuatro antorchas alineadas a cada lado. La habitación en sí era deprimente debido a la falta de iluminación y ventanas. Por suerte, mi padre había puesto piso de piedra hacía unos años para que se pareciera menos a una prisión, aunque no mucho de todos modos. Estábamos sentados en el centro de la sala, en una gran mesa redonda de madera. Una lámpara de araña de metal colgaba sobre el centro de la mesa, ofreciendo una tenue iluminación gracias a las velas en ella.

Odiaba esta habitación porque me recordaba a una prisión, ya que en el pasado había sido una sala de tortura. A mi padre le encantaba porque estaba lo bastante lejos del pueblo de la manada para que no nos oyeran, pero lo bastante cerca por si nos necesitaban en cualquier momento.

—¿Qué propones que hagamos, Rogan?— preguntó el general Iro mientras se reclinaba en su silla de madera—. Si luchamos, perdemos. Si dejamos de luchar, también perdemos. No sé tú, pero yo prefiero perder con el honor en el corazón que con el rabo metido entre las piernas.

—No digo que dejemos de luchar, pero tenemos que reevaluar nuestras estrategias. No hay que avergonzarse de retirarse para reagruparse". El general Rogan se volvió hacia mi padre— y agregó—Hemos perdido demasiados guerreros en el último mes. Muchos están perdiendo la fe

en nuestra causa, y con razón. Seguimos pidiéndoles que den su vida por nosotros una y otra vez sin resultados reales. Muy pronto, puede que no te quede ninguna manada para liderar, Arthur.

Mi padre se sentó en su silla y se mantuvo inmóvil. Había algo en Arthur Crescent que exigía atención. No podías evitar sentirlo siempre que estaba en la habitación. La mayor parte del tiempo, mi padre permanecía en silencio, pero incluso en su silencio, su presencia era fuerte. Desde que había empezado la reunión, sólo había dicho dos frases. Su rostro permanecía pasivo y no dejaba entrever lo que pensaba. Era un maestro de la cara de póquer. El único indicio de que podía estar algo preocupado era su afilada mandíbula.

—Los guerreros no huimos, nos mantenemos en pie y luchamos— interrumpió Iro, atrayendo de nuevo la atención—. ¿No deberíamos vengar a nuestros muertos? ¿No haremos pagar a estos alfas por lo que nos hicieron? ¿O has olvidado cómo has llegado hasta aquí, Rogan?

—No lo he olvidado, Iro—dijo el general Rogan, apretando los dientes.

El general Rogan era un hombre corpulento que sobresalía por encima de la mayoría de los miembros de nuestra manada. Medía más de 1,90 y era una montaña andante de músculos y poder.

ENTONCES, Se hizo el silencio en la sala. El aire que nos rodeaba se enfriaba a medida que la tensión aumentaba en el ambiente. Podía sentir las vibraciones que emanaban de ambos hombres, y sabía que sus lobos intentaban avanzar y tomar el control. Al igual que Rogan, Iro también tenía una altura impresionante. Sin embargo, era menos musculoso que su camarada. Pero lo que le faltaba en masa muscular, lo compensaba en habilidad. Iro era uno de los guerreros cuerpo a cuerpo más hábiles de la manada.

—Sin embargo, sigues insistiendo en ser un cobarde— espetó Iro, agarrando el borde de la mesa—. Por eso no pudiste salvar a tu hijo. Si hubieras sido un verdadero guerrero y hubieras luchado hasta tu último aliento, hoy estaría vivo.

Me estremecí. Iro había elegido el golpe bajo, y a juzgar por el destello de arrepentimiento que cruzó sus ojos castaños, él también lo sabía.

Rogan se estremeció como si le hubieran dado un puñetazo en las tripas. Había perdido a su hijo en una batalla contra la manada Eclipse Ámbar hacía dos años. Fue un día de grandes pérdidas tanto para nuestra manada como para Eclipse Ámbar. La victoria había estado a nuestro alcance, y parecía que finalmente tomaríamos Eclipse Ámbar después de casi una década de lucha. Lo

que no habíamos previsto era al alfa Bryant y sus guerreros. Muchos murieron ese día, incluyendo al hijo de Rogan, Elliot.

—¿Cómo te atreves a hablar de mi hijo? — se podía oír la angustia y la rabia en la voz de Rogan.
—Si hubiéramos sabido cuándo retirarnos, quizá mi hijo y muchos otros estarían vivos hoy. No me gusta retirarme, Iro, pero es la única opción que tenemos en este momento.

—Es la opción de un COBARDE. — Iro no se echaba atrás. No estaba en su naturaleza huir. Creía que todos los asuntos debían afrontarse de frente con la fuerza suficiente como para derribarlos.

Los dos hombres se miraRON fijamente con los ojos encendidos. Podía sentir las vibraciones que desprendían en oleadas y supe que estaban a punto de transformarse.

Permanecí inmóvil en mi silla. Había aprendido cuál era mi lugar en estas reuniones como hija del Rey Solitario. Mi deber era observar y guardar silencio. De todos modos, mi opinión no tenía mucho peso en esta sala. Estaba aquí para ser vista y no oída. Puede que fuera la heredera al trono de mi padre, pero aún tenía que demostrar mi valía como guerrera y líder.

—Ya basta. —Todos dirigimos nuestra atención a mi padre, cuyo rostro había cambiado y reflejaba molestia. Sus gélidos ojos azules parecían plateados a la luz de las velas. Movié la mirada entre sus dos generales y dijo—: No tenemos una lucha entre nosotros. La lucha que tenemos está fuera de estos muros. He oído los susurros dentro de la manada y Rogan tiene razón. Mi gente está perdiendo la fe en nuestra causa. Demasiada de la sangre que se ha derramado es nuestra y no de los enemigos.

Rogan levantó los brazos en el aire y luego clavó su mirada en Iro. —¿Ves, Iro?

Mi padre clavó en Rogan una mirada fría. —Pero Iro también tiene razón, Rogan. No podemos huir. No somos cobardes; somos guerreros. Estas antiguas manadas nos han arrebatado demasiado como para simplemente retirarnos. La sangre exige sangre. Y no descansaré hasta que los responsables de nuestro dolor sean llevados ante la justicia.

Las palabras de mi padre goteaban un veneno tan potente que podía saborear su amargura en la lengua. Las antiguas manadas nos habían quitado demasiado a cada uno de los presentes. Las profundas heridas que nos habían infligido habían dejado feas cicatrices que se negaban a desaparecer.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos, Arthur? No tenemos los números, y nuestros recursos son escasos. No podemos arriesgarnos a otra incursión y perder más guerreros.

—Tengo un plan —dijo mi padre mientras se enderezaba en su silla.

"*Lavruna Mosa*". Mi padre dijo esas dos palabras como si supiéramos lo que significaban.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que intentaba insinuar. Ya había oído esas dos palabras antes.

—¿La piedra lunar? —, susurré.

—Correcto Thea. —La mirada de mi padre se encontró con la mía —.La piedra lunar es la clave para ganar esta guerra y acabar con estas antiguas manadas.

Rogan se burló. —Creo que te estás volviendo loco, amigo mío. La piedra lunar es un viejo cuento que nos contaban de niños. No existe.

Ante sus palabras, los labios de mi padre se torcieron hacia arriba. —Oh, pero es así, Rogan. La piedra lunar es tan real como tú y yo. Y sé exactamente dónde está y cómo vamos a conseguirla.

—Dime Arthur, ¿cómo vamos a conseguir esta piedra lunar? — preguntó Iro, mirando a mi padre como si le hubieran crecido dos cabezas.

Mi padre se volvió hacia mí: —Mi hija va a unirse a la Manada de la Luna de Sangre.

Casi se me salen los ojos ante sus palabras. ¿Mi padre, el Rey Solitario, que odiaba a las antiguas manadas, quería que me uniera a una de ellas? Creo que Rogan tenía razón. Mi padre se estaba volviendo loco.

Capítulo 2

Thea

Rogan e Iro miraron a mi padre como si se hubiera vuelto completamente loco. Se hizo un gran silencio mientras las palabras de mi padre flotaban en el aire como un olor acre. Seguramente le había oído mal.

—Padre— me lamí los labios, con la boca repentinamente seca—. Perdóname si hablo fuera de lugar, pero ¿por qué quieres que me una a la Manada de la Luna de Sangre? Odias las manadas antiguas, y odias aún más a los alfas.

Me miró con gesto inexpresivo. —Thea, eres mi única hija y heredera, pero también eres uno de mis secretos mejor guardados, lo que te convierte en mi mejor arma. Nadie sabe de tu existencia y por eso eres la espía perfecta. No pueden rastrearte hasta una sola manada porque ninguna tiene datos sobre ti.

Esta vez fue Iro quien se burló. —Así que quieres que Thea, una loba sin entrenamiento, traspase sola las fronteras de uno de los territorios más vigilados de toda Nueva América. No sólo eso, sino que quieres que recupere un artefacto mítico que ni siquiera estás seguro de que sea real.

—Es muy real, Iro. —Mi padre se levantó de la silla y apoyó las manos en la mesa—. Esa piedra de la que te burlas tan abiertamente es la clave para acabar con esta guerra de una vez por todas. Y Thea va a conseguirnos esa llave.

Iro levantó las manos en señal de rendición. —Digamos que esta piedra es real. ¿Cuál es su ubicación exacta? No podemos simplemente enviar a Thea a Luna de Sangre a ciegas.

—No conozco su ubicación exacta —dijo mi padre—. Lo que sí sé es que se encuentra en algún lugar dentro de las fronteras de Luna de Sangre.

En ese momento sentí que mi loba se agitaba. No le estaba gustando esta idea más que a mí, pero sabía que no debía expresar mis preocupaciones delante de Rogan e Iro. Mi padre lo vería como una falta de respeto, y faltarle el respeto al lobo de mi padre era un desafío. Así que permanecí en silencio.

—¿Así que estás dispuesto a arriesgar a tu único heredero por una piedra potencialmente real que puede o no darte alguna habilidad especial? Rogan parecía completamente perplejo. Tenía las

cejas fruncidas sobre unos ojos preocupados. Estaba casi segura de que pensaba que mi padre se había vuelto loco.

—Sí. Creo que lo que más me sorprendió fue la confianza que desprendía su voz. Luego dirigió su mirada de plata en mi dirección. —Thea, hija mía, este es el momento que has estado esperando. ¿Estás lista para probarte a ti misma?

Quería decirle que su plan era ilógico e imprudente. Quería sugerirle que buscáramos otra estrategia que no implicara ponerme en peligro. No quería seguir con su plan porque tenía miedo. No quería seguir con su plan porque pondría a mi gente en peligro. Si me descubrían, Alpha Bryant se lo tomaría como un ataque directo, y no se contendría a la hora de tomar represalias.

Abrí la boca y le di mi respuesta a mi padre.

3 DÍAS *después.*

Me miré en el espejo y vi que tenía la piel enrojecida por la ducha caliente que acababa de darme. Unas ligeras pecas decoraban el puente de mi nariz, un rasgo que solía odiar pero que ahora aceptaba. El pelo húmedo me caía hasta el trasero y me estremecía de frío. Tenía ojeras, señal inequívoca de que no había dormido bien. Mis habituales ojos caramelo brillantes estaban apagados y vacíos. Una mirada a la que ya me estaba acostumbrando, porque la vida de un heredero estaba llena de cargas pesadas y aguas turbulentas.

Tres días. Ese era el tiempo que había pasado desde la reunión en la sala de guerra.

Mi padre odiaba a las antiguas manadas y odiaba los sistemas que habían establecido para nuestra especie. Los mismos sistemas que le habían robado a su pareja, mi madre, eran a los que ahora quería que me uniera.

Así que cuando me propuso su plan, me quedé estupefacta. Sin embargo, como siempre, no dije nada. Nunca discutía con mi padre por nada. Su palabra era ley y yo quería hacerle feliz.

Desde muy joven me prometí que haría todo lo posible para que se sintiera orgulloso de mí. Sus sueños se convirtieron en los míos. Lo que él odiaba, yo lo odiaba y lo que le hacía daño a él me hacía daño a mí. Cada decisión que tomaba estaba perfectamente alineada con sus planes para nuestra manada. Lo único que alegraba el corazón de mi padre era dismantelar los sistemas de la manada y eso empezó con la manada Luna de Sangre.

Exhalé un fuerte suspiro y me alejé del espejo. Tenía que empezar a prepararme para mi partida esa misma tarde. Hoy era el día en que abandonaba mi hogar en el bosque alpino y cruzaba a la Manada de la Luna de Sangre.

Mi mente repetía una y otra vez la escena de aquella noche en la sala de guerra. Había una pequeña parte de mí que sentía que mi padre me estaba sacrificando. A veces anhelaba que mi padre fuera uno de esos padres excesivamente protectores. El tipo de padre que sujetaba a su hija cuando acechaba el peligro, no que la arrojaba justo en su línea de visión.

Pero también había otra parte de mí, la más ruidosa, que sabía que este era mi momento de probarme a mí misma. Si tenía éxito en esta misión, no sólo me ganaría el respeto de mi padre, sino también el de toda mi manada. No sólo probaría que soy capaz de liderarlos, sino que me probaría como guerrera. Sabía que era más que suficiente, sólo tenía que convencer a los demás.

Cuando terminé de vestirme, bajé a comer algo. Cuando llegué al último escalón, me llegó a la nariz el aroma del café recién hecho. Aquello era extraño. Al doblar la esquina, me detuve momentáneamente al ver a mi padre sentado en el centro de nuestra rústica cocina. Estaba inclinado sobre la mesa, leyendo un libro con un café a su lado.

Supe que algo no iba bien. Mi padre solía levantarse y salir de casa antes del amanecer. Por no mencionar que odiaba el café. Cuando miré la taza, aún estaba llena, pero estaba segura de que ya se había enfriado.

Llevaba pantalones cortos y camiseta de deporte, y el pelo húmedo, probablemente de la ducha.

—Buenos días Thea— dijo sin levantar la vista de su libro.

—Buenos días—carraspeé. Cambié el peso de un pie a otro, pensando si preguntarle por qué estaba aquí, pero al final decidí no hacerlo.

Crucé hasta los armarios y rebusqué hasta encontrar mi taza favorita y fui a servirme un poco de café. Una vez tomada la cafeína, me volví hacia mi padre, que seguía con la atención puesta en su libro. —Me voy hoy.

—Estoy al tanto—" respondió sin levantar la vista—. Confío en que todo está preparado.

—Sí —le di un sorbo a mi café—. Salgo en las próximas tres horas y debería llegar a Luna de Sangre antes del atardecer.

—Bien. De nuevo mantuvo los ojos fijos en su libro.

Dejé escapar un suave suspiro y me volví para mirar por la ventana que estaba sobre el fregadero de nuestra granja. Los rayos del sol de la mañana asomaban entre las gruesas ramas de los pinos proyectando hermosos rayos de diamante sobre los terrenos del pueblo. Había llovido la noche anterior y todo alrededor estaba verde y animado. Podía oír a lo lejos el débil canto de los colibríes.

A diferencia de la mayoría de las manadas, nosotros no teníamos una sola casa. En su lugar, teníamos cabañas repartidas por todas partes, como en la que vivíamos mi padre y yo. Eran de pino grueso y cada una tenía su propio estilo rústico, propio de sus habitantes. Mi madre había diseñado nuestra cabaña, o al menos le había descrito la casa de sus sueños a mi padre antes de morir. ¿O debería decir, antes de que fuera asesinada?

Pensar en mi madre me provocó al instante un incómodo retorcimiento en el estómago. Rara vez pensaba en ella, pero cuando lo hacía, nunca eran pensamientos agradables. Las emociones que se instalaban en mi corazón eran siempre tristeza, rabia y dolor. Tristeza porque mi yo más joven creció sin la suave mano de una madre. Enfado porque su vida había sido arrebatada cruelmente por la codicia y el egoísmo. Dolor porque lloraba por una vida que podría haber tenido con ella.

A menudo me pregunto quién habría sido yo si ella hubiera estado aquí. ¿Quién habría sido mi padre si ella no le hubiera sido arrebatada? ¿Sonreiría más? ¿Volvería la luz a sus ojos?

No tenía recuerdos reales de mi madre. Murió cuando yo sólo tenía cinco años. Y los recuerdos que tenía eran cosas que me había contado mi padre. Lo que sabía era que era amable y gentil con todos los que conocía. Tenía una luz que te hacía creer en la bondad.

Había estado tan sumida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que mi padre caminaba a mi lado hasta que me puso la mano en el hombro.

Mis ojos se apartaron de la mano de mi padre y recorrieron su brazo hasta encontrarse finalmente con su mirada azul. Sus ojos destellaron emoción, pero tan rápido como apareció, desapareció. Luego, me apretó ligeramente el hombro.

—Sé lo que te estoy pidiendo, Thea. Esta misión es increíblemente peligrosa, y existe la posibilidad de que... de que no vuelvas—. Había un espesor en su voz que nunca había oído antes. —Pero no hay nadie en quien confíe más que en ti. Sé que puede que no lo diga lo bastante a menudo, pero estoy orgulloso de ti, Thea. Tienes la resistencia y la fuerza de tu madre.

Un gran nudo se formó en mi garganta, uno que empujaba hacia abajo las palabras que había querido decir. Era la vez que más vulnerable había visto a mi padre en mis veinte años de vida.

—Nos lo robaron todo— sus ojos azules se oscurecieron mientras seguía hablando—. Todo esto empezó con el asesinato de una vida inocente. Una vida tan valiosa y buena que no tenían por qué robarla. Ahora terminará con su muerte. La sangre exige sangre, Thea. Nunca quiero que olvides esto. Hoy vengarás a tu madre y harás justicia a aquellos que dieron su vida por nosotros.

La mano de mi padre apretó mi hombro para enfatizar su punto. —La sangre exige sangre.

—La sangre exige sangre. Me hice eco de sus palabras.

Mi loba aulló desde mi interior, encendiendo todas mis terminaciones nerviosas. Toda sensación de duda y preocupación se evaporó, y lo único que quedó fue la sed de sangre.

No sólo estaba haciendo esto por mi padre, sino que lo hacía por cada gota de sangre inocente que esos alfas habían derramado en el proceso.

Iba a por todos y cada uno de ellos. Su día del juicio final había por fin llegado.

Capítulo 3

Thea

Mis patas se ralentizaron a medida que me acercaba al territorio de la manada Luna de Sangre. Me escondí detrás de la línea de árboles asegurándome de que no me vieran. El sol estaba a punto de ponerse, lo que significaba que ya era hora. Dejé caer la bolsa que llevaba en la boca y cambié de forma.

Entonces, abrí la bolsa y me puse a trabajar en todo lo que necesitaba para la fase inicial del plan. Sumergí con cuidado la daga que había traído en un frasco de acónito. Cuando terminé, me bebí el resto del frasco. Era amargo en la lengua y me quemaba como el whisky cuando bajaba por la garganta. El brebaje haría efecto en cuestión de minutos. El acónito era un veneno poderoso capaz de dominar incluso a los lobos más fuertes. Obviamente había tenido que diluirlo, ya que no intentaba suicidarme. Necesitaba parecer lo más herida posible. Tocar su fibra sensible y ganar su empatía sería la fase uno de mi plan. Una vez que cruzara a su territorio, herida y abatida, el primer lugar al que me llevarían sería su centro de curación.

El sol se ocultaba tras las montañas y supe que debía darme prisa. Alargué las garras y me las clavé en el muslo. Luego me raspé el costado del abdomen, asegurándome de no penetrar demasiado en la piel. El acónito ralentizaría mi proceso de curación y me daría tiempo suficiente como para llegar más allá de las fronteras.

—Esto va a DOLER, —me dije a mí misma— mientras apretaba la daga contra mi estómago. Respiré tranquilamente tres veces y me clavé el acero contaminado en el estómago. Me aseguré de no tocar los órganos vitales y de no hundirla demasiado. Saqué la daga y la volví a guardar en la bolsa.

Podía sentir cómo mi lobo retrocedía ante el acónito a medida que se extendía por todo mi cuerpo. De la herida abierta rezumaba sangre de un rojo brillante mientras el dolor seguía brotando de ella. Las marcas de mis garras también sangraban, pero no tanto como mi abdomen.

—Esto funcionará —me dije—. Tenía que funcionar.

Ahora o nunca —susurré y salí corriendo hacia la frontera, sangrando y desnuda. La línea fronteriza estaba a unos cinco km de donde me había parado, pero me pareció más larga. A medida que me acercaba a la frontera, mi visión empezaba a nublarse con cada gota de sangre

que perdía. Mi respiración era cada vez más agitada y mi lobo se había retirado por completo.

Vamos Thea, sólo un poco más.

Clavé los pies en el suelo del bosque y empujé las piernas con más fuerza. Usaba toda la energía que me quedaba, pero seguía sintiendo que avanzaba a paso de tortuga.

Mi corazón martilleaba frenéticamente en mi pecho, bombeando la mayor cantidad de sangre posible a mi cuerpo, pero perdía mucho más a causa de mis heridas.

Con tres pasos atravesé la arboleda y aterricé en el suelo con un fuerte golpe. El dolor que sabía que debería haber sentido se había convertido en una sensación de entumecimiento, lo que significaba que había perdido mucha sangre. El sol se había puesto por completo y el cielo nocturno había tomado el relevo de la luz diurna.

Intenté levantarme, pero mis brazos rechazaron mis órdenes. Me quedé tumbada en el suelo escuchando cómo la sangre pasaba a borbotones por mis oídos.

Cada vez que respiraba, me costaba más y más tomar oxígeno. No inhalaba lo suficiente. No podía alcanzar a mi loba para que me ayudara porque el acónito bloqueaba mi conexión con ella. Debería haber pensado mejor este plan.

Me tumbé en el suelo del bosque, rezando a mi diosa de la luna para que alguien viniera a rescatarme. Ni siquiera era el primer día del plan y ya estaba llamando a las puertas de la muerte.

Mi visión se desvanecía, mi mente quería que siguiera viva pero mi cuerpo se resistía. Lo último que recuerdo antes de sumergirme en un profundo pozo de oscuridad es el fuerte aullido de un lobo.

Lo primero que percibí fue el ardiente olor a antiséptico. Lo segundo que mi mente registró fue el escozor en mi brazo.

Bosque. Acónito. Desangrándose.

Me di cuenta y abrí los ojos de golpe. Me encontré con una luz dura que colgaba sobre mí e inmediatamente cerré los ojos. Gemí y me tapé los ojos con la mano. Cuando se me dobló el codo, el dolor sordo del brazo se intensificó hasta convertirse en un dolor agudo. Siseé y me miré el brazo.

—Es Miralmerth" — dijo una voz desde la esquina de la habitación. Mi cuello se giró hacia un hombre vestido con bata de laboratorio. Pero no me miraba a mí. Tenía los ojos fijos en un expediente que llevaba en la mano. Debía de ser mi sanador.

Era hora de ver si mis dotes interpretativas eran tan buenas como le había dicho a mi padre que serían.

—¿Dónde estoy?

El cuello del sanador se enderezó y sus ojos color avellana se cruzaron con los míos color caramelo. Sus ojos se entrecerraron un instante antes de acercarse a mi cama. Luego colocó el expediente sobre la bandeja que había apartado a un lado.

A medida que se acercaba, me di cuenta de que su pelo, que al principio me había parecido negro, era en realidad castaño oscuro. Era guapo, como un niño con rostro de bebé.

"—Qué recuerdas? —me preguntó sacando un estetoscopio del bolsillo de su abrigo con el que escuchó mi corazón.

Hago como que reflexiono sobre su pregunta. —Nada. No... no recuerdo nada.

—¿Sabes cómo te llamas?

Asentí lentamente con la cabeza, deseando que las lágrimas llenaran mis ojos. Tenía que venderlo de verdad si quería que el plan fuera eficaz.

—Thea. Me llamo Thea.

Retiró su instrumento de mi pecho. —Bien, Thea. Mi nombre es Sam, y estás en el territorio de la Manada de la Luna de Sangre. Entraste en nuestro territorio. Uno de los lobos de patrulla te encontró colapsada y sangrando. Te trajeron aquí para tratarte.

—¿Luna de sangre? —fingí confusión—. ¿Cómo he llegado aquí?

Las cejas de Sam se acercaron con preocupación. —¿Cuánto recuerdas, Thea?

Me lamí los labios y recorrí la habitación con la mirada. Tenía que parecer mansa y vulnerable. Si me ganaba su favor, podría responder por mí cuando llegara el alfa, y sabía que lo haría. Así funcionaban los sistemas de manada. Tenían protocolos y mi padre los conocía bien.

—Recuerdo... recuerdo que me perseguían los Solitarios. Había... había... Las lágrimas que había estado buscando por fin se agolparon en mis ojos. —Me tuvieron encerrada durante mucho tiempo. Ni siquiera recuerdo cuánto tiempo estuve allí. Recuerdo que escapé y hui, pero después de eso... yo... no puedo recordar. ¿Por qué no puedo recordar? ¡¿Qué me pasa?!

—Está bien, está bien —trató de tranquilizarme Sam—. Ahora estás a salvo y no tienes que preocuparte por los Solitarios. No traspasarán estas fronteras. Lo que me preocupa es la cantidad de acónito que tenías en tu organismo. Una potencia como esa debería haberte matado. Tienes suerte de estar viva.

Así que ese idiota de curandero no me había diluido bien el acónito. Iba a tener unas palabras con él la próxima vez que lo viera.

—Gracias, Sam —mi voz apenas por encima de un susurro—. Probablemente iban a... creo que tal vez querían...

Dejé escapar un pequeño gemido. Podía ver los puntos débiles de Sam. Se preocupaba por la gente y eso era lo que yo iba a explotar.

Sam se pasó una mano por el pelo antes de sentarse en la cama conmigo. —El alfa llegará pronto. Querrá meterte en las celdas y encerrarte hasta que averigüe quién eres y de dónde vienes. No le gustan los forasteros, con la guerra que hay ahora. Pero hablaré con él. De todas formas, necesito tenerte en observación, y volver a meterte en una celda sería cruel.

Me aparté la lágrima perdida que había caído de mis ojos. —¿Harías eso por mí?

Sam asintió con una pequeña sonrisa. —Los solitarios son bárbaros, y pueden infligir mucho daño no sólo físico sino mental. Necesitas curarte, y no puedes hacerlo dentro de una celda".

La ligera indirecta a mi gente hizo que una llamarada de ira hirviera a fuego lento en mi pecho, pero la ignoré. Por el momento, estaba jugando a ser una de ellos. No tenía lealtad a mi pueblo. Técnicamente, era un lobo de manada. Pertenecía a sus sistemas y sus sistemas odiaban a los de mi especie.

Estaba a punto de volver a hablar, pero la apertura de la puerta detuvo mis palabras. Lo primero que me llegó fue el tentador aroma a especias y pino, todo mezclado en uno. Era delicioso y quería más.

—Ya está aquí—murmuró Sam antes de levantarse de su posición. —Alfa—Sam inclinó la

cabeza.

Giré el cuello hacia la derecha y me quedé inmóvil.

De pie en la puerta estaba el hombre más hermoso que jamás había visto. Era alto, estaba segura de que medía más de 1,80. Incluso parecía más alto que Sam. Sus anchos hombros se tensaron cuando entró en la habitación. Su pecho subía y bajaba suavemente mientras su aroma llenaba la habitación. Me fijé en un colgante que llevaba al cuello. Reflejaba maravillosamente las luces fluorescentes que colgaban sobre mí. Tuve que resistir el impulso de inspirar más profundamente. Una vez dentro, se calmó. Sus ojos se apartaron de Sam y lentamente se dirigieron hacia mí. Si mi corazón se había detenido antes, ahora se había parado oficialmente. Su azul helado conectó con el mío y el mundo entero se inclinó sobre su acceso. La respiración se me atascó en la garganta cuando la visión de aquel hombre me robó todo el oxígeno de los pulmones. El mundo se desvaneció y todo lo demás, fuera de él, parecía insignificante en ese momento.

Entonces, mi loba se despertó y tomó presencia. Necesité toda mi fuerza de voluntad para contenerla y mantenerla a raya. Ella saltaba excitada mientras mi mundo parecía detenerse.

Mío.

La palabra resonó en mi mente.

¿Cómo es posible? Tenía que haber algún tipo de error. No había manera de que yo estuviera apareada con Alpha Bryant.

Bryant estaba en la lista negra de mi padre. ¿Cómo iba a condenar a muerte al amor de mi vida? Si seguía con el plan, Bryant moriría. Si no seguía con el plan, mi gente moriría. Tenía todas estas preguntas, y ni una sola respuesta me venía a la mente. Estaba jodida.

Capítulo 4

Bryant

Ahora sería un buen momento para que el suelo se abriera y me tragara entero.

Mi lobo saltaba dentro mío mientras yo no tenía palabras. Sabía que tenía un mal presentimiento cuando me dijeron que nuestros muros habían sido violados. Mi principal preocupación era que el intruso fuera un Solitario. Ni una sola vez pensé que podría ser mi pareja.

No, ella no era mi pareja. Ya tenía una pareja, aunque arreglada, pero una pareja, al fin y al cabo.

Mi lobo me gritó cuando escuchó mis pensamientos. Entendía su ira, pero esto era más grande que lo que él quería. Yo era el alfa y había hecho promesas que debía cumplir.

Me quedé mirando a la mujer que yacía en la cama del hospital. Mi primer instinto habría sido correr hacia ella y asegurarme de que estuviera bien, pero me contuve. No podía actuar por instinto; tenía que ser lógico.

Sin embargo, era despanpanante. Tenía el pelo revuelto y la cara enrojecida, probablemente por toda la medicación que estaba tomando. Sus ojos me recordaban al caramelo caliente, como esos caramelos de toffee que solía comer de niño.

Su mirada se clavó en la mía y pude ver el caos de emociones en sus ojos. Me alegraba saber que no era el único afectado. Me pregunté si su loba me reconocía como el mío reconocía a la suya. Tenía que hacerlo, si no, no me estaría mirando así.

Inspiré ligeramente, absorbiendo su aroma que llenaba toda la habitación. Olía a vainilla y fresas. Era dulce, pero intuí que había algo más bajo su superficie.

"—¿Alfa? —La voz de Sam cortó mis pensamientos.

Aparté los ojos de la mujer y miré a Sam. Me aclaré la garganta y le pregunté: —¿Cómo está?

Mantuve la calma en mi voz a pesar de la furiosa guerra que se estaba librando entre mi lobo y yo.

—Está mejor, como puedes ver —dijo Sam mientras cogía su expediente de la bandeja de la

mesa—"El acónito se agotó de manera significativa, y el análisis de sangre salió bien. Sólo necesita otro goteo, y entonces ya podrá irse.

Podía sentir cómo me observaba fijamente desde un costado, pero hice todo lo posible por ignorarla.

Asentí despacio.—Entonces haz que la trasladen a una celda una vez que hayas terminado.

Me di la vuelta para marcharme, queriendo poner la mayor distancia posible entre ella y yo. Necesitaba pensar y no podía hacerlo rodeado de su olor. Mi lobo se comportaba como un animal salvaje tratando de impulsarse hacia adelante pero lo hice retroceder.

—En realidad —la voz de Sam me hizo hacer una pausa—. Me gustaría que Thea pasara la noche en observación. Y después de eso, me gustaría que se quedara aquí mientras su loba se recupera.

Ante sus palabras, me di la vuelta lentamente y le dije: —Ella es una forastera, Sam. Ya sabes cómo trato a los forasteros.

Aún podía sentir su mirada. Tenía que apartarla; de lo contrario, no sería capaz de contener a mi lobo.

—Sí, lo sé, pero también está asustada y perdida. Viene de escapar de una celda y no podemos meterla en otra. No sería justo. Será mi responsabilidad. La mantendré alejada de posibles problemas.

Quería luchar contra él, pero me resultaba muy difícil mantenerme bajo control cuanto más inhalaba ese aroma. Necesitaba recomponerme.

Me volví hacia la puerta. —Con tal solo que respire mal, iré a una celda.

Y con eso, salí de la habitación como si estuviera ardiendo. No paré de caminar hasta que por fin estuve en la comodidad de mi propia casa. Entré en la cocina y me serví un vaso de agua que me bebí en menos de diez segundos para luego servirme otro.

Sentí que mi lobo empujaba mi mente con frustración. Quería volver al centro de curación para estar con la chica, pero no podía permitirlo.

Ella era una complicación en nuestro plan. Había resuelto mi plan. Sabía lo que tenía que hacer y

estaba preparado para ello. No tenía ninguna idea de algún cuento de hadas de una pareja por ahí para mí. Tenía 23 años y no la había conocido. Estaba seguro de que la diosa de la luna me había destinado a este camino porque sabía lo que tenía que hacer.

Coloqué el vaso en el fregadero y apoyé las manos sobre el mármol blanco. Levanté la vista y miré por la ventana hacia los terrenos de la manada. La casa de la manada estaba situada en lo más profundo del bosque de Riverend. Estábamos completamente rodeados de altos pinos y vegetación. Teníamos arroyos y ríos que fluían por nuestras tierras y nos daban agua para beber y utilizar.

Mi casa estaba a unos metros de la casa principal de la manada para ofrecerme algo de intimidad. Me miraban constantemente día tras día y mi casa era el único lugar donde podía respirar.

Era una hermosa casa de campo blanca que mi padre había construido para mi madre. Estaba en proceso de construcción cuando murieron. Había quedado sin terminar hasta hace dos años, cuando decidí emprender el proyecto yo mismo.

Mi lobo se paseaba dentro de mí. Había muy pocas veces que mi lobo y yo estábamos en desacuerdo, de hecho, podía contarlas con una mano. Sabía lo que quería, pero no podía hacer lo que él quisiera. Yo era un alfa antes que cualquier otra cosa.

El deber sobre uno mismo: una lección que mi padre me había inculcado desde mi primera clase de entrenamiento.

Antes de que pudiera disuadirme, regresé a los terrenos de la manada y entré en el centro de curación. A cada paso que daba hacia su habitación, sentía que mi lobo se excitaba cada vez más.

Me detuve al llegar a su puerta. Incluso desde fuera podía percibir el aroma a vainilla. Me reprendí a mí mismo, me armé de valor y entré sin llamar.

No estaba preparado para la imagen que me golpeó el pecho cuando volví a verla. Ahora estaba sentada y llevaba el pelo recogido en un moño. Tenía delante un plato de sopa recién hecho y la televisión encendida, pero sin sonido.

Sus ojos se encontraron con los míos y juro que sentí que el mundo cambiaba. Una extraña sensación me revoloteó en el estómago.

—Confío en que te están tratando bien —le dije sin saludos ni simples cumplidos. Me metí de lleno en la conversación.

Ella asintió — Sam está cuidando muy bien de mí. Gracias.

Su voz. Era como miel dulce para mis oídos, pero una granada para mi mente. Si me afectaba tanto solo con su voz, temía lo que pasaría si alguna vez me tocaba.

No. Eso nunca ocurriría. Tenía que concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

Me aclaré la garganta: —No me andaré con rodeos. ¿Qué haces en mi territorio?

—No eres muy acogedor, ¿verdad? —Su comentario estaba cargado de sarcasmo. Si no estuviera tan contrarrestado, lo habría encontrado divertido.

—Eres una extraña en mis tierras. Actualmente hay una guerra, y los solitarios intentan traspasar mis fronteras cada dos semanas. Perdóname si no te recibo precisamente con los brazos abiertos. Ahora dime, ¿quién eres?

—Me llamo Thea —me dijo mirándome fijamente a los ojos. Tenía columna vertebral, pero yo no tenía ningún problema en rompérsela si era necesario.

—¿De qué manada eres?

—No lo sé. No me acuerdo de nada. Lo único que recuerdo es que me encerraron, escapé y me desperté aquí. Para empezar, no recuerdo de dónde vengo ni por qué me encerraron. Lo que sí sé es que fui capturada por los Solitarios".

Escuché los latidos estables de su corazón y observé si se le formaban gotas de sudor en la frente. Sin embargo, nada. Observé sus ojos en busca de cualquier indicio de mentira, pero mantuvo su mirada fija en mí. O era una mentirosa fantástica o decía la verdad.

—No puedes recordar toda la información relevante que necesitaría para enviarte fuera de esta manada. Qué conveniente.

Sus cejas se dibujaron en una fina línea sobre sus ojos. —¿Crees que me gusta no recordar? ¿Crees que quiero estar en este lugar extraño con gente que ni siquiera conozco?

—Estamos en guerra. No confío en ningún forastero. Podrías ser una Solitaria por lo que sé.

—Pues no lo soy —me desafió, levantando la barbilla. —Si decides creerme o no, es cosa tuya. No soy tu enemigo, *Alfa*.

Usó mi título como si fuera un insulto.

Incluso enfadada, seguía siendo impresionantemente hermosa. Sus ojos color caramelo brillaban con un suave fuego tras ellos. Eran hipnotizantes.

—Supongo que sabes lo que somos el uno para el otro —su voz atravesó la espesa nube de vagabundeo y necesidad.

—Sí, sé lo que somos el uno para el otro.

Luego, inclinó la cabeza hacia un lado—y aun así me tratas así de mal. Esperaba más de mi compañero.

Al oír la palabra compañero, se me quedó la respiración entrecortada. Decirlo en voz alta lo hizo parecer aún más real. Tenía una pareja predestinada.

Me acordé de lo que tenía que hacer y se me revolvió el estómago. Rechazar a una compañera era tabú. Era algo muy mal visto. Como alfa, mi deber era mantener las costumbres y tradiciones de nuestro pueblo. Rechazar un vínculo de pareja era una falta de respeto no sólo hacia mi especie, sino también hacia la Diosa de la Luna.

El deber sobre uno mismo.

Las palabras de mi padre se repetían en mi mente como un disco rayado.

Abrí la boca para hablar, pero justo cuando las palabras estaban a punto de salir de mi boca, la puerta se abrió y entró Sam. Se detuvo en el umbral y nos miró fijamente a Thea y a mí.

—¿Está todo bien?

Asentí con la cabeza: —Sólo he venido a hacerle unas preguntas. Ya he terminado con ella. Si necesitas hacer más pruebas, hazlas. Vendré a verla periódicamente.

Sam asintió lentamente con la cabeza, todavía un poco inseguro. —Te haré saber sus resultados.

Gruñí como respuesta y salí de la habitación del hospital. Dejé escapar el aliento que no sabía que había estado conteniendo una vez que salí del centro de curación. Mi rechazo tendría que esperar hasta más tarde.

Ya tenía una compañera, pero estaba arreglada, y me ofrecería algo que estaba seguro de que

Thea no podría ofrecerme: poder. Había visto lo que dejar elegir al corazón por encima de la mente hacía en uno y a los que te rodeaban. Necesitaba ser más inteligente.

Demasiadas vidas estaban en juego.

Capítulo 5

Thea

—Te quiero, Thea —me dijo acunándome la mejilla con la palma de la mano. Sus cálidos ojos color caramelo se clavaron en los míos. Una suave sonrisa se dibujó en su rostro mientras me miraba con tanto amor y devoción. Me sentía segura aquí. Me gustaba estar aquí.

Me apoyé en su palma, deseando envolverme en su calor. Cerré los ojos por un momento y contemplé todo lo que me rodeaba. Quería grabarlo en la memoria. No quería volver a perder esta sensación.

Cuando volví a abrir los ojos, el calor que había sentido se enfrió mientras miraba fijamente a mi madre. El aire que nos rodeaba se enfrió y el pánico inundó mi sangre.

Ante mí estaba mi madre con un enorme agujero en medio del pecho. La sangre goteaba de la herida y sus ojos reflejaban terror.

—¡Mamá! —graznó mi voz. Intenté alcanzarla, pero estaba demasiado lejos. Miré detrás de ella y vi a mi abuelo de pie. Miraba fijamente la nuca de mi madre con tanto odio y amargura que podía saborearlo en la punta de la lengua.

Volví a mirar a mi madre, que me miraba impotente. Intenté acercarme a ella, pero cada vez que lo hacía se alejaba más de mí y se acercaba más a mi abuelo.

—¡Mamá! —luché contra lo que me retenía, pero fue inútil.

—Tu manada te agradece tu sacrificio —resonó la voz de mi abuelo en la oscura habitación en la que nos encontrábamos. Cuando mi madre estuvo lo bastante cerca, la agarró por el hombro y le hundió la mano en el pecho. Su mano atravesó la herida y se aferró a su corazón.

—¡No! —grité. Luché contra la fuerza invisible que me retenía, pero era impotente. Las lágrimas me nublaron la vista al ver cómo los ojos de mi madre se despojaban de toda vida. —¡Mamá!
¡Mamá!

Mi cuerpo se sacudió hacia arriba mientras jadeaba en busca de aire. Respiraba a trompicones. Me puse la mano en el pecho y sentí que el corazón me latía a toda velocidad detrás de las costillas.

Solo había sido un sueño. Solo había sido un sueño.

Acuné la cabeza entre las manos mientras deseaba que mi cuerpo se calmara.

Hacía años que no soñaba con mi madre. La última vez que había tenido una de estas pesadillas fue cuando tenía 12 años, en el aniversario de su muerte. Estar en este lugar debe de haberlas desencadenado de nuevo.

Solté un suspiro y me dejé caer sobre la almohada. Me quité las manos de la cara; tenía que poner en marcha este plan.

—¿Un Mal sueño? —Su voz salió baja, pero tuvo un efecto poderoso en mi cuerpo.

Giré la cabeza hacia la izquierda y lo vi sentado en una silla en un rincón de la habitación. Su mirada azul estaba clavada en mí, pero su rostro no delataba nada. Tenía una sólida cara de póquer, una habilidad necesaria para su trabajo.

Verle a la luz del día, con los rayos de sol entrando por la ventana abierta, me produjo un vuelco en el estómago. El hombre era increíblemente guapo. Debería haber sido un crimen tener tan buen aspecto como él.

Hoy llevaba una camisa negra entallada que abrazaba su torso en todas las zonas correctas. Llevaba pantalones cortos negros y combinaba todo el conjunto con zapatillas blancas. Vestía con sencillez, pero con estilo. Unos mechones de pelo le caían sobre la frente por la humedad de la cabeza. Me pregunté si acababa de ducharse. Imágenes de Bryant esperando salir de una ducha de vapor llenaron mi mente.

Basta ya.

Ahora no era el momento para fantasías. Me encontraba inmersa en un gran lío que necesitaba resolver. ¿Cómo iba a cumplir mis deberes para con mi padre sabiendo que lastimaría al hombre al que debía amar y proteger con mi vida?

Podía sentir los primeros efectos del vínculo de pareja. Su cercanía despertó algo en mí que ni siquiera sabía que existía.

—¿A qué debo el placer, *Alfa*? —dije y me aseguré de exagerar su título. El hecho de que fuera mi compañero no significaba que eso borrara mi desprecio por los alfas y sus sistemas. En todo caso, creía que ahora los resentía más.

Sus ojos se entrecerraron: —Sam me ha dicho que has dormido bien toda la noche.

—Así es —el aire que nos rodeaba se hizo más denso a medida que la tensión llenaba el ambiente. Le sostuve la mirada, sin querer ser la primera en romperla.

El silencio entre nosotros era estrepitoso y me hacía sentir ligeramente incómodo. Mi loba se paseaba de un lado a otro, cada vez más agitada.

—¿Qué? —mi voz se atascó en mi garganta por un momento. —¿Qué quieres, Bryant?

Me miró enarcando una ceja. —¿No es obvio?

—No, no lo es. Quizá podrías explicármelo

Entonces, se echó hacia atrás en su silla y me clavó la mirada. —Te quiero fuera de mi tierra.

El corazón se me aceleró y logré calmarlo un segundo después. Su rostro era ilegible, tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados sobre los reposabrazos de la silla. Su cuerpo estaba tenso y seguía mirándome fijamente.

—Como mi compañero, pensé que querrías mantenerme lo más cerca posible de ti. La palabra aún sonaba tan extraña al decirla en voz alta.

—Eres una complicación. Una variable que no tuve en cuenta. Tu presencia aquí pone en riesgo a mi manada.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo estás tan seguro de que soy un peligro para ti o para tu manada?

—Las variables desconocidas son impredecibles. No me gustan las cosas que son impredecibles, y eso es exactamente lo que eres.

—¿Adónde quieres que vaya?

—Podrías ir a la Antártida por lo que a mí respecta. Sólo te necesito lejos de mi manada.

—¿Y qué pasa con nuestro vínculo de pareja? No podemos ignorarlo durante el resto de nuestras vidas.

Ante mis palabras, guardó silencio un momento.

—Tienes razón —se levantó de su asiento y se dirigió hacia mi cama. Se cernió sobre mí,

mirándome fijamente—. No podemos ignorar el vínculo que nos une.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Me encontraba en una encrucijada y estaba a punto de tomar una decisión muy difícil. Al crecer, mi padre me había enseñado que el vínculo de pareja era lo más sagrado para nuestro pueblo.

Un vínculo de pareja fue diseñado para ayudarte a convertirte en la mejor versión de ti misma. Está ahí para fortalecerte en las dificultades de la vida y darte fuerzas cuando surjan problemas.

Un vínculo de pareja es el mayor regalo que nos pueden dar.

Eso era lo que creía de niña, y eso es lo que creo ahora.

Mi mente llegó a la misma conclusión que mi corazón ya sabía desde el momento en que lo vi. No me importaba que fuera un alfa. No me importaba que estuviera en guerra con mi padre. No me importaba que me hubieran educado para odiar a los de su especie y verlos como monstruos. Todo lo que vi fue al hombre para el que había sido destinada al nacer.

¿Estaba preparada para tomar esta decisión? No, no lo estaba. Pero sólo podía esperar que esto hubiera sido hecho por la Diosa de la Luna por una razón. Ella nunca hacía nada sin una causa justa.

Abrí la boca para hablar, pero las palabras se me atascaron en la garganta cuando sentí que su pulgar me tocaba la mejilla.

El calor se extendió desde el punto en que su piel entró en contacto con la mía. Pequeñas chispas sacudieron mi piel cuando su pulgar recorrió mi mejilla. Sus ojos siguieron su mano, observándola detenidamente. Mis ojos se quedaron clavados en su rostro. Por un momento, sólo por un segundo, algo brilló en sus ojos. Ocurrió tan rápido que apenas tuve tiempo de registrarlo.

Pero algo cambió en el aire. Podía sentir la atracción con más fuerza con él tan cerca. Era como si algo me llamara. Su lobo y el mío se reconocían como dos llamas eternas. Nunca había sentido algo tan poderoso y a la vez tan tranquilo y suave. Sentí calor en el pecho mientras mi loba se abría paso en mi mente.

—Bryant —susurré su nombre, temiendo reventar la burbuja de tranquilidad que habíamos creado con un ruido repentino. Fuera lo que fuera este momento entre nosotros, quería que durara más de lo que sabía que duraría.

Como si se hubiera quemado con mi piel, Bryant retiró la mano y se alejó un paso de mi cabecera. Inmediatamente la realidad volvió a imponerse, y ese calor que había empezado a rodearme se disipó.

Luego, fue como si se hubiese colocado de nuevo la máscara en la cara y me fulminó con la mirada.

—No veo por qué tenemos que retrasar lo inevitable —su voz era distante y fría. —Yo Bryant Elliot Archer...

No. No podía estar haciendo lo que yo creía que iba a hacer.

—Bryant, no —podía sentir las pequeñas ataduras rompiéndose mientras hablaba.

—...por la presente te rechazo, Thea como mi compañera.

Un gran peso me oprimió el pecho y me dejó sin aliento. Solté un pequeño grito ahogado, pero no salieron palabras.

Bryant giró sobre sus talones y salió de mi habitación sin mirar atrás.

Con cada paso que se alejaba de mí, sentía que los pedazos de mi alma se resquebrajaban, creando puntos débiles en mi armadura.

No sé cuánto tiempo estuve sentada en mi cama mirando fijamente el lugar donde él se había parado, pero cuando por fin parpadeé, los rayos del sol ya no entraban por la ventana. La habitación se calentó con su calor y sentí el pecho hueco. Estaba entumecida. No sabía si era mi lobo conteniendo el tsunami de emociones o si simplemente estaba en estado de shock.

Habían pasado tres horas desde que Bryant se marchó cuando sentí la primera oleada de dolor. Se me hacía un nudo en el estómago y sentía como si las tripas me arrancaran la piel a arañazos. Hasta la cuarta hora no sentí escalofríos. Mi cuerpo estaba empapado en sudor, pero sentía frío.

Sam me había colocado monitores para vigilar más de cerca mis signos vitales después de la oleada inicial. Tenía varios tubos dentro de mí que bombeaban una gran variedad de fluidos.

—¿Cómo están sus signos vitales ahora? —Sam entró en mi habitación, preguntándole a la enfermera que me había estado vigilando durante la última hora.

—Su presión sanguínea está bajando, su temperatura sigue aumentando y su ritmo cardíaco sigue

siendo demasiado alto. Le di todos los tratamientos prescritos, pero no responde a nada. La enfermera se acercó a Sam y le susurró en voz baja: —No creo que pase de esta noche.

—Sí, lo hará —le siseó. —Aumenta la dosis y haz más análisis de sangre. Tenemos que estar pasando algo por alto.

Tenía los puños cerrados y apretaba los dientes para no gritar de dolor.

—¿Qué pasó cuando la revisaste en la mañana? —exigió saber Sam.

—N-nada. Sus signos vitales estaban bien, y sus heridas se habían curado casi por completo. Después de eso, la dejé dormir, y alfa Bryant llegó poco después—. La pobre enfermera sonaba asustada.

—¿Bryant estuvo aquí?

—Sí, entró y dijo que quería esperar a que se despertara.

—Mierda —maldijo Sam en voz baja—. Pon más morfina y merital. Enseguida vuelvo.

Oí la puerta abrirse y cerrarse, y supuse que Sam se había ido.

La enfermera se acercó a mi cama con una jeringuilla. La introdujo en el catéter de mi brazo y procedió a sujetarme la mano mientras mi cuerpo se agitaba.

—Estarás bien, Thea. Sigue luchando contra el dolor.

Quería creer que lo estaría, pero sabía que no sería así. Había oído historias de lobos rechazados. Sabía lo que me pasaría si no aceptaba el rechazo.

Con cada segundo que pasaba, me acercaba más y más a las puertas de la muerte.

Entonces, ¿por qué no aceptar el rechazo de Bryant? ¿Por qué no acabar con el dolor? Simple. Nunca me rebajaría a ser uno de ellos. Estos lobos de manada pensaban que existían por encima de nuestras leyes naturales. No tenían consideración por lo que era sagrado. Si aceptaba este acto tabú, entonces no sería mejor que los lobos que mi padre intentaba eliminar, y yo era mejor que eso.

Si por algún milagro sobrevivía a esto, me aseguraría de que Bryant Elliot Archer sufriera por sus pecados. Aunque fuera lo último que hiciera en esta tierra.

La venganza sería mía.

Capítulo 6

Bryant

Mi espalda desnuda golpeó el colchón por cuarta vez esa noche con un fuerte ruido sordo. Mi gemido vibró en las paredes del gimnasio vacío.

—Otra vez, —me puse de pie y preparé mi postura.

—Llevamos casi dos horas con esto —me dijo David con un movimiento de la mano. ¿Podemos dejarlo por hoy, por favor? Tengo que levantarme con los guerreros mañana al amanecer para su prueba de aptitud.

—¿Eso es mañana? —me limpié el sudor que se me había acumulado en la frente.

—Sí. Te lo recordé literalmente en nuestra reunión con los ancianos, —asintió David, acercándose a nuestras botellas de agua. Me dio la mía y me la bebí de un trago en diez segundos. Me quedé sin aliento y me dolían los músculos, pero al menos tenía la cabeza despejada.

—Se me debe haber olvidado.

Los ojos azules de David me analizaron durante un momento. —¿Estás bien?

—¿Por qué?

—Hoy pareces fuera de ti. Desde esta mañana, has estado... apagado.

—Bueno, estoy bien. No tienes que preocuparte por mí.

—Soy tu beta. Mi trabajo es preocuparme por ti. Sus ojos recorrieron mi rostro con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Estoy bien. Sólo un poco nervioso con la ceremonia de esponsales a la vuelta de la esquina —le dije.

No parecía convencido, pero lo dejó pasar. —¿Cuál es la situación de nuestra saltadora de fronteras? ¿Sabemos ya de dónde es?

Thea era la última persona de la que quería hablar en ese momento.

—No —fue mi simple respuesta.

—¿Vas a mantenerla encerrada?

Me encogí de hombros: —No veo la necesidad. Pronto se irá.

David era una de las pocas personas de la manada que había visto todas mis facetas, aparte de Sam, claro.

Los tres habíamos crecido juntos. De niños éramos prácticamente inseparables. Nos habíamos visto crecer de niños a hombres. Habían visto todas mis facetas. Habían visto lo bueno, lo malo y lo realmente malo. Les confié mi vida.

Entonces, ¿por qué no podía contarle a David lo de Thea? ¿Por qué sentía la necesidad de ocultarle esta información?

—¿Así que vas a dejar que se vaya?

—Sí —necesitaba salir de esta conversación. Lo había invitado aquí para olvidarme de Thea.

—No es lo que sueles hacer. —David no abandonaba la conversación. Era una persona persistente, y esa había sido una de las razones por las que lo había elegido como mi beta. Pero en estas circunstancias, necesitaba que retrocediera.

—Ella no es una amenaza. ¿Por qué deberíamos mantenerla aquí si no es una amenaza?

Salí del ring antes de que pudiera contestar y me acerqué a mi bolso que estaba en un banco cercano. Era hora de dar por terminada la noche.

—Bryant —Sam irrumpió en el gimnasio. Tenía la cara enrojecida y me miraba fijamente. — Necesito hablar contigo —sus ojos pasaron de mí a David y luego de nuevo. —A solas.

David soltó un bufido. —Hola a ti también, Sammy. Y estoy seguro de que lo que tengas que decirle a Bry, también puedes decírmelo a mí.

—Me temo que no puedo —sus ojos permanecieron fijos en mí—. No estoy seguro de que la información que voy a compartir sea para el público. —Dijo esas palabras como si hubiera un mensaje oculto que yo debía entender.

—No voy a ninguna parte. Soy su beta después de todo.

—Se trata de Thea —empezó Sam. Sus ojos me miraron fijamente y se me heló la sangre al instante. Lo sabía.

—Vete —giré la cabeza hacia David—.

—¿Por qué? —David llevó su mirada de Sam a yo. —Si esto es algo que involucra a la manada o tu bienestar, entonces yo debería saberlo. Soy el beta, después de todo.

—Y yo soy el alfa, y te digo que te vayas —respondí, mi tono no dejaba lugar a la discusión. Podía contar las veces que había tenido que usar mi tono alfa, y David lo sabía. El hecho de que acabara de usarlo con él sólo levantaría más sus sospechas.

—Bien —dijo.

Sam y yo esperamos a que David saliera del gimnasio. Cuando la puerta se cerró detrás de él, volví mi atención a Sam, que ya tenía sus ojos fijos en mí. Podía ver la rabia que ardía detrás de sus ojos.

—Ella es tu compañera, ¿no? —Sus palabras flotaban en el aire como un olor acre. Su respiración era pesada y agitada, y me di cuenta de que estaba enfadado.

—Creo que ya sabes la respuesta a eso. —Mantuve la cabeza alta. No mostraría ningún signo de debilidad. Había hecho lo correcto. Sam podía venir y gemir todo lo que quisiera, pero no cambiaría mi decisión.

Un gran silencio llenó el espacio entre nosotros. La tensión aumentó mientras nos mirábamos fijamente. Podía sentir las olas calientes de rabia que se desprendían de él.

—La rechazaste.

Permanecí en silencio. Mis palabras sólo conseguirían enfurecerle aún más. Lo hecho, hecho estaba. Sus gritos no borrarían mis decisiones.

—¿Entiendes la gravedad de lo que has hecho?

Permanecí en silencio.

Dio un paso hacia mí. —Ella es tu *compañera*, Bryant. La única persona a la que se supone que

debes amar y proteger con tu vida, y la desechaste como si no significara nada. ¿No tienes vergüenza?

Me llevé las manos a los costados. —Hice lo que tenía que hacer por esta manada.

—Tiene dolor, Bryant. No responde a ninguna de las medicinas que le estoy dando.

Ignoré la pequeña punzada que me golpeó el pecho.

—No entiendo por qué me dices esto. No soy un sanador.

—Pero tú eres el que ha causado todo esto. Lo que significa que tienes que ser tú quien lo arregle. —Dio otro paso y se puso a mi altura. Sam y yo éramos más o menos de la misma altura, pero en cuanto a tamaño, yo era más grande. Si quería llegar a las manos, sabía quién ganaría.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta. —No sé por qué me cuentas esto. No soy un sanador; ella sí puede hacer que el dolor pare.

—Si hubiera querido aceptar el rechazo, ya lo habría hecho. Lleva siete horas retorciéndose de dolor.

Otro golpe en el pecho, pero esta vez un poco más fuerte.

—Se está muriendo, Bryant —bajó la voz hacia el final. —Se está muriendo y no puedo ayudarla. Pero tú sí puedes. Puedes sentarte con ella y deshacerte de esta primera ola de rechazo con ella. Tu lobo la hará más fuerte y disminuirá su dolor".

—No puedo hacer eso —me aparté de él y fui a recoger la bolsa, pero me apretó la mano en el pecho y me empujó hacia atrás.

—Lo harás. De lo contrario, llevaré este asunto a los ancianos y que ellos decidan. Sabes que rechazar a una pareja es tabú para cualquier lobo, mucho menos para un alfa. A sus ojos, les estarás robando a su verdadera Luna.

—¿Me estás amenazando? —Dejé escapar un gruñido bajo. Esperaba que mi lobo se adelantara ante la falta de respeto que Sam nos mostraba, pero permaneció distante.

—Sí. —Sam levantó la barbilla y agregó: —Haz lo correcto y ayúdame a salvar su vida. Cuando se haya recuperado, la convenceré para que acepte el rechazo. Pero si decide seguir siendo testaruda, no tendré más remedio que informar a los ancianos.

Los ancianos se aferraban a sus tradiciones y viejas costumbres. Ya estaban descontentos con el acuerdo entre Simon y yo. Esto les haría perder la fe en mí. Si ellos perdían la fe en mí, mi pueblo también la perdería.

—Bien —dije— ¿Cuánto tiempo tengo que quedarme con ella?

Los hombros de Sam se relajaron visiblemente. —Durante el tiempo que ella te necesite. Es la primera paciente con rechazo que he tenido que tratar. No hay muchos estudios sobre ellos, ya que son tan raros. Pero estoy segura de que tu lobo cerca del suyo le hará bien.

Asentí en silencio.

Después de vestirme, salimos del gimnasio y nos dirigimos al centro de curación. En todo el trayecto no pronuncié ni una sola palabra. Sólo respondí a Sam con asentimientos y gruñidos de asco.

Los nervios no me atacaron hasta que estuve fuera de su habitación, esperando para entrar. Sam había entrado antes que yo para verla. Quería sedarla antes de que yo entrara. Su razonamiento era que no quería arriesgarse a angustiarla con mi presencia. No sabía cómo se sentía por el rechazo. Me fui antes de que pudiera responder a mis palabras.

Había pensado que esta mañana sería la última vez que tendría que volver a verla. Pero aquí estaba de nuevo.

Su olor llegó a mi nariz, despertando a mi lobo. Era la primera vez que lo sentía desde esta mañana.

Cuando pasan unos segundos más, Sam abrió la puerta. Pude ver la preocupación grabada en su rostro. Parecía haber envejecido diez años desde que entró en la habitación.

Entonces, Entré en la habitación e inmediatamente mis ojos se dirigieron a Thea. Se me revolvió el estómago al verla. Estaba toda entubada y llevaba una cánula nasal en la nariz. Sobre ella colgaban varios monitores que mostraban diversos datos, desde el ritmo cardíaco hasta los niveles de oxígeno.

Tenía los ojos cerrados como si estuviese durmiendo, pero su cuerpo no dejaba de moverse. Tenía la cara pálida como la nieve. Si su pecho no estuviera subiendo y bajando, habría pensado que estaba muerta. El sudor le perlaba la frente y tenía ojeras.

Cerré los ojos brevemente, intentando tranquilizarme. Cuando los volví a abrir, Sam me miraba con expresión decepcionada.

—Tus acciones tienen consecuencias, Bryant. Y tristemente, ella es la que tiene que sufrir por ellas.

Mi lobo gimoteó al ver a Thea. No le gustaba verla herida, y entendía por qué. Su instinto natural era protegerla.

—¿Qué tengo que hacer? —Mi voz estaba cargada de una emoción extraña a la que no estaba acostumbrada.

—Sólo siéntate a su lado y sostén su mano. Tu cercanía fortalecerá a su lobo y la traerá de vuelta. O al menos esa es la esperanza".

Mi cuello crujió en su dirección. —¿Qué quieres decir con que esa es la esperanza?

—Te lo dije —se acercó a ella y pulsó unos botones del monitor. —Es la primera paciente a la que tengo que ayudar a superar un rechazo. Voy a entrar en esto completamente a ciegas.

Esa sensación de pesadez volvió a golpearme el pecho. Al principio había sido pequeña, pero esta vez me golpeó tan fuerte que sentí que me quedaba sin aire.

—Tendremos suerte si pasa la noche —continuó.

Era la primera vez desde que la rechacé que empezaba a dudar de mi decisión.

El deber sobre uno mismo.

Las palabras de mi padre resonaron en mi mente una vez más. Había sido un mantra con el que había vivido y me había dado buenos resultados todos estos años.

Pero ese mismo mantra dorado que había mantenido cerca de mi pecho puede haberle costado la vida a Thea.

¿Qué había hecho?

Capítulo 7

Thea

Oí un suave pitido a lo lejos cuando logré abrir los ojos lentamente. La cabeza me latía con fuerza y sentía el cuerpo extraño. Me dolían todas las fibras del cuerpo.

En mi cerebro se agolpaban fragmentos de lo que me había ocurrido. El fuego ardiente que había recorrido mi cuerpo. La sensación de que mi alma intentaba separarse de mi cuerpo. El dolor punzante que había sentido en medio del pecho.

Ahora estaba viva, pero casi había muerto. Me había tambaleado entre la muerte y la vida. Darme cuenta de lo cerca que había estado de la muerte me preocupó. Todo podría haber acabado. Mi padre habría perdido a otra mujer que amaba a manos de otro alfa egoísta.

Me quedé mirando al techo, mientras se me pasaba el susto inicial.

Inspiré profundamente, tomando todo el aire que podían contener mis pulmones. Aguanté.

Uno. Dos. Tres.

Lo solté todo, hundiéndome en la cama. —Estoy viva. Parpadeé mirando al techo, sintiéndome increíblemente agradecida.

Había sobrevivido, pero la cuestión era cómo.

—Eso parece —su voz hizo que me recorrieran escalofríos por todo el cuerpo.

Giré lentamente la cabeza hacia la izquierda y me encontré cara a cara con el hombre que me había condenado a muerte.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Mi voz salió espesa y cubierta de cansancio. Era la última persona que esperaba que estuviera aquí.

Sombras oscuras cubrían sus rasgos. Parecía agotado físicamente. Tenía el pelo alborotado y ojeras. Parecía no haber dormido en días.

—Tres días—Su mirada azul se quedó clavada en mí, escudriñando mi rostro.

Mis ojos se abrieron de par en par ante sus palabras. Llevaba tres días seguidos durmiendo y él había estado aquí todo el tiempo. Una pequeña chispa de simpatía por él se encendió antes de ser rápidamente sofocada por la oleada de ira y resentimiento que le siguió.

—¿Qué haces aquí? —mi voz era gélida.

Él ni siquiera parpadeó. —Salvarte la vida.

—Después de ponerla en peligro en primer lugar, ¿o has olvidado cómo prácticamente me condenaste a muerte?

—Tenías que aceptar el rechazo.

Era increíble. Mi padre había tenido razón. No tenían ninguna consideración por lo que era sagrado. Sólo hacían lo que les beneficiaba. Había una pequeña parte de mí que esperaba que él fuera diferente. Pero me había equivocado. Era exactamente como mi abuelo: egoísta, codicioso y malvado hasta la médula.

Me burlé: —Clásico de los alfas. Creen que están por encima de nuestras leyes y prácticas. Lo único que hacen es tomar hasta que no queda nada. Desangran a todos los que les rodean sin sacrificar nada.

—Tú no sabes nada de mí. ¿Quién eres tú para venir y hacer estas suposiciones?

—Soy tu *compañera*. Le hablé como si hubiese rociado la palabra con veneno y se la hubiese escupido a la cara. Una palabra que había tenido tanto significado para mí ahora sonaba como un insulto.

Un silencio ensordecedor cayó sobre nosotros. Lo único que se oía era el pitido del pulsómetro que colgaba sobre mí.

Nos miramos fijamente, ninguno de los dos queriendo admitir la derrota y pestañear. Yo estaba furiosa, pero mi loba estaba tranquila. Le gustaba estar cerca de él o, debería decir, de su lobo. Así son las bestias que llevamos dentro. Seguían sus instintos naturales. Éramos nosotros, los humanos, el problema.

La tensión se solidificó entre nosotros hasta que fue todo lo que podía sentir, todo lo que podía oler, todo lo que podía saborear.

¿Cómo podía sentir tanta atracción y repulsión por alguien al mismo tiempo? No tenía ningún sentido. Él no tenía ningún sentido. Siempre había creído en la Diosa de la Luna. Ella era soberana. Siempre tenía sus razones, pero yo no podía ver el razonamiento detrás de esto.

Las primeras palabras que salieron de la boca de mi compañero fueron como cuchillas afiladas en mi corazón. ¿Cómo iba a amar a alguien como él? Sus manos estaban empapadas de sangre inocente, la sangre de mi pueblo. Éramos enemigos mucho antes de conocernos.

Bryant parpadeó y el silencio se rompió.

—No, no lo eres —su rostro era ilegible. —No eres más que una saltadora de fronteras a la que estamos cuidando. Después de que tu loba esté completamente curada, dejarás esta manada y nunca volverás.

solté una carcajada sarcástica. —¿Así que me echarías sin tener adónde ir? ¿Qué me pasaría entonces? ¿Qué pasaría cuando otra de estas olas de rechazo me golpee? ¿Quién estará ahí para ayudarme?

—Eso no es de mi incumbencia.

—Podría morir —intenté mantener la voz firme, pero sentía que algo se rompía dentro de mí.

Odiaba el efecto que sus palabras y acciones tenían en mí. Odiaba cómo estaba tan compenetrada con él a pesar de que él no quería tener nada que ver conmigo. —Me estarías sentenciando a muerte, Bryant.

Era la primera vez que decía su nombre en voz alta.

—Entonces acepta el rechazo —entrecerró la mirada y se inclinó hacia delante en su silla. —Es así de sencillo. Acepta el rechazo y podremos seguir con nuestras vidas como si nunca nos hubiéramos conocido. Tú encuentras tu camino a casa, y yo me quedo aquí y cumplo mis deberes con mi pueblo.

—No sé dónde está mi casa —aún tenía una tapadera que mantener. —No recuerdo nada de mí ni de dónde vengo. Lo único familiar que tengo eres tú, y tú no me quieres. No tengo adónde ir. Si me echas hoy, los Solitarios me atraparán y me matarán. Las lobas como yo no sobreviven como lobas solitarias. Puede que no me quieras como compañera, pero seguro que no eres tan cruel como para condenarme a muerte.

Sus ojos azules se oscurecieron y se levantó bruscamente de la silla. Luego, se acercó a la ventana y se quedó mirando el cielo encapotado. No sabía qué hora era, pero a juzgar por la luz, ya había pasado la mañana.

No podía dejar que me echara. El plan de mi padre estaba en juego, y también las vidas de todos aquellos a los que amaba. Él había sido una distracción inesperada, pero ya era el momento de redirigir mi enfoque.

—No tengo a dónde ir, Bryant. No tengo familia ni nadie a quien llamar amigo. Lo menos que puedes hacer por mí es dejar que me quede. Me mantendré fuera de tu camino y me aseguraré de que nunca nos crucemos. No tendrás que verme ni saber de mí.

Se mantuvo en silencio un momento.

—¿Aceptarás el rechazo?—Seguía de espaldas a mí.

—No —dije sin vacilar. El vínculo de pareja es sagrado para mí. Pedirme que acepte un rechazo es como pedirme que reniegue de una parte de mí. Es antinatural. No aceptaré tu rechazo, Bryant.

—No puedo ayudarte si otra ola de rechazo te golpea de nuevo—me miró por encima del hombro— estarás sola.

—Para entonces, espero haber aprendido a sobrevivir a través de ellas. La Diosa de la Luna no me fallará. Ella no me dejará morir. Ella me ayudará a encontrar una salida. —Al menos, esperaba que lo hiciera. Ella nos había conectado a Bryant y a mí, y sabía que esto pasaría. Lo que significaba que sobreviviría. Tenía que hacerlo.

Dejó escapar un pesado suspiro y volvió a centrar su atención en la ventana. Tenía los hombros tensos y los brazos cruzados. No podía verle la cara con claridad, pero vi su reflejo oscurecido en el espejo.

Sus ojos de cristal estaban cargados. Era la primera vez que veía algo real y crudo en Bryant. Siempre se mostraba tan reservado que era difícil entenderle bien. Era la primera vez que lo veía menos robótico y más humano.

—Puedes quedarte —su voz salió clara. Pero estarás bajo el cuidado de Sam. Él se hará cargo de lo que hagas".

Luego, se volvió y me miró. Le habían vuelto a bajar la máscara y el Bryant melancólico y robótico había vuelto.

—No nos hablaremos. Nos mantendremos lejos el uno del otro. Y acatarás mis leyes y las prácticas de mi manada. ¿Entendido?

—De acuerdo—esto era bueno. Ahora tenía mi pie en la puerta.

—Pero no te equivoques —bajó la voz una octava y su mirada perdida se volvió peligrosa. —Si tan sólo respiras de forma equivocada, no dudaré en tomar medidas. No es un acuerdo permanente. Tendrás dos meses para averiguar lo que te falta en la cabeza. Después, estás fuera.

—Bien. —dos meses era tiempo más que suficiente. Sólo necesitaba encontrar esta piedra lunar y volver con mi padre.

—Bien. —Me miró a la cara durante unos segundos antes de salir de mi habitación sin decir nada más.

Me dejé caer sobre la almohada y exhalé un largo suspiro de agotamiento.

Había burlado a la muerte con la ayuda de Bryant y me habían dado una segunda oportunidad. El tiempo corría y mi padre esperaba respuestas pronto.

Mentiría si dijera que una parte de mí no quería seguir con el plan. Si tuviera éxito, significaría la desaparición de Bryant.

A diferencia de antes, estaba segura de que necesitaba completar esta misión. Bryant era tan malo como el resto de los antiguos alfas de la manada, lo que significaba que también había que ocuparse de él.

Y si tenía que morir, tendría que ser por mi mano y por la de nadie más. Sólo me preguntaba si, llegado el momento, sería capaz de hacerlo.

Capítulo 8

Thea

El sol se sentía tan bien contra mi piel. Después de estar atrapada en la habitación del hospital durante la última semana y media, me alegré de poder respirar aire de verdad. Mi cuerpo se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. El acónito había hecho más de lo que yo quería, pero ya no importaba. Tenía dos meses para conseguir esa piedra, y mi trabajo empezaba hoy.

El problema era que no sabía por dónde empezar. Esta manada era enorme, y la piedra podría estar en cualquier parte. Bryant no era de los que dejaban una joya tan importante sin vigilancia.

—Thea, ¿estás escuchando? —Sam me dio un empujón con el hombro, devolviéndome la atención a donde estaba.

—Perdona, ¿qué?

—¿Te pregunto si quieres entrar?

—Quiero sentir el sol un poco más. Hace mucho que no salgo y el día está demasiado bonito para no disfrutarlo.

El cielo estaba azul con pocas nubes y el sol calentaba. En los bosques alpinos rara vez teníamos un tiempo así. Era sombrío y lúgubre la mayor parte del tiempo, y sólo teníamos sol un par de semanas al año. Así que, aunque estaba en territorio enemigo, el tiempo me proporcionaba cierta paz.

—Así que —Sam se pasó una mano por el pelo rubio.

Estaba nervioso. Se hacía eso en el pelo cuando estaba nervioso por algo. Era una de sus muchas señales que yo había captado. Sam era como un libro abierto, no ocultaba nada, por eso supe que sería la clave para conseguir exactamente lo que necesitaba.

—Sé lo tuyo con Bryant.

Me detuve junto a los rosales y lo miré. —¿Qué quieres decir?

—Sé que son compañeros —dijo en voz baja—. También sé que te rechazó.

Solté un bufido tratando de hacerme la interesante. —No sé de dónde has sacado esa idea, pero Bryant y yo no somos compañeros. Apenas lo conozco.

Seguí caminando, pero me detuve cuando Sam me agarró del codo. Solté un gruñido de frustración, pero me tranquilicé. Estaba destinada a interpretar a una paciente de amnesia indefensa que intenta encontrar el camino de vuelta a casa. Yo no era la luchadora Thea Crescent, hija del Rey Solitario.

—Sam —intenté zafarme de su agarre, pero su agarre era sólido.

—No tienes que ocultarme nada. Bryant ya me ha confirmado lo que sé. No se lo diré a nadie si eso es lo que te preocupa.

—No me preocupa que la gente lo sepa.

—¿Entonces por qué no quieres hablar de ello?

—Porque es vergonzoso. —¿No era obvio? —Mi compañero me rechazó. No me quiere a pesar de que estamos destinados a estar juntos. ¿Cómo podría hablar de cosas así?

—No es vergonzoso.

Le dirigí una mirada incrédula.

—No lo es —defendió su punto de vista. —En todo caso, es una cobardía por parte de Bryant. Está cometiendo un error al rechazarte.

—Bueno, él no parece pensar eso. ¿Puedes soltarme ya? Hace un día precioso y no quiero estropearlo hablando de temas tristes. Por fin he salido de mi habitación y vuelvo a caminar sola. ¿Podemos disfrutar de eso?

—De acuerdo. —Cedió para no continuar la conversación.

Le sonreí, pasé mi brazo por el suyo y tiré de él hacia la gran fuente del centro del jardín.

El jardín situado detrás del centro de curación era precioso. Toda la vegetación estaba podada y esculpida a la perfección. Hileras de rosales bordeaban cada rincón de la zona. Los había de todos los colores: rojos, azules, amarillos, blancos e incluso negros.

—¿Cómo han conseguido rosas negras? —Eran extremadamente raras y sólo se encontraban en

el Bosque Alpino, en los cementerios, para ser exactos. Eran una flor tradicional que usábamos para honrar a nuestros muertos.

—Las hicimos importar. Creo que de algún lugar llamado el Bosque Alpino. Solía ser una zona infestada de Solitarios.

Se me desencajó la mandíbula al oír sus palabras. *Infestado*. Como si mi pueblo fuera una especie de plaga. Aquella era nuestra patria. Si las habían "importado", eso significaba que habían tomado algunas de nuestras tumbas. ¿Esta gente no tenía vergüenza? Incluso les faltaban el respeto a nuestros muertos.

Iba a decir algo cuando las palabras de Sam me interrumpieron.

—Sé que no quieres hablar de ello, pero necesito decirlo, Thea. No puedo volver a verte con ese dolor. —Nos detuvo en seco y me giró para que estuviéramos cara a cara. —Tienes que aceptar el rechazo. Si no lo haces, la próxima oleada será más fuerte y difícil de superar. No tendrás ninguna oportunidad sola, y con la ceremonia de compromiso de Bryant a la vuelta de la esquina...

—¿Su qué? —Las palpitaciones que generaba mi corazón me hacían sentir como si estuviera sufriendo un infarto. ¿Le había oído bien?

Sam cerró la boca y soltó una retahíla de maldiciones entre dientes.

—Olvida lo que he dicho —intentó arrastrarme por el camino hacia la fuente, pero hice que mis talones pisaran el adoquín. Le clavé una mirada de advertencia.

—Creía que lo sabías, dijo finalmente, pareciendo un poco nervioso.

—¿Saber qué? —El cuchillo que Bryant me había clavado en el pecho volvía a retorcerse. Pero esta vez, al retorcerse, se clavó más profundamente en el tejido blando.

—Bryant tiene un acuerdo con el Alfa Simon de la Manada de la Luna Oscura. Bryant se casará con su única hija, Amber.

Todo se detuvo. Mis oídos enmudecieron, el aire abandonó mis pulmones y mi visión se oscureció. Conocía bien ese nombre. Era un nombre que mi padre escupía con todo el veneno posible cada vez que tenía que pronunciarlo. Me habían enseñado a odiar ese nombre porque era la causa de la mayor pérdida de mi vida. *Simon Havenwood*.

Un hombre al que despreciaba con toda mi alma me estaba arruinando la vida una vez más y ni siquiera lo conocía.

Mi loba estaba inquieta. Podía sentir cómo iba y venía dentro de mí. Su rabia crecía a cada segundo que pasaba. Si le permitía el control total, no había forma de saber lo que haría; probablemente algo imprudente, como tratar de encontrar a Bryant.

—Ya veo —me sorprendió incluso lo calmada que estaba mi voz. Por dentro era un tornado de emociones y apenas me sostenía. —Nunca me dijo nada de eso.

Entonces, recordé la reunión con mi padre y sus generales. Así era como Luna Oscura y Luna de Sangre se aliaban entre sí. Estaban formando una unión entre las manadas casando a dos lobos nacidos alfa. Yo era la comba que Bryant no había previsto. Por eso había dicho que hacía lo mejor para su manada. Ahora todo tenía sentido.

—Por eso tienes que aceptar el rechazo, Thea. Si sigues luchando contra él, acabarás muriendo por las oleadas de dolor. ¿Por qué no tomar el camino fácil?

—Porque el vínculo de pareja significa algo para mí, Sam. Rechazar a tu pareja es antinatural y va en contra de lo que fuimos diseñados para ser por la Diosa de la Luna. Bryant puede haberme rechazado, pero yo no lo rechazaré. Si tengo que enfrentarme a estas olas de dolor sola, que así sea.

—Podrías morir. —Su voz era desesperada, ¿no ves que sólo quiero ayudarte, Thea?

—Lo sé, y te aprecio mucho, Sam. Desde que estoy aquí, sólo me has mostrado amabilidad. Pero no aceptaré el rechazo.

—No va a cambiar de opinión, Thea. Ha hecho su elección, y no eres tú. ¿Realmente vale la pena aferrarse a este emparejamiento fallido?

Sus palabras me apuñalaron, y creo que él pudo verlo porque segundos después puso sus manos sobre mis hombros.

—No quiero disgustarte. Sólo quiero lo mejor para ti —agachó la cabeza y dejó escapar un pequeño suspiro antes de volver a mirarme. —Sé que no hace mucho que te conozco, pero siento esta necesidad de protegerte de todas estas cosas malas.

—No necesito protección, Sam.

—Sé que no, pero eso no me detiene. Necesitas a alguien a tu lado, Thea, y yo quiero ser esa persona para ti. Sólo puedo imaginar por lo que has pasado y lo horrible que debe haber sido. Ahora estás en esta nueva y extraña manada sin un solo amigo y para colmo, tu pareja predestinada te rechaza. Perdóname si me preocupo por tu estado mental. Eso es mucho incluso para el más fuerte de los lobos.

Su corazón estaba en el lugar correcto y me reconfortó saber que realmente se preocupaba por mí. No había ningún motivo oculto detrás de sus palabras o acciones. Era refrescante estar cerca de alguien que no intentaba utilizarte para su propio beneficio personal.

—Soy muy consciente de lo que podría pasarme, pero no estoy dispuesta a comprometer lo que soy por ello. La Diosa de la Luna nos destinó a estar juntos, lo que significa que ella me sacará de esto.

En ese momento no sabía a quién quería convencer. Creía cada palabra que decía, pero había pequeñas semillas de duda dando vueltas por mi mente.

Bryant Archer había sido tan inesperado. Su presencia en mi vida estaba resultando más problemática de lo que valía.

Necesitaba eliminar a Bryant Archer de mi mente y mantenerme centrada en la misión que tenía entre manos. Tenía demasiadas vidas en mis manos, no podía defraudarlas. No podía defraudarme a mí misma.

Capítulo 9

Thea

No sabía que era posible sentir realmente el corazón roto. La noticia del compromiso de Bryant me golpeó más fuerte de lo que le había hecho creer a Sam. Su compromiso había sido otra puñalada en el corazón. Me preguntaba si cuando acabara aquí me quedaría algo de corazón.

Aquella noche me tumbé en la cama y lloré. No fue un llanto fuerte, audible. Era uno de esos llantos en los que las lágrimas caían silenciosamente de tus ojos mientras los cuchillos seguían clavándose más profundamente en tu carne.

—Creo que un día más aquí, y entonces serás libre de irte. —Sam me sonrió cuando terminó de examinarme. —¿Quieres ir a dar un paseo por los jardines? Hace un día precioso.

Negué con la cabeza: —No, gracias. Me siento un poco cansada y prefiero descansar.

Sam frunció los labios y me miró preocupado. Sus cejas se cerraron sobre sus ojos, —Thea...

—No lo hagas —no necesitaba que sintiera lástima por mí. —Estoy bien

Pero no estaba bien. Sentía como si me estuvieran destrozando las entrañas.

No parecía convencido, pero no insistió más. —Si necesitas algo, pulsa el botón y una enfermera vendrá a buscarme. ¿De acuerdo?

Le dediqué una sonrisa de labios apretados y asentí.

Sam se fue poco después, dejándome a solas con mis pensamientos.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que cayó la primera lágrima. No sollocé ni lloré, simplemente dejé que las lágrimas cayeran en silencio mientras mi corazón se rompía. Era un tipo de dolor que no se oía, se sentía. Era el tipo de dolor que estaba tan profundamente arraigado en mí que no había forma de separarlo.

Lloré por mi compañero, que resultó ser mi enemigo. Lloré por un amor que podríamos haber tenido. Lloré por mi corazón, que había sido moldeado y entrenado para ser duro y resistente, ahora roto en cuestión de segundos. Lloré por las partes de mí que murieron cuando Bryant me rechazó. Sentí pena por la niña que había creído en ser feliz con alguien para siempre, y ahora

estaba destrozada.

Cuando las lágrimas dejaron de caer, el sol se había ocultado y la luna llena colgaba en lo alto del cielo. Hoy era el día en que le daba a mi padre el primer informe de situación. Me había ordenado que lo comprobara en la primera luna llena.

Normalmente, un vínculo mental entre miembros de una familia sólo tenía un cierto radio antes de que la conexión se cortara. Sin embargo, cada luna llena, nuestras habilidades como lobos se intensificaban y eran mucho más fuertes. Mi padre había conseguido utilizar esto para ampliar el alcance de su vínculo mental. Este truco sólo funcionaba con los lobos con los que estabas estrechamente vinculado y si ellos también habían practicado la misma habilidad. Yo sólo lo había hecho una vez, pero esta noche intentaría ejercitar ese viejo músculo.

Me moría de miedo porque no tenía nada importante que contarle. Llevaba casi dos semanas atrapada en el centro de curación y no había conseguido avanzar nada hacia nuestro objetivo. Por no hablar de que Bryant era mi pareja, algo que omitiría a propósito durante la reunión.

Cuando sentí que la luna alcanzaba su punto álgido, supe que había llegado el momento. Me quité la manta del cuerpo y salté de la cama. Me acerqué a la ventana y subí las persianas del todo.

La luz de la luna me golpeó la cara y me recorrió una oleada de cosquilleos. Sentía la atracción magnética de la luna, que atraía a mi loba hacia la superficie. Cerré los ojos y disfruté de la adrenalina que me recorría las venas.

Ya es hora.

Abrí los ojos y mi lobo tomó parcialmente las riendas. Empujé mi vínculo mental hacia fuera, estirándolo mucho y abriendo mi canal. Al principio, no sentí nada, y me preocupaba estar haciendo algo mal. Entonces sentí que se abría paso en mi mente. Sin embargo, algo era diferente.

Era como si una fuerza invisible me empujara hacia atrás. Intenté resistirme, pero la fuerza era demasiado poderosa. Finalmente, cedí y mi visión se volvió negra.

—Thea, oí que decían mi nombre en medio de la oscuridad.

Abrí los ojos lentamente, confusa. Me incorporé, con la cabeza martilleándome, antes de observar lo que me rodeaba.

—¿Qué? —Mis ojos recorrieron el gran bosque en el que me encontraba. —¿Dónde estoy?

—Estás en el Bosque Alpino —dijo la voz de mi padre desde detrás de mí.

Giré la cabeza en dirección a su voz y jadeé. Me giré completamente hacia él. Mi padre estaba de pie a unos metros de mí, vestido con su habitual atuendo informal de camisa ajustada y pantalones cortos. Aunque era el rey, mi padre nunca llevaba corona. La única joya que llevaba era el collar de mi madre, que colgaba de una fina cadena alrededor de su cuello.

La gélida mirada de mi padre se centró en mí antes de que su boca se torciera hacia arriba en una pequeña sonrisa.

—Hola, hija —había una calidez en su voz que adormecía parte del dolor que había hecho estragos en mi pecho. Él no lo sabía, pero su presencia y su voz me estaban estabilizando.

—Padre—incliné la cabeza sintiendo la emoción trabarse en mi garganta.

Mi padre y yo no teníamos ese tipo de relación en la que éramos tiernos y mimosos. Me había criado para ser una de las mejores asesinas de su manada. Me había criado para ser despiadada, justa y poderosa. No había lugar para mimos, no cuando estábamos en guerra.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté mirando alrededor del bosque—. Parece y se siente tan real.

—Practica. Es una habilidad que acabarás dominando —dijo dando unos pasos hacia mí; luego, se detuvo cuando estaba justo delante—. ¿Cuál es la situación con la piedra lunar?

—Aún tengo que conocer la ubicación de la piedra. No he salido del centro de curación desde mi llegada a Luna de Sangre.

No le gustó mi respuesta —¿Y esto por qué? Llevas allí casi dos semanas, Thea.

—La potencia del acónito era mayor de lo esperado, padre. Casi me mata. Si no me hubieran llevado a su curandero, no sé qué habría pasado. Pero ya estoy totalmente recuperada, y deberían darme el alta mañana.

Guardó silencio un momento, y el hielo de sus ojos se endureció. —Hablaré con Arthur sobre el acónito.

—Padre, está bien. Estoy haciendo...

—Eres la heredera de mi trono —me interrumpió—. Eres lo único que me queda de mi compañera. Eres demasiado valiosa para ser manejada tan descuidadamente—. Arthur responderá por su incompetencia. Estamos en guerra, y no podemos permitirnos errores estúpidos como ese.

Era inútil discutir con él. Una vez que mi padre había tomado una decisión, no había forma de hacerle cambiar de opinión.

—Sí, padre, —cedí.

—¿Qué más tienes que informar?

—Los rumores son ciertos. Luna de Sangre y Luna Oscura están formando una alianza, y lo están haciendo a través del matrimonio. Bryant se casará con la hija de Alpha Simon, Amber, para solidificar su fusión. —Incluso hablar de la situación me producía dolor en el pecho, pero no dejaría que se me notara. Si mi padre se enteraba de mi situación, me sacaría de Luna de Sangre.

—Simon —mi padre siseó su nombre—. Todavía es una espina en mi costado. ¿Cuándo es su boda?

—Debería ser en los próximos dos meses más o menos.

—¿Y cómo te trata su alfa? ¿Se cree tu historia?

—En su mayor parte, creo que sí. Pero es lo bastante listo como para saber que no puede confiar en mí entre los suyos. Me ha dado dos meses para recordar de dónde vengo antes de echarme de la manada.

—Bien, y debes aprovechar bien esos dos meses. Necesito conocer cada rincón de esa manada. Necesito conocer los puntos débiles y fuertes, y las zonas que podemos utilizar en nuestro beneficio. Necesito saber qué lobos patrullan qué zonas y cuánto tardan en cambiar. Sólo tenemos una oportunidad de atacarles, y tiene que ser perfecta.

—Sí, padre.

Entonces, Me puso la mano en el hombro y agregó: —Sé que te he pedido mucho a lo largo de los años. Sacrificaste tu infancia para unirme a nuestra lucha, y solo quiero que sepas que estoy orgulloso de ti, Thea. No has sido más que disciplinada, leal y honesta.

La última parte me produjo una gran oleada de culpa.

No había sido honesta en todo, papá.

—Es un honor servir a mi pueblo y a usted, mi rey. —Rara vez me dirigía a mi padre como rey porque, para mí, era mucho más. Pero en verdad, era un honor librar esta batalla junto a mi padre. Lo que estábamos haciendo era mucho más grande que nosotros.

—Es un honor tenerte como hija.

El dolor que había sentido antes se había calmado por ahora. La determinación se disparó por todo mi cuerpo, rejuveneciendo a mi debilitada loba.

—Vamos a matarlos a todos y vengar a tu madre y a muchos otros.

La venganza era una de las motivaciones más poderosas y también uno de los venenos más mortíferos. El tiempo sólo diría lo que sería para mi padre.

Capítulo 10

Thea

Habían pasado tres días desde que dejé el centro de curación y me mudé a la casa de acogida. Sam había movido algunos hilos y me había conseguido un trabajo en el centro de curación con él. Seguía empeñado en que aceptara el rechazo, pero cada vez que sacaba el tema, yo cambiaba de conversación.

Había intentado olvidar todo lo que tuviera que ver con Bryant. Seguía contrarreloj y tenía 52 días para encontrar la piedra lunar y devolvérsela a mi padre.

—Entonces, ¿cómo va el segundo día? —Sam me alcanzó en el pasillo. Me quedé mirando su perfil, molesta por lo alegre que estaba.

—Son las siete de la mañana. ¿Cómo estás tan alegre?

Me dedicó una sonrisa infantil mostrando su hoyuelo izquierdo. —¿Por qué iba a estar enfadado?

—Madrugadas, calentamiento global, *guerra*, afirmé como si fuera lo más obvio. —Elige entre todas las cosas desastrosas que ocurren actualmente en el mundo.

—¿Por qué centrarse en lo malo cuando puedes centrarte en lo bueno? —Sus ojos azules destellaban optimismo y esperanza. Me encantaba su visión de la vida. Me había dado cuenta muy pronto de que Sam era el tipo de persona que siempre buscaba ver el lado bueno de las cosas.

Su perspectiva era admirable pero ingenua al mismo tiempo. La vida era cruel e injusta, y los que intentaban buscar la bondad en la oscuridad solían quedarse decepcionados. Era una lección que mi padre me había enseñado desde muy pequeña.

Espera lo peor de la gente y tómate cada palabra con humor.

Lamentablemente, la única área en la que mi padre me había permitido tener esperanzas era la que más necesitaba una lección. Si hubiera guardado mi corazón con respecto a mi compañero, tal vez no habría estado tan mal por Bryant.

—Tienes una hermosa perspectiva de la vida, Sam —doblé la esquina en dirección a la UCIP—.

Ojalá yo tuviera ese optimismo.

Se le borró la sonrisa de la cara: —Lo siento, Thea.

—No te atrevas a disculparte, Sam Huntsman. No hiciste nada para hacerme daño —me detuve cuando llegamos a la entrada de la UCIP—. Sólo necesito tiempo para adaptarme y acostumbrarme a mi nueva normalidad.

—Sigo pensando que deberías aceptarlo.

Miré a la gente que se arremolinaba a nuestro alrededor antes de volver a centrar mi atención en Sam. —Agradezco tu preocupación, pero ya he tomado una decisión.

—Eres tan terca ¿sabes?

Me encogí de hombros: —Creo que es uno de mis muchos encantos.

Puso los ojos en blanco y me empujó a través de la puerta mientras yo dejaba escapar una risa despreocupada. Sabía que Sam no era más que un blanco, pero me gustaba estar cerca de él. Su presencia me tranquilizaba y me sentía segura a su lado. Después de haber vivido en un mundo en el que tenía que estar constantemente en guardia, era un sople de aire fresco.

—Buenos días, Helen—dijo Sam con voz cantarina a la mujer que estaba detrás de la recepción—. ¿Puedes darme el expediente de mi paciente de hoy, por favor?

—Por supuesto —la joven enfermera le entregó una carpeta azul. No se me pasó por alto la forma en que sus ojos me dirigieron una mirada de asco antes de dedicarle una sonrisa coqueta a Sam. No era ningún secreto que no caía bien a algunas personas de esta manada. Era una forastera, después de todo, y no confiaban en mí por una buena razón. Pero había otros que eran como Sam y me daban la bienvenida a su tierra.

—Te veré en el almuerzo —Sam me dedicó una última sonrisa antes de encaminarse por el pasillo para empezar su jornada.

—Estarás con el resto de los auxiliares en las guarderías —dijo Helen golpeando una gran carpeta rosa sobre el granito del mostrador de recepción. Me miró de arriba abajo con la bata que me habían regalado. No sabía por qué no le caía bien, pero si tenía que adivinar, era por Sam. A ella le gustaba, lo hacía bastante obvio, pero Sam, bendito sea, era demasiado indiferente a sus avances. En realidad, era bastante divertido de ver.

—Gracias Helen —le dediqué una dulce sonrisa mientras cogía el archivo—. Por cierto, tienes algo atascado en los dientes.

Jadeó y corrió a buscar un espejo mientras yo me reía para mis adentros y me alejaba. No tenía nada entre los dientes, pero disfruté jugando con ella.

Antes de entrar en la habitación de los niños, miré hacia la recepción y vi a Helen con la cara roja y los ojos llenos de rabia. Sólo porque podía, le lancé un beso y entré en la guardería.

El día no fue tan ajetreado como esperaba. Pude tener cachorros recién nacidos en brazos y las chicas con las que trabajaba eran simpáticas. Por cada lobo malo que me encontraba dentro de la manada, me encontraba con tres buenos.

El sistema de manada era muy diferente de lo que me había imaginado.

Al principio pensé que todos eran robots que cumplían las órdenes de su alfa sin tener en cuenta nada ni a nadie. Pero me había equivocado. Estaba viendo a estas personas bajo una luz totalmente nueva, y no sabía cómo sentirme al respecto.

Amy y Hayley fueron muy acogedoras y amables. Un pequeño sentimiento de culpa me llenó el pecho al pensar en cómo las traicionaría en las próximas semanas. Mi padre tenía toda la intención de derribar todo lo que la antigua manada había construido. Sabía que lucharían por su hogar, lo que significaba que estarían en la línea de fuego de mi padre.

Ese solo pensamiento cubrió el resto de mi día con una nube negra. Siempre se me había dado bien compartimentar mis emociones, pero desde que llegué aquí me había descentrado. No me comportaba como me habían enseñado. Permitía que esas emociones frívolas e inconstantes dictaran mi estado actual.

—Thea, ¿estás escuchando? —Amy me tiró una uva a la cara.

—Perdona, ¿qué? —En ese momento estábamos en el patio almorzando al sol.

—Te preguntaba si sabías qué te ibas a poner para la ceremonia de esponsales.

Justo cuando pensaba que mi día no podía empeorar, me acordé de las próximas nupcias de mis amigos.

—No lo había pensado —dije pinchando algo de mi ensalada con el tenedor.

—Tienes que conseguir un buen vestido —dijo Hayley—. He oído que Alpha Simon traerá a algunos de sus guardias y se dice que ninguno de ellos está casado.

—¿Pero has visto a Alpha Simon? —Amy se desmayó—. El hombre es delicioso por donde lo mires.

—Amy, te dobla la edad.

—Hayley, la edad es sólo un número, ¿no lo sabes?

Apreté con fuerza el tenedor que tenía en la mano. La mención de aquel hombre encendió en mí una rabia que me costó contener.

—Además, ¿has visto su cicatriz? —Amy siguió hablando del hombre como si fuera un regalo del cielo—. Algunos dicen que luchó contra seis Solitarios cuando tenía poco más de veinte años, cuando una misión de exploración salió terriblemente mal. El hombre tiene cicatrices de batalla literales en su cuerpo. ¡¿Cuán sexy es eso?!

NO ERA UNA CICATRIZ DE BATALLA. Había querido gritar, pero me callé. Aquella cicatriz me recordaba lo que le había hecho a mi madre. Mi abuelo había arrancado el corazón de mi madre y lo había colocado en el pecho de Simon. El corazón de mi madre ángel estaba en el cuerpo de un demonio.

Su vida había sido brutalmente arrebatada para salvar la de un monstruo atroz como Simon.

Sin embargo, hablaban de él como si fuera una especie de héroe que merecía ser alabado y adorado. Pero yo sabía la verdad. No era más que un fraude y un asesino.

—Creo que de ahí le viene a Amber su atractivo. Ella y Bryant van a hacer una buena pareja. ¿Crees que están enamorados?

—¿Cómo no iban a estarlo? —declaró Amy—. Amber es guapísima, y Bryant bien podría ser una de las personas más atractivas del planeta.

—Es tan afortunada de estar apareada con él.

El tenedor se quebró en mi mano y las chicas chillaron. Me levanté bruscamente de la mesa y me excusé. Amy y Hayley me gritaron, pero no me volví. Abandoné el patio y salí del centro de curación.

Aún me quedaban otras cuatro horas de turno, pero no había forma de que pudiera trabajar así. Mi loba estaba al límite y yo no estaba estable. Necesitaba aliviar un poco la tensión y calmarme.

Entonces, Corrí hacia el bosque y, una vez rodeado de pinos, salté por los aires y me transformé en loba. Cuando mis patas tocaron el suelo, eché a correr. Me moví entre los árboles, sin saber exactamente hacia dónde me dirigía.

Empujé las piernas más fuerte y más rápido, castigando los músculos hasta que me dolieron. El aire de mis pulmones estaba caliente y mi cuerpo se sentía agotado tras unos minutos de sprint. Era la primera vez que liberaba a mi loba, y me sentí muy bien.

Al llegar a una pequeña cascada oculta en el bosque, me detuve en seco. El sol atravesaba las gruesas hojas de los abetos que había sobre mí. Los rayos del sol rebotaban en el agua, que corría corriente abajo.

El agua fluía suavemente a mi lado, creando un entorno tranquilo. Aquel lugar desprendía una serenidad que me recordaba a mi hogar. Había una cascada como ésta en las profundidades del bosque alpino. Era un lugar al que iba a menudo cuando necesitaba escapar de las presiones de ser la hija del Rey Solitario.

Caminé hacia el agua, observando todo lo que me rodeaba.

¿Cuándo se complicó tanto todo esto? Se suponía que era una misión sencilla.

Infiltrate, encuentra la piedra y vuelve a casa.

Ahora había tantas complicaciones que no podía mantener la cabeza en su sitio.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando sentí que había algo detrás de uno de los troncos de los grandes árboles. Me eché al suelo en posición de ataque y esperé. Mantuve mis ojos fijos en la zona en la que percibía el peligro.

Mi loba tenía ganas de pelea.

Unos segundos después, un gran lobo negro salió de detrás del árbol. Al principio, lo examiné para ver si realmente era un lobo hostil, pero luego me detuve. Mi loba se relajó al oler el familiar aroma a especias.

No podía escapar de él. Perseguía mis sueños, invadía mis pensamientos y estaba en cada

esquina por la que doblaba.

Allí, erguido e imponente sobre mí, estaba Bryant en forma de lobo.

Este era un escenario que había estado tratando de evitar. Mi lado humano sabía que Bryant y yo no éramos más que una esperanza infantil. Pero mi loba, por otro lado, todavía se sentía atraída por él. Y yo acababa de darle el control total al liberarla.

Esto no iba a acabar bien.

Capítulo 11

Thea

Era enorme. Mucho más grande de lo que esperaba. Estaba de pie en el linde del bosque, mirándome fijamente. Sus ojos ámbar contenían una emoción que no podía leer. No sabía si debía correr por mi vida o quedarme en mi sitio.

Mi loba tenía la mayor parte del control y quería acercarse a él. Al estar los dos en forma de lobo, nuestros seres humanos habían sido empujados hacia atrás.

Bryant dio los primeros pasos hacia mí. Mi ritmo cardíaco se aceleró cuando empezó a acortar la distancia que nos separaba. Ni una sola vez rompimos el contacto visual.

El fondo en el que nos encontrábamos indujo una oleada de calma sobre mí. Y el peso de mis problemas se evaporó por unos instantes.

Debería haber huido en ese momento porque estar tan cerca de él era peligroso. Si intentaba hacer alguna locura como marcarme, mi loba se lo permitiría. Ella no entendía que necesitábamos alejarnos de él. No entendía que él no nos quería porque ella usaba sus instintos mientras que yo tenía que aplicar la lógica.

Bryant se detuvo a pocos metros de mí. Permaneció erguido, como suspendido sobre mí. Su mirada no se apartó de la mía ni por un segundo. Sus ojos se clavaron en los míos como un río que fluye libremente. Nunca me había sentido tan unida a él como en aquel momento.

El muro que había empezado a construir se hizo añicos. Entró como una bola de demolición derribando la fortaleza con la que intentaba rodear mi corazón. Cada vez que pensaba que era lo suficientemente fuerte como para resistirlo, él me empujaba con más fuerza. Esto estaba siendo increíblemente difícil para mí.

Intentó acortar la distancia, pero el sentido común optó por volver a mi cuerpo en el momento justo. Salté hacia atrás como si estuviera ardiendo y me aparté de él.

Su lobo gimoteó ante mis acciones.

Entonces, Salí corriendo, dejándolo de pie junto al arroyo. Sabía que, si hubiera querido, podría haberme perseguido, pero Bryant tenía más sentido común que eso. Sus lobos de patrulla lo

habrían visto, y no quería arriesgarse a los rumores.

No paré de correr hasta que llegué al otro lado del bosque. Me tumbé bajo los árboles reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir. No podía volver a permitirme ser tan descuidada, nunca más.

Necesitaba recordarme a mí misma que antes de ser Thea Crescent, era una guerrera del Rey Solitario, y que tenía una misión que cumplir. Tenía que controlarme a partir de ahora. Tenía poco más de mes y medio para conseguir la piedra lunar antes de que Bryant me echara de la manada.

Me había cansado de perder el tiempo. Era hora de recordar de quién era la sangre que corría por mis venas.

Después de mi pequeño encuentro con Bryant, me tomé el resto del día libre y no volví al centro de curación. Sam había estado de acuerdo después de que le contara lo que había pasado. Todavía me presionaba para que aceptara el rechazo, pero yo no cedía.

Bryant y yo éramos muy parecidos en ese aspecto. Los dos éramos testarudos, inquebrantables y orgullosos. Ninguno de los dos quería doblegarse, y por razones diversas.

La primera parada en mi búsqueda de la piedra lunar fueron los archivos de la manada. Todas las manadas antiguas tenían archivos que se remontaban a siglos atrás. Contaban las historias de sus manadas, desde el principio hasta el presente. Si iba a descubrir algo sobre la piedra lunar, sería en esos archivos.

Llevaba horas en la biblioteca de la manada. Me dolían los ojos, me latía la cabeza y no había encontrado nada sobre la piedra lunar. Parecía un mito. Había preguntado a los archiveros, pero me habían dicho que no había libros sobre la piedra lunar.

Empezaba a preguntarme si mi padre se había equivocado de verdad. Tal vez la piedra lunar era sólo un mito que el hombre quería que fuera verdad.

Pero también conocía a mi padre. No me enviaría aquí si no estuviera seguro de que la piedra estaba aquí, en alguna parte. Sólo tenía que seguir buscando; ser paciente y seguir buscando. .

Había cogido algunos de los archivos para revisarlos en mi habitación. Tal vez me había perdido algo antes y necesitaba echarle un segundo vistazo.

Estaba tan preocupado que no vi la pared contra la que me estrellé. Tropecé hacia atrás y los libros se me cayeron de los brazos.

—Mierda, —me arrodillé y empecé a recogerlos. Alguien se agachó a mi lado y me ayudó a recogerlos—. Lo siento. No estaba mirando dónde... —Mi voz se entrecortó cuando establecí contacto visual con un par de ojos azul cielo que nunca antes había visto.

El tipo me miraba con profunda concentración. Su mirada era penetrante e inquietante, y no me gustó. Me tendió el libro y lo cogí, alejándome un paso de él.

—Gracias, —me aclaré la garganta—. Si me disculpas.

Fui a dar la vuelta, pero me bloqueó el paso. Cuando intenté de nuevo, me volvió a bloquear el paso.

—¿Hay algún problema? —le pregunté aferrada a los libros más fuerte contra mi pecho.

—Eso es lo que intento averiguar. —Había un ligero filo en su voz que hizo que mis defensas se agitaran. Estaba entrando con mucha hostilidad, y no me gustaba.

—Realmente necesito irme ahora. Si no te importa, me gustaría irme.

—No antes de que respondas algunas preguntas.

—¿Y quién eres tú para que yo tenga que responder nada?

—Soy el beta de esta manada —levantó la barbilla—. Estoy bastante seguro de que eso me convierte en alguien.

Mierda. Este era David Fraser. La mano derecha de Bryant y su mejor amigo. Donde Bryant era conocido por ser frío y distante, David tenía el enfoque más ligero. Él era la luz que equilibraba la oscuridad de Bryant. Pero en este momento, estaba mostrando rasgos muy similares a su alfa.

—¿Qué preguntas son esas?

—¿Por qué estás aquí realmente? —me preguntó recorriendo mi cara con su mirada.

—¿Aquí dónde? —Intenté hacerme la tonta—. ¿Aquí como en la biblioteca?

—No te hagas la tímida. Ya sabes lo que quiero decir.

Solté un fuerte suspiro y lo miré fijamente a los ojos. —Ojalá supiera yo misma esa respuesta. Como debes saber, ya que estás muy intrigado por mí, tengo amnesia. No recuerdo de dónde vengo, cuál es mi apellido ni qué pasó antes de cruzar a las tierras de tu manada.

El músculo de su mandíbula se crispó mientras seguía mirándome fijamente. No confiaba en mí, y era listo. A diferencia de Sam, David veía a todo el mundo como indigno de confianza antes de que le demostraran lo contrario.

—Qué conveniente.

—Si tienes algún problema conmigo, dilo. No tienes que ir por ahí intentando intimidarme para que te cuente algún gran secreto que crees que escondo.

—Eres una anomalía, y no confío en las cosas impredecibles.

—Soy una víctima de esta guerra, *Beta* —escupí su título como si fuera un vil veneno. Eran hombres como él los que iban por ahí pisoteando a los que estaban por debajo suyo simplemente porque por sus venas corría sangre diferente.

—Es interesante que estés leyendo sobre la historia de la manada, específicamente sobre la mía —dijo tras señalar los libros que tenía en mis brazos.

Me encogí de hombros: —Quiero saber más sobre el lugar en el que vivo. ¿Es eso un delito?

—Cuando se trata de enemigos potenciales, sí.

—¿Y eso es lo que soy?—Solté una carcajada sin humor. Estaba buscando algo.

—Hasta que se demuestre lo contrario, eres una amenaza para mi pueblo.

—¿Te he dado una razón para hacerme creer que soy tu enemiga?

Pero no me contestó.

—Lo entiendo. No te gusto y no confías en mí. Tienes motivos para desconfiar de mí. No me conoces, pero esa es también precisamente la razón por la que no puedes juzgarme. No estoy aquí para hacerle daño a ninguno de ustedes. Quiero llegar a casa tanto como el que más, pero el problema es que no recuerdo dónde está. Dame un pequeño respiro, ¿vale?

David soltó un pequeño gruñido antes de acercarse a mí. Luego, bajó la cara hasta dejarla a

escasos centímetros de la mía.

—Te estaré vigilando, Thea. Si miras en la dirección equivocada, te atacaré como abejas a la miel. Y a diferencia de mi amigo, muerdo para matar.

Se enderezó hasta alcanzar toda su estatura. Me miró por última vez antes de darme la espalda y entrar en la biblioteca.

Lo vi desaparecer en el interior del gran edificio. Un escalofrío me recorrió la espalda y sus palabras calaron en mis huesos.

David Fraser iba a ser un problema para mí. Lo sabía. Si seguía interponiéndose en mi camino, tendría que pensar en una solución permanente para ocuparme de él.

Capítulo 12

Bryant

No debería estar aquí. Quería estar lo más lejos posible de mi compañera. Estar tan cerca era demasiado peligroso, sobre todo después de lo de ayer. Había perdido la cabeza al acercarme tanto a ella, especialmente en forma de lobo. Mi lobo aún no había llegado a la misma conclusión que yo cuando se trataba de Thea.

Hojeé la carpeta, fingiendo que estaba leyendo unos informes mensuales en el patio del centro de curación. La verdad es que podría haberlo hecho en cualquier sitio, pero quería volver a verla.

Su lobo era uno de los más hermosos que había visto en mi vida. Su pelaje marrón claro contrastaba con el negro del mío. Era más grande de lo que pensaba, pero más pequeña que yo.

Oí los chillidos de los cachorros mientras Thea los perseguía por la hierba. Fingía ser un gran monstruo y ellos huían de ella. La sonrisa de su cara era radiante. Nunca la había visto tan... alegre. La alegría le sentaba de maravilla.

Espabila. No se supone que estés suspirando por ella. Se supone que debes olvidarla.

La voz de la razón resonó en mi mente. No me gustaba esa voz, pero era necesaria.

Sam se sentó frente a mí en la mesa. Tenía los ojos entrecerrados y me dirigió una mirada de desaprobación que se había convertido en su nueva norma al dirigirse a mí. No era ningún secreto que no estaba a favor de mi decisión, pero no sabía a lo que nos enfrentábamos.

Arthur era cada día más fuerte. Más lobos se volvían hacia él y se unían a su ejército. Nadie más en la manada lo sabía, aparte de David y yo. No quería preocupar a mi gente, pero esta alianza era necesaria. Tenía que asegurar la victoria para mi gente, y si eso significaba privarme de lo que era natural, que así fuera. Arthur ya me había quitado mucho. Me negaba a dejar que me quitara más.

—No sé de qué estás hablando, Samuel. ¿No puede un hombre leer inocentemente el papeleo en el patio?

—No cuando tiene un estudio donde podría hacer su trabajo. ¿Por qué estás aquí, Bryant?

—Parece que sabes por qué estoy aquí, así que ¿por qué no me lo dices, Sam? —le pregunté enarcando una ceja. Era mi amigo, pero también había una delgada línea que sabía que no debía cruzar. Yo era su alfa, y había que tener respeto al dirigirse a mí.

—Tienes que dejarla en paz, Bryant. ¿Cómo puedes no ver que lo que le estás haciendo es injusto?

—¿Qué estoy haciendo?

Me miró exasperado. —No te hagas el tonto. Es impropio y más aún de un hombre de tu estatus. Casi muere por tu culpa.

Algo se retorció en mi pecho ante sus palabras. No necesitaba recordarme lo que había estado a punto de hacer. No iba a retractarme de mi decisión, pero no quería ver sufrir a la chica. Ella era inocente en todo esto. Pensé que habría tenido la sensatez de aceptar el rechazo, pero me había equivocado.

—Casi *muere*, Bryant —dijo haciendo énfasis en la palabra muere.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. No necesitaba que me recordaran el lío monumental que había creado. Me sentía mal porque ella hubiera tenido que pasar por eso, pero mi decisión seguía en pie. Ya no era mi compañera, sino que Amber, y por injusto que me pareciera, era lo mejor para la manada y para mí.

Había intentado alejarme de ella. Había intentado mantener las distancias, pero siempre había algo en ella que me llamaba.

—¿Crees que no lo sé? —La miré fijamente con los cachorros—. Me senté con ella y le cogí la mano durante días, Sam. Podía sentir su corazón fallando una y otra vez.

—Entonces, ¿por qué la torturas así? ¿Por qué estás aquí? ¿No es suficientemente malo que la chica no pueda recordar su vida antes de ser secuestrada? Ahora la única persona en la que creía que podía confiar no la quiere.

No es *que no la quisiera, sino que no podía quererla*.

—Es lo mejor —dije y algo crujió en mi pecho. Estaba desgarrado. Nunca en mi vida había estado tan en las antípodas de mi lobo. Estaba enfadado conmigo, y tenía todo el derecho a estarlo. Le estaba negando lo que sus instintos naturales le llevaban a hacer.

—Lo mejor es que salgas de su vida. Merece encontrar a alguien que la quiera y la trate bien. Merece una oportunidad justa para encontrar una pareja más adecuada para ella.

La rabia al rojo vivo me llenó el pecho como un maremoto. —¿Y quién sería más adecuado para ella?

Sam me sostuvo la mirada inquebrantable. —Cualquiera es mejor que tú en este momento, Bryant. Eres lo peor para ella en este momento. No entiendo cómo no puedes verlo.

Lo veía, pero el problema era que yo era un hombre egoísta. No la quería, pero tampoco quería que ningún otro hombre la tuviera. Ella era mía. Me pertenecía.

—No sé qué te ha pasado estos últimos años, pero el antiguo Bryant nunca habría hecho esto.

—El viejo Bryant no había sostenido cachorros moribundos jadeando por su próximo aliento. No había visto la cantidad de sangre derramada por ese maldito Rey Solitario. No había tenido que ver morir a su madre. El viejo Bryant no había visto el dolor. No había oído la muerte. No había oído el grito de dolor de los muertos. El viejo Bryant era ingenuo.

La tensión que reinaba entre nosotros era densa e inconfundible. Era consciente de la reputación que me había labrado. Era un alfa cruel e implacable. Puede que me compararan con el diablo, pero al menos mis lobos estaban vivos. Había aprendido a construir una armadura alrededor de mi corazón no porque quisiera, sino porque lo necesitaba para sobrevivir.

—Todo líder hace sacrificios.

—Esos sacrificios no deberían costarnos el alma, Bryant. Ya ni siquiera sé quién eres. —Sus palabras fueron como un puñetazo en las tripas.

—Entonces supongo que soy un monstruo sin alma.

Nos miramos fijamente, sin ceder ninguno de los dos. Podía sentir el peso de un par de ojos sobre mí, y no necesitaba girarme para saber a quién pertenecían. Siempre lo sentía cuando era ella. Era ese calor inconfundible que me llenaba el pecho y se extendía por todo el cuerpo.

—¿De qué van? —preguntó David mientras se sentaba en el espacio junto a Sam. Miró entre los dos con cansancio—. ¿No es un buen momento?

—Ya me iba. —Sam se levantó de su asiento y caminó hacia Thea.

Los celos se me metieron en los huesos al ver que él podía acercarse a ella tan despreocupadamente. Tuve que controlarme porque no me perdí la forma en que sus ojos se iluminaron cuando se acercó a ella. Le gustaba, no de forma romántica, pero me molestaba que sintiera algo por él.

Era hipócrita de mi parte estar celoso de su amistad con Sam cuando yo me iba a casar con otra persona en las próximas semanas. No tenía derecho, pero mis sentimientos no necesitaban ser razonables para ser válidos. Eran válidos porque eran mis sentimientos.

—¿Qué pasa con ella? Parece que siempre te enfadas cuando está cerca. —David desvió mi atención de Sam y Thea.

—Nada —le resté importancia—. ¿Necesitabas algo?

Su atención se centró en Thea. —Deberíamos deshacernos de ella. No tiene sentido que se quede. Está claro que te molesta, y sé cómo eres con los lobos que no conoces.

—Le di mi palabra de que podía quedarse dos meses. No me voy a retractar.

Podría haber cambiado de opinión fácilmente si hubiera querido, pero no lo hice. La chica no tenía hogar ni familia que recordara. Puede que gobernara con puño de hierro, pero no era cruel. No la dejaría librada a la intemperie.

David dirigió su mirada azul hacia mí. —¿Cuál es tu trato con ella?

—¿Qué quieres decir?

—No soy idiota, B. Ella te tiene en vilo.

—No hay nada; ahora olvídale —le dije con dureza.

—Has estado actuando raro desde que llegó esta chica.

Gruñí. —Claramente, todos piensan que estoy actuando de forma extraña. Tengo que ir a organizar las cosas para mañana.

Me levanté de mi asiento y me alejé de un atónito David. Había terminado con estas conversaciones y con todo lo que tuviera que ver con Thea. Ella no era la mujer en la que debía centrarme.

Al día siguiente me comprometía y tenía que interpretar el papel de prometido obediente y futuro yerno de uno de los alfas más pretenciosos que había conocido.

Mi pareja concertada y mi pareja predestinada rechazada en un mismo lugar. ¿Qué podría salir mal?

Capítulo 13

Thea

Era hoy. Hoy era el día en que este hombre iba a unirse con otra mujer que no era yo, y yo tenía un asiento en primera fila. Pero no cualquier mujer. Esta mujer resultó ser mi prima y la hija del hombre que mató a mi madre, mi tío. Toda una reunión familiar, podríamos decir.

Sentí un huracán de emociones diferentes. Nerviosa, enfadada, vengativa, triste e incluso un poco envidiosa. No envidiaba a Amber; apenas la conocía. Envidiaba a Bryant. Envidiaba la forma en que era capaz de apagar sus emociones como si yo fuera una simple desconocida para él.

Ayer, en el patio, cuando me vio jugar con los cachorros, sentí ese vínculo entre nosotros. El mismo lazo que él había intentado cortar, pero que de algún modo seguía ahí, gracias a mí. Mentiría si dijera que no había un pequeño rayo de esperanza en mi interior.

Había una pequeña parte de mí, la parte que se negaba a dejar morir un sueño de la infancia, que se aferraba a un futuro nuestro. Era estúpido, pero no podía evitarlo.

—¡Thea! —Amy llamó mi nombre, interrumpiendo el fluído de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Dónde tienes la cabeza? Te he estado llamando durante los últimos diez minutos.

—Lo siento —cerré el expediente del paciente que había estado revisando. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Qué ocurre? —la preocupación se apoderó de sus facciones mientras acercaba su silla a la mía. Estábamos en la sala de descanso de los voluntarios revisando los expedientes de algunos pacientes para los curanderos jefe.

—Nada. Creo que sólo me falta dormir.

—Quizá te vendría bien algún medicamento para ayudarte por la noche. ¿Has hablado con Sam de ello? Quizá podría recetarte algo.

Negué con la cabeza y le dije que estaba bien.

Además, la ayuda que necesitaba no podía arreglarse con una pastilla. Necesitaba que la mismísima Diosa de la Luna bajara de lo alto y solucionara el lío en el que me había metido.

Aún parecía un poco preocupada, pero lo dejó pasar. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando fue a cogerme de la mano. Me levantó de la silla.

—¿Qué estás haciendo?

—Alpha Simon y Amber llegarán en los próximos minutos. No quiero perderme su llegada.

No iba a ir a dar la bienvenida a mi tío asesino. Clavé los pies en el suelo y me resistí a sus tirones, pero la chica era fuerte. Siguió tirando de mí hacia la puerta.

—Tenemos papeleo que completar —le dije, sabiendo que era una excusa patética porque podíamos terminar el trabajo en cualquier momento.

—Que no tenemos que tener listo hasta más tarde mañana. Tenemos tiempo de sobra para volver y terminar. Ahora vamos. —Me tiró con fuerza y agregó—: ¿No quieres ver nuestra nueva luna?

—No, —dije en un tono inexpresivo. Tenía tantas ganas de ver a mi familia como de llevar grilletes de plata en las muñecas.

—Lástima —me sonrió dulcemente antes de conseguir sacarme por la puerta—. Quiero irme, así que nos vamos.

Dejé que me arrastrara por el pasillo y saliera por la puerta sin oponer mucha resistencia. La curiosidad me hizo querer ver al hombre que arruinó toda mi vida. Quería por fin ponerle cara al nombre que había odiado durante años. Mi padre se había negado a enseñarme una foto suya porque apenas soportaba la mención de su nombre.

Sabía que él y mi madre habían sido gemelos, así que quería ver si se parecían. ¿Compartían los mismos ojos color caramelo que yo había heredado de ella? ¿Tenía también hoyuelos en las mejillas cuando sonreía? ¿Tenía el pelo castaño oscuro como ella? ¿Tenía alguna característica de mi madre?

Tenía tantas preguntas sobre tantas cosas de mi infancia que mi padre prefirió ocultar porque era demasiado doloroso hablar de ellas. Pero yo quería saber. Necesitaba saberlo ya.

Amy se detuvo finalmente en la plaza de la manada, a las afueras de la casa de la manada. Una

gran multitud se había reunido, a la espera de echar un vistazo a su futura luna.

—Dios mío —chilló Amy—. Llegamos justo a tiempo.

Bryant salió por la puerta con David a su lado. Su rostro era ilegible, pero David tenía una sonrisa en los labios. Los dos eran la viva imagen del otro. Donde Bryant era inaccesible y frío, David era acogedor y cálido. Es una pena que él no hubiera sido cálido o acogedor conmigo.

Incluso físicamente parecían diferentes. Bryant tenía rasgos oscuros, fuera de unos ojos azules que me recordaban al océano. David tenía ese aspecto de chico de al lado que enamoraría a cualquier chica.

No era de extrañar que las mujeres de esta manada se desmayaran por su beta y su alfa. Eran hombres atractivos. Y lo triste era que ellos también lo sabían.

Un elegante coche negro se detuvo delante de la casa, y toda la multitud rugió con vítores. Mi ritmo cardíaco se aceleró cuando mi loba se abrió paso hacia delante, ya con ganas de pelea. Las imágenes de la cara llena de lágrimas de mi padre el día que me dijo que mi madre había muerto se me quedarían grabadas para siempre.

Bryant bajó los escalones de mármol y se dirigió a la puerta. La abrió ofreciendo la mano a alguien.

Esperé con la respiración contenida.

Pasaron unos segundos y apareció una melena rubia. El público aplaudió al ver a su nueva luna.

—¡Amber, te queremos!

—¡Eres preciosa, Amber!

—¡Gracias, Amber!

La querían. Vi el brillo en los ojos de muchos de ellos y me pregunté si, de haber sabido que yo iba a ser su luna, me habrían querido igual. Si supieran la verdad de lo que realmente era, ¿me habrían aceptado? ¿Me habría aceptado mi compañero?

No pude verle bien la cara. Pero por lo que vi de su perfil, era preciosa.

Luego, la puerta del otro lado del vagón se abrió y salió un hombre al que sólo había imaginado

en mis pesadillas o durante mis prácticas con la espada.

A—hí está —dijo Amy con voz soñadora a mi lado—. Qué bonito.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Tenía el pelo sal y pimienta y un cuerpo que podía rivalizar con el de un veinteañero. Era un hombre apuesto. Si bien era alto, Bryant le sacaba unos centímetros.

Levantó la mano hacia la multitud saludando como si fuera una especie de celebridad. D hecho, para esa gente, lo era. Pero para mí, era el hombre responsable de la muerte de mis padres. Uno había muerto físicamente, pero el otro caminaba como una cáscara de sí mismo. Me habían robado.

Una rabia al rojo vivo llenó mi pecho al verle. Estaba allí sonriendo a la multitud como si fuera el rey, mientras el inocente corazón de mi madre latía en su pecho.

Si supieran la verdad de quién era.

Un cobarde asesino que no se preocupaba por nadie más que por sí mismo. Mis garras se extendieron mientras la rabia llenaba mi cuerpo. Mi loba se abrió paso a la fuerza, su sed de sangre la cegaba.

Por un segundo, olvidé la misión. Olvidé que estaba destinada a ser la Thea amnésica, que no podía recordar su vida con los Solitarios. Por una fracción de segundo, quise perder el control y dar rienda suelta a mi bestia. Quería venganza, y yo quería el sabor de la sangre de Simon en mi lengua.

¡Mátalo!

Mi loba chasqueó, tratando de agarrar el volante. Para ser sincera, no estaba oponiendo mucha resistencia reteniéndola.

—Me gustaría dar la bienvenida formalmente al alfa Simon a la Manada de la Luna de Sangre. —La voz de David retumbó—. Y para que no se me olvide, ¡a nuestra Luna! ¡Que finalmente ha vuelto a casa!

Mis ojos observaron a Amber y Bryant cogidos de la mano. Amber era la imagen de la perfección. Pelo rubio liso, ojos azules y perfectos, y un cuerpo en forma que parecía pertenecer a la portada de Vogue. Parecía una chica guapa. Éramos polos opuestos. Supongo que esto era lo

que quería todo el tiempo.

Amber se puso de puntillas y besó a Bryant en la mejilla, y el público enloqueció.

Esperaba que mi loba se enfureciera. Había esperado que cogiera las riendas y tomara el control total, pero en lugar de eso, se encogió con un triste gemido.

Las grietas que poco a poco había empezado a reparar volvieron a abrirse mientras observaba cómo la multitud animaba a su alfa y futura luna.

La bilis me subió desde el estómago hasta la garganta y tuve que cerrar la boca para no vomitar por todo el suelo.

Los ojos de Bryant recorrieron la multitud hasta que finalmente se posaron en mí. Por un momento, el mundo se detuvo y solo existimos él y yo.

Sus ojos eran ilegibles, pero estaba segura de que los míos contaban la historia del dolor y la angustia que yo hacía todo lo posible por ocultar. Pensé que estaría mejor preparada para verlo con ella, pero me había equivocado.

Los fragmentos afilados de los cuchillos que Bryant me había clavado en el pecho se retorcían con cada fuerte latido.

Sabía lo que me esperaba esta noche después de la ceremonia, y él también lo sabía. Yo seguía negándome a aceptar el rechazo, y él no iba a cambiar de opinión sobre nosotros.

Esta noche daría otro paseo por el carril de la muerte, y una pequeña parte de mí esperaba no volver jamás. Si esto era lo que se siente al enamorarse, elijo la muerte.

Capítulo 14

Thea

Todo el mundo se había reunido en la sala para la ceremonia de esponsales, pero yo había optado por mantener la distancia, porque sabía lo que me esperaba. Sam me había advertido sobre la segunda oleada. Dijo que sería más fuerte que la primera.

Se me encogió el corazón al ver a mi tío y a mi prima. Tantas emociones fluyeron a través de mí a la vez, y me sentí agotada. Años de traumas se habían derramado y filtrado por mis poros como ácido. El amargo veneno me abrasaba.

Los ojos de Bryant no reflejaban nada cuando miraba a Amber. ¿La amaba? ¿Sentía algo por ella?

Quería odiarle. Sabía que debía odiarle, pero mi corazón seguía encontrando excusas para él. Cada día que pasaba me acercaba más y más a la muerte, pero mi corazón seguía llamando al suyo.

Estaba tumbada en la cama, con las ventanas cerradas para que la luz de la luna penetrara a través del cristal. Sólo llevaba un sujetador deportivo y unos pantalones cortos. La última vez me había empapado en sudor, y era necesario llevar el menor número de capas de ropa posible.

Uno. Dos. Tres. Cuatro...

Seguí contando mentalmente, esperando a que la ola me golpeará. Esta vez estaría preparada. Con Amber aquí, sabía que no habría ninguna posibilidad de que Bryant viniera a rescatarme. Me había dejado muy claro que estaría sola de aquí en adelante.

Sabía que una vez que hicieran el vínculo sanguíneo, lo sentiría, pero de momento no sentía nada. Era la espera lo que más nerviosa me ponía.

Veintidós. Veintitrés. Veinticuatro...

Entonces me di cuenta. No había preparación que pudiera haber hecho para el dolor que siguió.

Sentí como si un cuchillo me atravesara el pecho, retorciéndose de lado a lado mientras se deslizaba. El dolor era insoportable.

Agarré las sábanas de la cama debajo de mí. Apreté los dientes, intentando contener el grito de agonía que quería escapar de mi garganta. Estaba en la casa de la manada y no necesitaba que la gente viniera a llamar a mi puerta. Eso atraería demasiadas miradas hacia mí, y yo intentaba pasar desapercibida, no destacar.

La espada se clavó en mi pecho, y entonces el fuego empezó a correr por mis venas. Contuve el grito que quería escapar de mi garganta, reprimiendo el fuego, pero era demasiado.

El dolor era más de lo que podía soportar.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, que me caían por la cara. Intenté parpadear, pero en cuanto desaparecían, otras las reemplazaban. Mi visión se nublaba a medida que el dolor se intensificaba.

Entre el dolor y el ardor, oí que se abría la puerta y que alguien hablaba. Su voz estaba tan apagada que parecía bajo el agua.

—Maldita sea, Thea —sentí que unos brazos me rodeaban mientras me levantaban de la cama. Centré los ojos en el techo porque sabía que, en cuanto intentara hablar, toda la contención desaparecería.

Me incliné hacia el calor de la persona en busca de algún tipo de consuelo. Al menos no moriría sola. Morir solo era una forma deprimente de morir.

—Estás ardiendo, Thea —la voz distante de Sam golpeó mis oídos—. Aguanta. Te llevaré al centro de curación.

Sam estaba aquí. Había venido por mí.

El ardor se intensificó en cuanto salimos al aire fresco del exterior. Estaba segura de que no había mucha gente en la manada, ya que todo el mundo estaba en la ceremonia de esponsales.

Sam me llevó corriendo al centro de curación, mi mente demasiado concentrada en mantener a raya los gritos. Tenía las manos apretadas a los lados. Intenté pensar en otra cosa que no fuera el fuego.

Me instalaron en una habitación del centro de curación. Inmediatamente, Sam empezó a clavarme agujas en el cuerpo, intentando administrarme cualquier medicamento que pensara que me sería útil en ese momento. Pero ningún medicamento podría ayudarme y ambos lo sabíamos.

Había asumido que caminaba hacia la muerte.

Parpadeé para disipar las lágrimas y giré la cabeza para mirarle. Sam se dedicó a conectarme a las máquinas y a administrarme medicamentos. Cuando por fin terminó, me miró con cara de terror. Su rostro era de un blanco fantasmal y sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Thea, por favor —graznó su voz al final—. No puedo salvarte. Tienes que aceptar el rechazo antes de que esta ola te mate. Él no vendrá. Los dos sabemos que no va a venir.

Tenía razón. Pero no podía aceptar el rechazo. Estaría traicionando partes de mí con las que prometí no comprometerme nunca.

—Thea... —una sola lágrima cayó de sus ojos—. Él no vale la pena.

Quería creer que no, pero mi corazón se negaba. Para mí, Bryant siempre valdría la pena.

Sam me agarró la mano y se aferró a ella.

Lo siento.

Quería decírselo, pero aún tenía los dientes apretados, intentando contener el dolor que se extendía por todo mi cuerpo. Me ardían todas las terminaciones nerviosas. Cada célula estaba siendo carbonizada desde dentro hacia fuera.

El cuchillo que se había clavado en mi pecho viajó más profundo, y esta vez no pude evitar el grito espeluznante de sangre que salió de mis labios. Podía sentir cómo me arrancaban a mi lobo.

Acababan de completar el vínculo de sangre. Ahora estaban conectados, lo que significaba que su vínculo me estaba desconectando.

—¡Thea, por favor! —Sam besó el dorso de mi mano con ternura, acercándola a su pecho—. No puedo hacer más de lo que ya he hecho. Por favor.

Me retorció de dolor, con mi lobo aullando dentro de mí, intentando aguantar. Era como si se me estuvieran rompiendo los huesos. Mis fuerzas se desvanecían y luchaba por aferrarme a la vida. Me parecía más fácil caer en la oscuridad que permanecer en la luz.

Los ojos se me cerraban, los párpados me pesaban más y más a cada segundo que pasaba.

—¡Thea! —La voz de mi padre resonó en mi mente—. ¡Thea!

Se me pusieron los ojos en blanco y volví al mismo bosque de la noche en que nos comunicamos. El dolor había desaparecido por completo y me encontraba frente a mi padre, que tenía una expresión de preocupación y furia grabada en el rostro.

—Padre —incliné la cabeza.

—¿Por qué? —Él gritó, con la mandíbula trabada en su lugar—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sabía lo que me pedía, pero no sabía cómo explicárselo. Si había sido capaz de penetrar en mi mente, significaba que ya lo sabía.

—Tenía miedo —mi voz salió tranquila—. No sabía qué hacer. Está destinado a ser mi compañero, pero también es mi enemigo. Y él me rechazó, así que no vi la necesidad de agobiarte.

Cruzó la pequeña distancia que nos separaba y me agarró por los hombros. —Eres mi hija. Nada de lo que te concierne es una carga para mí. Mi trabajo como tu padre es protegerte.

—Lo siento —incliné la cabeza en señal de sumisión—. Pensé que estaba haciendo lo correcto.

Mi padre me levantó la barbilla con un dedo y me acarició la mejilla con su mano. El hielo de sus ojos se había derretido casi por completo.

—Defendiste aquello en lo que creías, y no puedo culparte por hacer exactamente lo que te enseñé a hacer. —Me besó la sien y me abrazó. Mi padre no era un hombre demasiado afectuoso, así que esta faceta suya era poco frecuente, pero era un cambio bienvenido respecto al rey inflexible que yo conocía. Rodeé a mi padre con los brazos y me dejé romper. Pero no lloré. Simplemente me permití sentirlo todo a la vez. Lágrimas silenciosas corrieron por mi rostro, dejando que el dolor rezumara con su salinidad.

Cuando nos separamos, mi padre me sostuvo la mirada. —Necesito que aceptes el rechazo.

—¿Qué?

—Él no vale la pena, Thea. Si él no puede verte como la increíble y hermosa mujer que eres, entonces él no vale la pena todo este dolor. Acepta su rechazo.

—Pero dijiste que rechazar a un compañero va en contra de nuestra naturaleza.

Mi padre negó con la cabeza. —Pero en tu caso, simplemente estás aceptando lo inevitable.

Demasiadas cosas dependen de que sigas viva, Thea. Tienes una corona que heredar y personas que dependen de ti. No dejes que este hombre te robe todo arrinconándote. Libérate de estos grilletes.

Entendía lo que decía, pero ¿qué pasaba con mis principios y mi moral? No sabía si estaba dispuesta a comprometerlos. —Pero ¿qué hay de la Diosa de la Luna? ¿No se enfadará conmigo?

—La Diosa de la Luna es soberana, y no olvida a los que son fieles. Tú serás recompensada, y él será castigado. Puedo asegurártelo.

Me mordí el labio, insegura de qué hacer.

—Hazlo, Thea —mi padre me apretó el hombro—. Se te acaba el tiempo. Tu lobo se está desvaneciendo, y no puedo mantenerte con vida por más tiempo.

Abrí la boca y pronuncié las palabras que nunca pensé que saldrían de mis labios.

—Yo, Thea Crescent, acepto tu rechazo Bryant Archer.

—Bien hecho. —El Rey Arthur me miró con una pequeña sonrisa en los labios—. Vivirás, hija, y tendrás tu venganza. Pagaré sus pecados con sangre. Te hago esta promesa.

Entonces, Mi padre se desvaneció, dejándome sola en medio del bosque. El mundo a mi alrededor se inclinó hacia la izquierda, desequilibrándome. Mi cuerpo cayó al suelo y me empezaron a doler todos los músculos.

Me quedé mirando los pinos que se alzaban sobre mí. Los rayos del sol atravesaban las gruesas ramas y moteaban el suelo sobre el que yacía.

Parpadeé, una sola lágrima cayó de mis ojos.

No lo sabía entonces, pero aquellas ocho palabras que había pronunciado eran el comienzo de un efecto bola de nieve que estaba a punto de repercutir en todos los que me rodeaban.

Puede que me haya quitado de encima mi tormento personal, pero el desastre aguardaba a la vuelta de la esquina. Era sólo cuestión de tiempo que viniera a destruirnos a todos.

Capítulo 15

Bryant

Me miré el corte en la palma de la mano. Ya había empezado a cicatrizar, pero aún quedaba el ligero escozor de la cuchilla. El vínculo se había establecido y Amber y yo éramos prácticamente compañeros. La herida tardaría más en curarse de lo normal, porque Amber no era mi compañera predestinada.

En el fondo de mi mente, la cara de Thea se repetía constantemente. No la había visto en la ceremonia. No sabía si tenía que ver con la presencia de Amber o con el hecho de que estaba a punto de pasar por la siguiente oleada. Sentía un gran peso en el pecho. No sabía por qué me sentía así. Era ella la que se negaba a aceptar el rechazo. No debería haberme importado si ella estaba bien o no, pero no podía evitarlo. Sentía debilidad por ella.

—Bryant —David dijo mi nombre.

Giré la cabeza en su dirección, recordando dónde estaba. Simon me miró raro, pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —preguntó David.

—Sí —cogí mi whisky y le di un sorbo al amargo líquido—. ¿Dónde estábamos?

—Estábamos hablando de la cuestión de los solitarios en el sur. —Simon se reclinó en su sillón de cuero y dio unas caladas a su puro.

Nos habíamos reunido en mi sala de fumadores después de que todos los festejos de la ceremonia de esponsales hubiesen llegado a su fin. Sinceramente, sólo estaba aquí porque David me había obligado. Quería irme a la cama y olvidarme de todo lo que había pasado aquel día.

Llevaba casi un año preparando todo esto. Pero ahora que todo estaba sucediendo y desarrollándose, me sentía extraño. Culpé a Thea de mis sentimientos encontrados. Ella era algo que no había previsto.

Había hecho todo lo posible por bloquearla. Me había esforzado por olvidarla, pero la encontraba en cada esquina. De vez en cuando percibía su olor, o incluso me sorprendía a mí mismo buscándola en la manada. Me perseguía.

—Yo digo que movilizemos a mis guerreros y a los tuyos hacia la frontera sur de la Manada de la Luna de Sangre. Necesitamos reforzar nuestras defensas. —Simon me miró pidiendo mi opinión.

Asentí y dije: —Sí, creo que estará bien. Y a cualquier Solitario que nos encontremos lo matamos in situ. Ya se les ha advertido suficientes veces. Siguen poniéndonos a prueba, y no me gusta. Tenemos que mostrar un poco más de fuerza.

—¿Estás seguro?, —preguntó David.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No te sentías así hace unas semanas, cuando Thea cruzó nuestras fronteras. —Pude oír el ligero filo de su voz. Sabía que no le gustaba la chica, pero no era el momento de sacar el tema. Simon era entrometido, y una vez que empezara a indagar, me preocupaba que de alguna manera descubriera la verdad.

—Thea era diferente. —Mi tono insinuaba que debía dejar el tema, pero supuse que no había captado la indirecta.

—Cruzó nuestras fronteras sin permiso y empapada en sangre que ni siquiera estamos seguros de que fuera suya. No entiendo cómo no la ves como una amenaza. Podría ser una Solitaria por lo que sabemos.

Entrecerré los ojos hacia mi mejor amigo. —Lo sabría si fuera una Solitaria. Puedo oler a esas alimañas a una milla de distancia. Thea no es una de ellas.

—Siento interrumpir esta... riña de amantes que están teniendo. Pero ¿quién es esta chica Thea?

—Simon dio un sorbo a su licor y miró a ambos.

—Es una chica que había sido capturada por los Solitarios, pero escapó milagrosamente y llegó a las tierras de nuestra manada.

—¿Y qué hay de su familia? —Las cejas de Simon se dibujaron sobre sus ojos en señal de confusión. —Seguramente deberías haberla devuelto a su tierra natal.

Abrí la boca para contestarle, pero David se me adelantó.

—Tiene amnesia. Qué conveniente, ¿verdad? —dijo y luego dio otro trago a su whisky.

Creo que ya había bebido bastante por una noche, pero yo sabía que no debía intentar detenerle. Cuando David se ponía así, hacía lo que le daba la gana. Desafiarlo traería problemas innecesarios, y yo estaba demasiado cansada para lidiar con un David demasiado emocional.

Me levanté de la silla y me acerqué al carrito para servirme una copa. Justo cuando cogía la botella, me desplomé, con un dolor agudo que irradiaba desde el centro de mi pecho. El vaso que tenía en la mano se me cayó al suelo.

—Bryant —David corrió a mi lado, con los ojos muy abiertos por la preocupación—. ¿Qué pasa?

—Yo... no lo sé —jadeé. Sentía como si me arrancaran algo del pecho. El dolor agudo se trasladó al costado izquierdo, justo donde tenía el corazón. Me aferré a la zona, agarrándome a la tela de la camisa.

—Ah —caí de rodillas, intentando mantenerme erguido.

El dolor se intensificó aún más y, tras unos segundos más de tormento, se detuvo. El dolor se desvaneció en lo más profundo de mi pecho hasta convertirse en un dolor sordo en las oscuras cavidades de mi corazón.

No.

Los gemidos de mi lobo resonaron en mi mente. Tanto él como yo sabíamos lo que acababa de ocurrir.

Thea había aceptado finalmente el rechazo.

Lo que debería haber sido un momento de gran alivio fue, en cambio, uno lleno de inconfundible decepción. El dolor aún permanecía en mi pecho, pero era distante y apenas podía sentirlo.

—Bryant —David palmeó mi espalda—. ¿Debería llamar a Sam?

Yo era la última persona que Sam quería ver en este momento. Estaba seguro de que estaba con Thea en alguna parte.

Sacudí la cabeza, soltando el aliento que había estado conteniendo. —No. No lo molestes. El dolor se ha ido de todos modos, y siento que sólo necesito descansar.

David no parecía muy convencido, pero le hice un gesto con la mano. Me ayudó a ponerme de

pie, pasé por encima del cristal y me volví hacia mi invitado.

Simon estaba sentado en su silla, observándonos con ojos curiosos. Simon era entrometido y le gustaba indagar en las cosas, y yo estaba segura de que tendría muchas preguntas sobre lo que acababa de ocurrir. Por desgracia, no tuve tiempo de inventar mentiras rápidas para mi futuro suegro.

—Creo que me iré a la cama. Ha sido un día largo y mi lobo necesita descansar. Señalé el licor que había en el carro y agregué: —Sírvanse más bebidas. David te ayudará con cualquier otra cosa que necesites. Buenas noches.

Simon sólo asintió una vez, y yo lo tomé como una señal para irme. David intentó alborotarme un par de veces más, pero después de mucho intento por convencerme, por fin me dejó marchar.

Mientras subía las escaleras, mi mente fue hacia Thea. Me preguntaba dónde estaría. ¿Estaría a salvo? ¿La había golpeado tan fuerte la ola que la había obligado a aceptar el rechazo? ¿Habría sido idea suya? ¿La habría obligado Sam?

No pensé que me lo tomaría tan mal. Pensé que la aceptación sería una gran noticia. Pero tenía sentimientos encontrados en torno a todo el asunto.

Estaba a punto de llegar a mi puerta cuando Amber abrió la puerta de su habitación de invitados y apareció en mi camino. Llevaba un pijama de seda muy ceñido y una sonrisa coqueta en la cara.

—Hola, cariño —me presionó el pecho con la palma de la mano—. Pareces estresado. ¿Por qué no me ocupo de eso por ti?

Amber era una mujer preciosa con un cuerpo de infarto, el aspecto de una modelo y el atractivo sexual de una sirena. Era todo lo que un hombre debería querer y desear. Sin embargo, cuando la miraba, no sentía nada. No era más que una obligación, un medio para un fin. Nunca sería capaz de verla como algo más que eso.

—Necesito ir a la cama, Amber. Estoy cansado y tú tienes que madrugar. —quité su mano de mi pecho—. Buenas noches.

Intenté esquivarla, pero me bloqueó el paso. Hizo una pequeña mueca en un intento de salirse con la suya. Estaba seguro de que había funcionado con muchos otros, pero no sería así conmigo.

—Ahora somos compañeros, Bryant. Tenemos que mostrarnos afecto el uno al otro. —Se acercó a mí, invadiendo mi espacio personal—. Ni siquiera nos hemos besado todavía. Nuestra gente podrá sentir que hay algo raro entre nosotros si ni siquiera podemos mostrarnos afecto.

Odiaba la forma en que decía *nuestra gente*. No es que estuviera equivocada, pero mi manada siempre había sido sólo mía. Mi manada se convertiría en la suya y viceversa. Pero de alguna manera eso me parecía mal.

—En público, seré tu cariñoso compañero que te mira como si fueras el sol en su oscura noche. Pero en privado, necesitamos límites, Amber, al menos hasta la boda. Tu padre insistió mucho en que no te tocara antes de la boda. No puedo ir contra él.

Resopló frustrada. —Estas reglas apestan.

Le di una palmada en el hombro y la esquivé. —Así es. Buenas noches.

Antes de que pudiera decirme nada, cerré la puerta de un portazo.

Me acerqué a la cama y me tumbé, mirando al techo.

El hecho de que esta mujer hubiera aceptado mi rechazo debería haber significado que me distanciara completamente de ella. Entonces, ¿por qué me encontraba añorándola? ¿Por qué su aceptación tuvo la reacción contraria a la que yo esperaba?

¿Por qué no podía sacarme a Thea de la cabeza?

Capítulo 16

Thea

Al día siguiente me desperté cansada y agotada. Después de aceptar el rechazo, mi cuerpo se recuperó por completo. Sam se había quedado conmigo toda la noche a pesar de que le había dicho que se fuera.

Me dolían los músculos por la segunda oleada, pero al menos estaba viva. Pero esa atadura que había sentido se había ido. Ya no podía sentirla. No sabía cómo sentirme al respecto. Había hecho algo que me había dicho que nunca haría.

Sentía el corazón entumecido. No sentía el alivio que Sam había dicho que vendría con la aceptación. Me sentía vacía. Anoche me había traicionado a mí misma.

Me quedé mirando por la ventana, viendo salir el sol detrás de las montañas.

La puerta se abrió y entró Sam con una leve sonrisa en la cara.

—Buenos días —se acercó a mi cama—. ¿Cómo te sientes?

Mi mirada se dirigió hacia él por un momento antes de volver a centrarme en la ventana.

—Estoy bien, sólo cansada"

—No me gusta verte así, Thea —se sentó a mi lado. Intentó cogerme la mano, pero se la retiré. Sus labios se afinaron antes de dejar escapar un largo suspiro—. ¿Estás enfadada conmigo?

—No, no lo estoy. Sólo me siento... entumecida. —Mis ojos se desviaron hacia él—: Hice algo que va en contra de todo en lo que creo.

—Para salvar tu vida, Thea. Si no lo hubieras hecho, podrías haber muerto. ¿No lo entiendes?

No respondí. Por supuesto que lo entendía, pero no cambiaba cómo me sentía.

Había partes de mí que habrían preferido morir, pero cada vez que ese pensamiento cruzaba mi mente, la voz de mi padre resonaba en mi cráneo.

Necesitas vivir, Thea.

Aún tenía una misión que cumplir. Mi pueblo confiaba en mí. Mi padre me necesitaba.

—Necesito un poco de aire. —Me senté en la cama y me quité la manta.

—Vale —Sam se puso rápidamente en pie—. Podemos dar un paseo por el jardín. Te ayudará a despejar la mente y quitarte el estrés.

—A solas —apoyé suavemente los pies en el suelo—. Necesito estar sola, y quiero ir a otro sitio que no sea el jardín.

Parecía un poco dolido, pero intentó disimularlo. —Ah, vale. ¿Quieres cambiarte de ropa?

Me miré la bata del hospital. No podía irme enseñando todo el trasero.

Señalé el albornoz que colgaba a un lado de la pared. —¿Puedes pasarme eso, por favor?

Sam me entregó la bata con una mirada solemne.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Quiero ir a dar un paseo —me senté en la cama—. Y no, no estoy enfadada contigo. Sólo necesito respirar. Esto no es lo más fácil de afrontar para mí. Lo entiendo, salvé mi vida, pero siento como si hubiera perdido una parte de mí al hacerlo.

—De acuerdo —cedió.

Me preparé y salí del centro de curación. Sam me siguió todo el camino hasta la puerta, pero no pasó de ahí.

Sabía lo que necesitaba y lo conseguiría sin prisa, pero sin pausa. Buscaba un poco de paz y tranquilidad, lejos de este caos en el que me había encontrado.

Después de caminar unos 40 minutos, llegué al claro que había encontrado no hacía mucho. Era lo más parecido a un hogar. Lo más cerca que podía estar de la paz.

Caminé hasta el lecho del río, con cuidado de no acercarme demasiado al agua.

Los rayos del sol se filtraban a través de la espesa piel de los pinos, proyectando una belleza moteada por todo el suelo. Los rayos brillaban contra el agua corriente.

Cerré los ojos mientras el viento me revolvía el pelo. Si alguien me viera ahora mismo, pensaría

que soy una psicópata que acaba de escapar de un manicomio. Llevaba una bata blanca con zapatillas de dormir y una bata de hospital debajo. A saber qué aspecto tenían mi pelo y mi cara. No había tenido tiempo de comprobar mi aspecto antes de salir. No es que me importara en ese momento, de todos modos.

Todo resulta doloroso y entumecido al mismo tiempo.

Mi padre conocía mi secreto, y yo no sabía cómo sentirme al respecto. Seguía empeñado en su plan de destruir a todos los alfas. Los quería a todos muertos, incluido Bryant. No debería haberme importado, pero aun así me importaba, todavía me preocupaba por él, incluso con nuestro vínculo completamente roto.

Oí el chasquido de una rama detrás de mí y me levanté rápidamente. Preparé mi postura, por si tenía que luchar.

Me encontré cara a cara con un par de inquietantes ojos azules.

—Bryant —dejé que mi postura se relajara un poco, pero seguía en alerta máxima—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Son las tierras de mi manada. Soy dueño de todo en esta zona. Puedo estar donde quiera.

Me burlé y pensé que era un menudo imbécil engreído. Claro que diría una idiotez así.

—Ya me iba de todos modos —murmuré, emprendiendo el camino de vuelta a la senda por la que había venido.

—Rompiste el vínculo —llamó detrás de mí—. Hiciste lo correcto. Dejaste de ser una estúpida.

Me detuve en seco. Apreté los puños. Aquel hombre era increíble. Cerré los ojos, inspiré y espiré dos veces y volví a abrirlos. Tenía que mantener la calma. De lo contrario, iba a hacer algo que no quería.

Me di la vuelta lentamente, manteniendo el rostro neutro. —Adiós, Alfa.

Fui a darme la vuelta de nuevo, pero Bryant volvió a hablar.

—¿Por qué estás en bata en medio del bosque? ¿No deberías estar descansando?

—Eso no es asunto tuyo, *Alfa*.

—Deja de usar mi título como un insulto; es impropio.

Puse los ojos en blanco ante su comentario. —Puedo hacer lo que quiera. Tengo libertad de expresión, ¿no? ¿O eso es algo que también querías quitarme?

—¿Quitarte? —Parecía confuso—. Nunca te he quitado nada, Thea.

El corazón me dio un vuelco cuando dijo mi nombre. Ahora no, corazón tonto, ahora no. No nos gusta. No es nuestro amigo.

—Me quitaste el derecho a elegir. Me rechazaste y me arrinconaste. Tenía dos opciones. Sufrir las olas y potencialmente morir o aceptar el rechazo. Me hiciste traicionarme a mí misma.

Bryant enarcó una ceja. —Yo no te obligué a hacer tal cosa. Aceptaste el rechazo por ti misma.

—¿Me estás tomando el pelo? —La sensación de entumecimiento en mi pecho fue reemplazada por esta ira a fuego lento que tenía el potencial de estallar—. No puedes estar intentando hacerme creer que es *culpa mía*.

—No puedes culparme por tu aceptación.

Apunté con un dedo a su cabeza. —¡Sí que puedo! ¡Tú eres la causa de todo esto! Tú eres el maldito idiota que me hizo ir en contra de mi código moral. ¡Un código moral que había sido profundamente arraigado en mi mente!

Ahora estaba enfadada. Mi loba estaba chasqueando la mandíbula y arañando mi mente. Nos estaba haciendo sentir como si fuéramos las culpables de este dolor que sentíamos. Nos estaba engañando.

—Thea —me dijo con voz calmada y tranquilizadora, pero yo ya estaba ardiendo. No había forma de apagar el infierno que acababa de desatar.

—¿Sabes qué, Bryant? Le empujé el pecho con fuerza, pero apenas se movió—. Eres una persona terrible. Te crees el rey todopoderoso por la sangre que corre por tus venas. ¡Noticia de última hora! Que hayas nacido con un determinado ADN no te hace apto para ser un líder. Lo siento por tu pueblo.

Soltó un gruñido de advertencia. —No me pongas a prueba, Thea. No tienes ni idea de lo que he tenido que sacrificar.

Se estaba poniendo nervioso, pero yo ya estaba furiosa. Había pinchado al oso y ahora éste le devolvía el mordisco.

—No eres digno de ser alfa —le espeté—. ¿Cómo puede un verdadero hombre de valor negar su destino? ¿Cómo? ¿Cómo pudiste ponerme en una posición así, Bryant? Podría haber muerto. Me condenaste a muerte, ¿y para qué? ¿Todo para que puedas casarte con una fulana? —Se me quebró la voz al final de la frase. Mierda. No quería llorar. Pensaba que había drenado todas las lágrimas de mi cuerpo, pero aquí estábamos.

La ira había sido una máscara que ocultaba el verdadero dolor que había sentido todo el tiempo.

—Estabas destinado a amarme como nadie lo ha hecho antes. Estabas destinado a... destinado a...
—Un sollozo entrecortado escapó de mis labios.

Aparté la mirada, no quería que me viera tan débil. Yo era más fuerte. Ya me había enfrentado a peligros mucho mayores que éste. Entonces, ¿por qué sentía que me estaba deshaciendo? Me estaba rompiendo en mil pedacitos.

Lo sentí caminar detrás de mí. Estaba tan cerca que podía sentir su calor irradiando de su cuerpo.

—Thea —me puso la mano en el hombro.

Salté lejos de su contacto como si fuera una llama abrasadora.

—¡No me toques! —grité.

—Thea, yo no soy el malo aquí. Como alfa, tengo que hacer cosas difíciles...

—No me importa, Bryant. No me importan tus tontas obligaciones ni tu título. Y ciertamente no me importas tú.

No esperé a que respondiera. Giré sobre mis talones y me dirigí hacia el sendero.

Mientras regresaba al centro de curación, tomé una decisión. Me vengaría de Bryant Archer, su día del juicio final llegaría pronto.

Cuidado, Archer. Voy a por ti.

Capítulo 17

Thea

Esa tarde me dieron el alta en el centro de curación. Era el día de la revisión y mi padre necesitaba un informe. Después de todo lo que había ocurrido la noche anterior, no sabía qué cara podía esperar de mi padre. Le había ocultado información crucial y mi padre odiaba a los mentirosos. El último hombre que le había mentado fue ejecutado por traición. Me acerqué a la ventana de mi habitación y contemplé la luna. Estaba casi en su cenit, lo que significaba que mi padre no tardaría en llamar.

Me senté en el suelo, dejando que los rayos de la luna golpearan mi piel. Cerré los ojos y me concentré en extender mi vínculo. Extendí la mano, esperando la señal de mi padre.

Tras unos instantes más de nada, me sumergí en el bosque alpino.

—Hija —mi padre se plantó ante mí con la mirada perdida.

Me acerqué a él, me arrodillé e incliné la cabeza en señal de sumisión. —Padre, perdóname. Sé que te oculté todo esto, pero no sabía qué hacer.

Se quedó en silencio. No me atreví a levantar la vista. Tenía miedo de verle la cara. Toda mi vida había trabajado tan duro para que este hombre estuviera orgulloso de mí. Nunca me había pasado de la raya. Siempre obedecía sus órdenes y hacía lo que me pedía.

—De pie —me ordenó.

Lentamente, me puse en pie con la cabeza aún inclinada.

Lo siguiente que recuerdo es estar en brazos de mi padre. Me abrazaba con la cabeza hundida en mi pelo. Por un momento, me quedé inmóvil como una piedra, pero mi cerebro por fin se relajó y lo rodeé con los brazos.

—Casi te pierdo —me susurró en el pelo—. Casi pierdo... todo

Había crudeza en su tono. Mi padre no era el tipo de hombre que mostraba ningún tipo de emoción. Normalmente era muy cerrado y tenía cara de póquer. La emoción para un hombre como él era una debilidad.

—Estoy bien, papá —enterré la cabeza en su hombro. — Estoy bien.

Entonces, Se separó de mí y me acarició la cara con las manos. Su gélida mirada azul se clavó en la mía, de color caramelo. Durante una fracción de segundo, vi que el miedo cruzaba sus ojos. Pero tan rápido como llegó, se fue. —No vuelvas a ocultarme cosas, Thea. Puede que sea tu rey, pero también soy tu padre. No puedes ocultarme estos detalles tan importantes. Podría haberte ayudado a atravesar esto.

—No sabía cómo abordarlo. Está destinado a ser nuestro enemigo.

—Pero también era tu compañero, hija mía. —Me rozó la mejilla con ternura—. ¿Crees que soy un hombre tan frío que te habría negado la felicidad?

—Sé lo que piensas de los alfas.

—Puedo odiarlos, pero te amo, Thea. Quemaría el mundo si eso significara que puedo ver feliz a mi pequeña. Lo habríamos resuelto juntos.

Una lágrima solitaria cayó de mis ojos. —Lo siento, papá.

—No necesitas disculparte, Thea. Pero de aquí en adelante, no más secretos, ¿de acuerdo? Hemos terminado con eso.

Asentí con la cabeza.

—Bien —me besó la sien como solía hacer cuando era pequeña—. Pasemos a los asuntos importantes.

Se apartó de mí y, sin más, el Rey Arthur regresó y el tierno momento se desvaneció.

¿—Has encontrado la piedra?

Sacudí la cabeza. —No sé dónde está. He buscado en los archivos, pero no hay nada. Pero he hecho gestiones con el sanador, Sam. Estoy seguro de que podré sacarle alguna información.

—Bien. El tiempo es esencial, Thea. Es imperativo que consigamos esa piedra. No tienes mucho tiempo ahora, y estás casi a la mitad de tu estancia de dos meses en ese lugar.

—Sí, padre.

—¿Hay algo más?

—Vi a Simon —tragué el nudo que se me había formado en la garganta—. Vino con Amber para la ceremonia de esponsales. Bryant y ella están unidos ahora.

Mi padre apretó los labios. —Esa escoria. Haré que todos paguen por sus crímenes, Thea. Sacaré sangre por sangre y vengaré la injusta muerte de tu madre. Le arrancaré el corazón del pecho.

Un escalofrío me recorrió la espalda ante sus palabras.

—Y los mataré a todos. Hasta el último de ellos. Empezando por ese imbécil de Bryant. Pagará por lo que ha hecho, hija mía. Sus pecados no quedarán impunes.

—Sí, padre.

Quería vengarme de Bryant, pero no sabía si quería matarlo. La muerte era demasiado definitiva y permanente. Culpé de mis dudas al vínculo que habíamos compartido. Mi padre podía amenazar de muerte a cualquier otra persona, y yo ni pestañearía, pero aquí estaba, contemplando.

—Ve y encuentra esa piedra, Thea.

Incliné la cabeza y dije: —Sí, mi Rey. No te fallaré.

—Sé que no lo harás. La sangre de tu madre corre dentro de ti.

Me sumergí de nuevo en mi mente y mi padre terminó la conexión.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba mirando el cielo oscuro. La charla había ido sorprendentemente mejor de lo que había previsto.

Imágenes de Bryant y Amber cruzaron mi mente agriando mi humor una vez más. El dolor sordo que se había desvanecido aumentó por un momento.

Hice lo que tenía que hacer.

Sus palabras resonaron en mi mente.

—Pagarás Bryant Archer —susurré en la silenciosa habitación. No estaba segura de si pagaría con su vida, pero cuando llegara el día del juicio final, me aseguraría de estar en primera fila.

A partir de ahí, Evité a Bryant como a la peste. Estaba en todas partes. Venía a menudo al centro de curación, buscando a Sam. Pero yo conocía a los hombres como él. No sólo estaba allí por Sam. Estaba allí para ver cómo estaba yo. No sabía qué esperaba obtener de mí. Ya había tomado una decisión sobre él y no quería tener nada que ver con él.

Habían pasado cuatro días desde mi salida del centro de curación y ya había vuelto al trabajo. Hoy estaba de servicio con Sam.

Había hecho todo lo posible por estar de mi lado. Todavía se sentía mal después de todo lo que había pasado, pero le dije que estaba bien. Solo había estado pendiente de mí.

—¿Quieres comer en el patio? —me preguntó Sam con una sonrisa—. He oído que hoy hay pizza. Sé que es tu favorita.

—¿Quién puede decir que no a una pizza gratis? —dije dejando la carpeta en el suelo y luego caminé con él hacia la cafetería.

Caminábamos uno al lado del otro, hablando animadamente. Las conversaciones con Sam eran naturales. Siempre me tranquilizaba, incluso cuando estaba al borde del abismo. Sabía que era peligroso apegarme a un objetivo, pero Sam hacía que fuera fácil caerle bien. Era una persona simpática.

Después de comer, nos dirigimos al patio. Hacía un día precioso. Los pájaros cantaban, el cielo estaba muy despejado y todo parecía estar en paz.

—Pareces estar mejor —me dijo con ojos amables—. Pareces más feliz.

—Me siento más feliz. Llevará algún tiempo, pero sé que, con el tiempo, esa sensación de entumecimiento desaparecerá.

Su rostro se volvió solemne. —Siento todo lo que ha pasado, Thea. Te mereces mucho más de lo que estás recibiendo.

Me encogí de hombros: —No pasa nada. He llegado a aceptar lo que no puedo controlar. Ahora, podemos dejar de hablar de mi triste vida amorosa. Pasemos a cosas más felices.

Sam soltó una suave risita: —Vale, lo siento.

Comimos un rato, charlando de las cosas mundanas de la vida.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ahora era el momento.

—Claro.

—¿Qué sabes de la piedra lunar? Oí a alguien mencionarla el otro día, pero no sabía qué era.

Dejó el tenedor, su plato estaba vacío. —La piedra lunar es la historia de la Manada de la Luna de Sangre. Es nuestro tesoro más sagrado. Cuenta la leyenda que nuestro primer alfa, el tatarabuelo de Bryant, recibió la piedra como regalo. Estábamos en guerra con los Solitarios, y nuestra gente estaba perdiendo. El alfa había perdido a su pareja y a tres de sus cuatro cachorros. Su manada estaba al borde del colapso. Entonces suplicó ayuda a la Diosa de la Luna. Ella le concedió esta ayuda con la ayuda de la piedra lunar. Le dio un poder increíble al alfa y le ayudó a enfrentarse a todo un ejército.

—Vaya —dije, intrigada—. ¿Qué pasó con la piedra?

—Se lleva alrededor del cuello del alfa actual, el lugar más seguro en el que podría estar.

Sentí que se me anudaba el estómago.

Mi mente retrocedió en el tiempo hasta el primer momento en que había visto a Bryant. Había visto su collar, la hermosa piedra que lucía en el colgante. Era la piedra lunar.

—¿Así que Bryant lo lleva alrededor del cuello?

Sí —dijo finalmente—. El alfa recibe el collar en su coronación. Nunca debe quitárselo y debe protegerlo con su vida.

—Es increíble.

—Lo es —sonrió Sam—. Sin esa piedra, hoy no estaríamos aquí. La Diosa de la Luna fue gentil y generosa con nosotros.

—Realmente lo fue.

El plan acababa de complicarse. ¿Cómo iba a conseguir robar la piedra ahora? Llevaba la piedra colgada del cuello. Tendría que estar increíblemente cerca de él para tener siquiera una oportunidad de agarrarla. E incluso entonces, no había garantía de que pudiera arrancársela.

Parecía que, una vez más, iba a romper otra promesa que me había hecho a mí misma. Tenía un

último baile con el diablo. Bryant Archer, ¿me concedes este baile?

Capítulo 18

Bryant

—Asegúrate de cuidar a mi niña, Archer. La dejo a tu cuidado —dijo Simon y palmeó mi hombro como un niño—. La próxima vez que te vea, serás oficialmente mi yerno.

Fruncí los labios, tratando de mantener el ceño fruncido. —Buen viaje a casa, Simon.

—Adiós, papá —saltó Amber a los brazos de su padre—. Que todos en casa sepan que pienso en ellos.

—Adiós, cariño —le devolvió el abrazo a su hija y luego entró en su coche.

Amber y yo vimos cómo Simon se alejaba en la distancia, dejándonos solos frente a mi casa. Cuando el coche dejó de estar a la vista, solté la mano de Amber y volví a entrar en casa.

—Bryant —dijo alcanzándome—. ¿Por qué no hacemos algo divertido juntos? Sólo estaré aquí un poco más, y creo que sería bueno para nosotros tener un tiempo de unión. ¿No te parece?

—Tengo entrenamiento con David. Lo siento.

—Pero tienes entrenamiento casi todos los días. Creo que puedes tomarte unas horas de tu apretada agenda para pasar tiempo con tu prometida.

Me encogí ante la palabra.

—No sé si lo sabes, pero actualmente estamos en guerra, Amber. Mis hombres y mujeres necesitan estar en su mejor forma. No puedo arriesgarme a no estar preparado. Arthur es cada día más fuerte.

Se puso delante de mí, bloqueando mi camino hacia las escaleras. —Lo entiendo, pero también es importante que tú y yo nos unamos. Nuestra gente necesita vernos juntos como una unidad fuerte.

Nuestra gente. Odiaba que se refiriera así a mi manada. Puede que estuviéramos prometidos, pero eso no significaba que ella formara parte de mi manada.

—Lo entiendo, y pasaremos tiempo juntos. Pero por ahora, necesito trabajar para ganar esta

guerra. La cita nocturna puede esperar.

Luego de estas palabras, la esquivé y subí las escaleras.

Sabía que tenía buenas intenciones, pero no quería pasar tiempo con Amber. No era porque hubiera algo malo en ella, sino todo lo contrario. Amber era una mujer hermosa e inteligente. Cualquier lobo se habría sentido afortunado de estar emparejado con ella. Pero ella simplemente no provocaba eso en mí. La veía más como una obligación, un deber que debía cumplir. ¿Surgiría alguna vez el amor de nuestra unión? Eso no lo sabía. Sabía que sería muy posible enamorarme de ella. Era adorable y simpática. Pero algo me detuvo, y sabía exactamente qué era. Ella.

Sus cálidos ojos color caramelo me habían perseguido durante los últimos cuatro días. Sus ojos llenos de lágrimas mostraban tanto dolor y rabia. Y yo era el responsable.

Había tenido hombres que suplicaban por sus vidas con mi mano incrustada en sus pechos. Ni una sola vez pestañeé. Había tenido hombres que lloraban por sus vidas con lágrimas cayendo por sus rostros. Ni una sola vez sentí arrepentimiento o remordimiento. Pero con ella, me había puesto de rodillas. Su sollozo entrecortado resonó en mi cerebro como un disco rayado, una y otra vez. El sonido llegaba a lo más profundo de mi pecho y arañaba las cavidades de mi corazón. No sabía que me afectaría tanto, sobre todo después de su aceptación. Debería haberme sentido eufórico y capaz de seguir adelante, pero me encontraba atascado.

—No pienses en ella, Bryant —me reprendí. Se iría en unas semanas y no tendría que volver a verla. Sería libre de seguir viviendo mi vida.

Pero en algún lugar profundo de mí, había una vocecita que suplicaba que no se fuera. Esa voz necesitaba ser silenciada inmediatamente.

Llevaba más de una hora en el campo de entrenamiento. Tenía el cuerpo empapado en sudor y me dolían los músculos de tanto combate. Nunca me había sentido mejor. Mi mente estaba despejada, y aquellos inquietantes ojos color caramelo estaban guardados en el fondo de mi mente.

—Estás entrando muy fuerte, —jadeó David mientras cogía su botella de agua.

—Necesitaba practicar —le respondí acariciándome el torso desnudo.

—Como si necesitaras más práctica. Eres prácticamente una unidad de matanza.

—Y tú sigues siendo un poco demasiado lento. —Le azoté el trasero con mi toalla, ganándome un aullido suyo—. Cuidado, D, se te nota la edad.

Intentó rociarme con un poco de agua, pero lo esquivé rápidamente. Me reí de su ceño fruncido, sintiéndome mucho más ligero que las últimas semanas. Esto era exactamente lo que necesitaba.

—Vale, hombre listo, vamos otra vez. —David se dirigió a las colchonetas una vez más—. Si gano, me quedo con tu coche durante la semana. Me burlé. —Eso no va a pasar. ¿Y yo qué gano?

—Tienes que avergonzarme públicamente.

—Lo hago a diario —sonreí. Bien.

Empezamos de nuevo.

Estábamos en la segunda ronda cuando oí su risa. Mis oídos estaban tan acostumbrados a ella que podría haberla oído desde el otro lado de la manada.

Mi cabeza giró en dirección a su risa. Se me cortó la respiración y mi mundo se inclinó unos 40 grados sobre su eje. Su pelo se agitaba alrededor de su cara mientras el viento soplaba a través de su precioso cabello negro como el cuervo. Llevaba un atuendo ajustado para hacer ejercicio que hizo que mis ojos recorrieran todo su cuerpo.

Sonrió y caminó hacia los brazos de Sam, que estaba a su lado. Cuando la besó tiernamente en la coronilla, estuve a punto de perder el control.

Entonces, el pie de David me golpeó en el estómago y me dejó sin aliento. En consecuencia, aterricé con fuerza en la colchoneta, pero mis ojos seguían fijos en Sam y Thea. Se habían separado, pero seguían estando demasiado cerca. ¿Por qué estaba tan cerca de ella?

—Parece que gano esta —David extendió su mano hacia mí—. ¿Una ronda más?

Aparté los ojos de Sam y dirigí mi atención a David. No era así como quería que me fuera el día.

—¿Puedo tomarme un respiro? —Mis ojos volvieron a Sam y Thea—. Necesito preguntarle algo a Sam.

David parecía un poco confuso antes de seguir mi mirada hacia donde estaban Sam y Thea. Nos miró a los tres con extrañeza.

—¿Qué pasa contigo y esa chica? — me preguntó entonces David—. Es como si cada vez que están cerca los dos , pierdes todo el sentido. ¿Por qué no nos deshacemos de ella?

Lo tomé de la mano y me puse en pie.

—Porque le di mi palabra. Volveré. —Me acerqué a Thea y Sam, que seguían riéndose como dos niños. ¿Qué tenía tanta gracia? Sam no era una persona divertida. Entonces, ¿por qué se reía tanto?

—Sam —anuncié mi presencia mientras me acercaba—. Una palabra, por favor.

Vi cómo la espalda de Thea se ponía visiblemente rígida al oír mi voz y cómo se le borró la sonrisa de la cara.

—Alfa —inclinó la cabeza. Luego volvió su atención a Sam, que tenía su mano en su cintura—. Estaré junto a las pesas.

—De acuerdo. —La miró con ternura. ¿Desde cuándo era eso algo? ¿Qué demonios estaba pasando entre estos dos? ¿Me había perdido de algo?

—¿Qué está pasando entre ustedes dos?, fui directo al grano una vez que Thea estuvo fuera del alcance del oído.

—¿Entre quiénes?

No te hagas el tonto, Sam. Entre tú y Thea. Veo la forma en que la miras. Están muy acaramelados. Antes no eran así.

Sam soltó una sonora carcajada que hizo que la gente volviera su atención hacia nosotros. "— Eres realmente increíble, ¿lo sabías? ¿Cómo puedes actuar como un novio celoso ahora, considerando todo lo que le hiciste pasar?

—Responde a la pregunta, Sam, le grité.

Entonces, la sonrisa de Sam se desvaneció y una expresión de enfado apareció en su rostro. — No. No somos más que amigos. Y como su amigo, estoy ahí para protegerla y cuidarla, ya que tú hiciste un trabajo de mierda respecto a eso.

—Ten cuidado, Sam.

—No te tengo miedo, Bryant. Sólo estás enfadado porque digo la verdad. La tuviste llamando a las puertas de la muerte. Estabas dispuesto a sacrificar su vida.

No estaba dispuesto a sacrificar su vida. Pero tenía un deber con mi manada y mis padres. Sus muertes no podían ser en vano.

Esas eran las palabras que quería decir, pero no lo hice. En lugar de eso, mantuve la boca cerrada y me limité a mirar a mi amigo.

—Aléjate de ella, Bryant, —Sam miró por encima de mi hombro—. Además, parece que ya tienes las manos ocupadas.

No sabía qué quería decir con eso, pero cuando oí la voz chillona de mi prometida, lo supe.

—¡Cariño! —gritó a través de la vecindad.

Lentamente, me di la vuelta para encontrar a Amber caminando hacia mí sensualmente. Cada par de ojos masculinos en ese lugar estaban pegados a su cuerpo.

Debería haber sentido la abrumadora cantidad de posesividad apoderarse de mi cuerpo. Debería haberme enfurecido al ver tantos ojos puestos en mi mujer. Pero no sentí nada. Ni siquiera una pizca de fastidio.

Mi reacción fue muy reveladora de lo que sentía por Amber. Quería que me gustara, de verdad. Pero lo máximo que podía sentir hacia ella era atracción sexual. No estaba ciego; la mujer tenía un cuerpo.

—Te dejo con ello, Alfa. Sam me dio una palmada en la espalda y se dirigió a Thea, que estaba de cuclillas.

Mis ojos se desviaron hacia Thea. Sus ojos estaban concentrados en su reflejo, pero cuando sintió mi mirada clavada en ella, movió esas gemas acarameladas para encontrarse con mi mirada en el espejo. Nos miramos fijamente durante un momento. Tenía una expresión ilegible grabada en los rasgos. Habría dado mucho por saber exactamente lo que estaba pensando en ese momento.

Había pensado que sería nuestro fin, pero empezaba a parecer el principio. Me había metido de lleno en el abismo, y ahora no quedaba otra que hundirse o nadar.

Capítulo 19

Thea

Así que, la operación baile con el diablo había tenido un comienzo lento. En mi defensa, no era muy buena coqueteando. Pero no era como si estuviera tratando de ganarme al tipo. Sólo necesitaba acercarme lo suficiente como para poder robarle el collar.

Esta noche era el Festival de la Cosecha Lunar, y todos los de la manada iban a ir. Tenía un mes para conseguir ese collar antes de que terminara mi estancia de dos meses. Me estaba quedando sin tiempo.

—No seas tan gruñona, será divertido. —Sam prácticamente tuvo que arrastrarme hasta el campo donde habían montado el festival.

Amber seguía en la manada, y yo la había estado evitando como a la peste. Ella no sabía quién era yo, pero yo sí sabía quién era ella. La mayor parte del tiempo, por lo general estaba revoloteando alrededor de Bryant. Se colgaba de él como una especie de mono araña. Siempre tenía que tocarlo.

Ni siquiera le había dicho una palabra a la chica, pero ya la odiaba. Sabía que la mayor parte de mis sentimientos tenían que ver con Bryant, y la otra parte era porque era la hija de Simon.

—No me entrometo, Sam. Soy más bien del tipo de persona solitaria.

Puso los ojos en blanco ante mi comentario. —Necesitas más amigos.

—Tengo amigos. —Eso era mentira. Tenía un amigo, y era Sam. De hecho, Sam era el único amigo que tenía entre aquí y casa.

—No, me tienes a mí. Necesitas algo más que a mí.

—¿Quién ha dicho eso? Me gusta tener un solo amigo.

—Dímelo a mí. ¿No quieres más amigas? Unas que puedan relacionarse más contigo.

Sacudí la cabeza. —Me identifico contigo perfectamente.

Puso los ojos en blanco y siguió empujándome más allá de la arboleda. Llegamos a un gran

campo en el que se habían instalado diversos puestos y atracciones de feria.

La cosecha lunar era importante en el calendario de los hombres lobo. Era el momento de celebrar el brillo de la Diosa de la Luna. Era el momento de dar gracias por todo lo que había hecho por nosotros, desde el don de nuestros poderes hasta la fertilidad de nuestras tierras. Ella nos proporcionó todo lo que necesitábamos para sobrevivir.

—Tengo que correr para ir a encontrarme con Stella. Te veré en unas horas, ¿vale?

—No entiendo por qué me has traído aquí cuando querías tener una cita —resoplé con leve frustración. Stella era una de las enfermeras que trabajaba en la planta de la UCI del centro de curación. Ella y Sam llevaban un tiempo saliendo a escondidas y por fin lo estaban haciendo oficial.

—Te traje aquí para que conocieras al resto de la manada. Aún estarás aquí un mes más. ¿Por qué no conocer a la gente con la que compartes la tierra?

—¿Querían los rusos conocer alguna vez los Estados Unidos?

—¿Qué? —me preguntó al parecer un poco confuso.

—Rusia y Estados Unidos comparten la misma tierra, pero no son amigos. ¿Por qué necesito hacer amigos en la manada? Te tengo a ti.

Sam suspiró exasperado. —Thea, sólo quiero que te sientas normal. Perdiste una gran parte de lo que eras cuando perdiste la memoria. Tal vez el que salgas más podría desencadenar algunos recuerdos.

Bendito sea su corazón.

—Bien —cedí—. Iré y *me mezclaré*. Pero no prometo nada. No soy una persona sociable, Sam.

Me dedicó una pequeña sonrisa infantil, mostrando sus hoyuelos. —Eres sociable, Thea. Sólo que te esfuerzas mucho por no serlo.

Luego de esas palabras, me besó la mejilla y se fue a buscar a su cita de la noche, dejándome sola.

Me quedé mirando la gran feria improvisada. Los cachorros gritaban y correteaban mientras el resto de los lobos se mezclaban y jugaban en los diferentes puestos.

Le había prometido a Sam que me mezclaría, pero esta noche tenía mi propio objetivo. Esta noche, comenzaría la fase uno de mi plan de acercarme a Bryant. Si el campo de entrenamiento era una indicación, todavía estaba posesivo sobre mí. Había sentido su pesada mirada sobre mí desde el momento en que había entrado. Esto era una buena señal: podía explotar eso y usarlo a mi favor.

—Bien —me froté las manos sudorosas contra los vaqueros—. Hora de ir a hacer amigos.

Después de una hora sin rumbo, me sentí cansada. Muchos de los hombres de la manada habían intentado entablar conversación, pero no me interesaba. La mayoría solo me miraba el pecho.

¿Era este el nivel que tenían las mujeres hoy en día? Teníamos que hacerlo mejor.

Me dolían los pies y la cabeza me daba vueltas por la falta de azúcar en el cuerpo. Me acerqué al borde del claro, cerca de los árboles, para tomar asiento. Por fin se ponía el sol y estaba a punto de comenzar la verdadera fiesta de la cosecha.

Acababa de sentarme contra un gran tronco de pino cuando oí su voz a lo lejos.

—Amber, suficiente —sonaba enfadado.

—¿Suficiente de qué, Bryant? —Ella sonaba aún más cabreada que él—. No me has mirado en todo el día. No me has tocado. Diablos, ¡ni siquiera quieres estar cerca de mí! No te entiendo en absoluto.

—Lo que no entiendes es que no me van todas esas cosas.

—¿Qué? ¿Comportarse como una pareja de verdad? Noticia de última hora, genio, somos una pareja. Yo soy tu pareja y tú eres la mía, pero nadie lo sabría, ya que actúas como si te repugnara.

Oí un gemido bajo escapar de su boca. Me asomé por el tronco del árbol y allí los vi, de pie, no muy lejos de donde yo estaba sentada.

Amber tenía las manos apretadas contra su pecho y Bryant las tenía a los lados. En un momento, ella levantó las manos y le cogió la cara, obligándolo a mirarla.

—¿Por qué no me tocas? No me has besado desde la ceremonia de esponsales.

En respuesta, él Guardó silencio un momento. El corazón me martilleaba en el pecho. Un ligero y burbujeante sentimiento de alegría me llenó el pecho. Lo ignoré rápidamente antes de que

podiera arraigarse. No debería haber sentido nada por el hecho de que no la hubiera besado en casi dos semanas.

No me importaba a quién besara. Ya no éramos compañeros. Había aceptado el rechazo.

—¿No te atraigo? —Podía oír la inseguridad en su pregunta. Probablemente era el tipo de chica que no estaba acostumbrada a no salirse con la suya. Probablemente había tenido a todos los hombres que quiso en su vida.

—No es eso —Bryant se pasó una mano cansada por el pelo.

—¿Sabes qué? —le dijo alejándose de él—. Que te jodan, Bryant Archer.

Y se marchó de forma dramática, dejando a Bryant con cara de estupefacción. Tenía las manos en los bolsillos y una mirada solemne. Su rostro se giró en mi dirección, y rápidamente me agaché detrás de mi árbol.

—¿Te ha gustado el espectáculo, Thea? gritó.

—Mierda —maldije en voz baja.

—Ya puedes salir. Supe que estabas ahí en cuanto te sentaste.

Me puse de pie y preparé la espalda antes de salir de detrás del árbol.

—Alpha Bryant —dije en tono amistoso—. Me alegro de verte aquí.

Tenía una mirada pensativa. —¿Qué estás haciendo aquí, Thea?

—Para ser honesta, no estaba tratando de escuchar a escondidas su conversación. Sólo intentaba descansar, y entonces me topé con su... disputa doméstica. —Dejé escapar una pequeña carcajada, pero al ver que seguía estoico, me callé—. Era una broma, Alfa. Tranquilo.

—No una muy buena —dijo pasándose una mano por el pelo, frustrado.

En ese momento, vislumbré su collar a través de los botones desabrochados. Estaba tan cerca, pero tan lejos al mismo tiempo. Volví a centrar mi atención en el hombre que me estaba mirando.

—¿Qué?

—Llegaste con Sam. —Ni siquiera estaba tratando de ocultar los celos—. ¿Qué está pasando entre ustedes dos?

Ahora era el momento de ejecutar mi plan.

Puse una sonrisa burlona en mi cara. —No sé. ¿Qué crees que pasa entre nosotros?

—Deja los juegos, Thea; no estoy de humor. Sabes que no puedes salir con nadie de esta manada, ¿verdad?

—¿Y por qué no? Soy soltera, ¿o no? No tengo pareja. ¿Qué me impide salir con un soltero perfectamente elegible como Sam? Él es amable. Le gusto, y él me gusta a mí.

Su mandíbula se trabó con fastidio.

Lo tenía.

—Como amigos, por supuesto. —Observé cómo su cuerpo se relajaba visiblemente—. No te preocupes, cabecita de *Alfa*. No estoy interesada en salir con Sam. Ni él está interesado en salir conmigo. Tiene los ojos puestos en otra persona.

Giré sobre mis talones y comencé a alejarme. Pero antes de llegar a la línea de árboles, me detuve y miré por encima del hombro.

—Pero ¿quién sabe? Puede que alguien de esta manada me llame la atención.

Y con esa última palabra, me alejé de él.

Sentí sus ojos clavados en mí todo el tiempo hasta que desaparecí entre la multitud. E incluso durante toda la noche, sentí su pesada mirada.

Primera fase: llamar su atención. Ahora era el momento de pasar a la fase dos.

Ahora mismo estaba caminando por un campo de minas. Podría haber bombas mortales a mi siguiente paso. Solo esperaba poder sortear este terreno mortal y salir con vida.

Listo o no, Alfa, voy por ti.

Capítulo 20

Thea

Llevaba tres horas dando vueltas en la cama. Me sentía cansada cuando me había acostado, pero cuando cerré los ojos el cansancio desapareció de mi cuerpo.

Sabía por qué estaba tan inquieta: Bryant. Pero no era sólo él. Se acercaba el aniversario de la muerte de mi madre, y yo siempre me inquietaba en esta época del año. Era la primera vez que estaría lejos de mi padre por ello.

Nunca hablábamos del tema, pero siempre hacíamos un esfuerzo consciente por visitar su tumba.

Murió cuando yo era muy pequeña. A veces me costaba recordar su aspecto. Mi padre era todo lo que conocía. En mi cabeza, crecí con un solo padre. Había pasado más años sin mi madre que con ella.

Hubo algunos días en los que sentí que la echaba de menos, pero era sólo porque lo necesitaba. No era que realmente la echara de menos. No sabía si eso me convertía en una mala persona o simplemente en un ser humano.

Crecer como yo lo hice, con un padre tan lleno de venganza, hace algo en el alma de un niño. Mi padre había sembrado el odio hacia las antiguas manadas y sus sistemas mucho antes de que yo pudiera tomar mi propia decisión al respecto. Me habían dicho que los odiara porque todos eran malvados. Pero, ahora, estando aquí en la Manada de la Luna de Sangre, empezaba a sentir de otra manera.

Había conocido a tantas personas maravillosas y amables que eran lo más alejado de la maldad. Sam, por ejemplo, era una de las personas más honestas y cariñosas que había conocido. Llevaba su corazón en la manga. Nunca pedía nada a cambio a nadie, era una buena persona en todos los sentidos. No era falso ni creía tener derechos o privilegios.

No era sólo él. Había muchos otros dentro de la manada que eran buenas personas.

Me habían enseñado a odiarlos. Me habían programado para estar llena de odio, y nunca lo había cuestionado. Sin embargo, ahora me estaba cuestionando todo.

—Mierda —me quité la manta del cuerpo caliente y me preparé para salir. Necesitaba

desestresarme. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. No sería capaz de conciliar el sueño.

Salí de la silenciosa casa de la manada. Eran más de las dos de la madrugada y todos dormían profundamente. Eso significaba que tendría el campo de entrenamiento para mí sola.

Tras mi breve paseo, abrí las puertas del almacén y entré en el campo de entrenamiento. Inspiré profundamente y solté el aire.

—Hora de golpear cosas.

Me acerqué a los sacos de boxeo, dispuesta a hacer daño.

Cuando lancé el primer puñetazo, mi puño aterrizó en el centro del cuero. Me sentí bien. Adelanté la otra mano y retraje la otra.

Me sentí en mi ritmo enseguida.

Por mi mente pasaron imágenes de mi madre.

Mis golpes se volvieron más contundentes y deliberados.

El rostro de mi padre también pasó por mi mente. La tristeza destacaba en sus ojos; su mirada parecía muerta y distante. Era un hombre que vivía a medias. Su alma había sido arrancada de su interior. Su corazón arrancado de su pecho.

—Para —golpeé el centro de la bolsa.

Las imágenes de mis padres entraban y salían, cada una atormentando mi alma.

Golpe tras golpe, golpe tras golpe, me infligí más dolor en los nudillos. Sentía el escozor de los cortes y los moretones, pero no me detuve. No quería parar.

Te quiero, Thea.

La voz de mi madre resonó en las cámaras vacías de mi cráneo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me rompió el corazón. Lloraba por una mujer que no conocía. Lloré por una vida que podría haber tenido con ella presente.

Siempre me había preguntado en qué nos habríamos convertido si mi madre no hubiera muerto. ¿Habría quedado intacta el alma de mi padre? ¿Habría conocido yo la paz? ¿Tendría aún las

manos ensangrentadas?

Una cosa que sabía con certeza era que mi madre no estaba destinada a estar muerta. Debía estar aquí, a mi lado.

Empuñé el puño hacia delante, pero esta vez la fuerza hizo un agujero en el grueso cuero y mi puño reventó la bolsa. La arena cayó de la bolsa y se esparció por el suelo.

—Maldita sea —murmuré en voz baja.

Estaba a punto de soltar el brazo de la bolsa cuando se me erizaron los pelos de la nuca. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Había alguien aquí. Podía sentirlos acechando en la oscuridad. Exhalé y mis sentidos cobraron vida. Empujé a mi loba hacia delante. Quienquiera que estuviese allí había elegido el día equivocado. Tenía ganas de pelea y mi loba estaba inquieta.

Uno. Dos. Tres.

—Te metiste con la persona equivocada... —Me di la vuelta, dispuesta a hacer avanzar a mi loba.

Me detuve cuando me encontré cara a cara con un par de ojos azules.

—¿Qué quieres? —le pregunté con frialdad.

Sus ojos se movieron de mí a la bolsa y luego de vuelta a mí. —Hola a ti también.

Solté un gruñido bajo y me aparté de él. Fui a bajar la bolsa, pero Bryant se me adelantó.

—Permíteme —dijo mientras lo descolgaba de su sitio—. ¿Estás intentando asesinar a alguien, Thea?

No me gustaba cómo me zumbaba el cuerpo al oír mi nombre. Sabía que debía intentar acercarme a él, pero tampoco podía enamorarme de él en el proceso. Me había rechazado y me había dado por muerta. Necesitaba recordar que él era simplemente una misión.

—No —fue lo único que dije antes de dirigirme a la otra bolsa.

—¿Estás bien?, —me preguntó.

Me detuve y me di la vuelta lentamente. —¿Por qué te importa?

—No me importa.

—¿Y por qué lo preguntas?

—¿No es lo más humano?

—Hmm. Curioso, no me habría imaginado que tuvieras una pizca de humanidad en ti.

Sus ojos se endurecieron ante mis palabras. —Sólo intentaba ser amable.

—¿Por qué? Has sido de todo menos amable desde que llegué. Por cierto, enhorabuena por tu compromiso. Supongo que sé cuál es tu tipo, y está claro que yo no lo soy.

—No es lo que piensas, Thea. —Su mandíbula se trabó en su sitio—. Hay muchas cosas que no entiendes.

Entonces, Di un paso hacia él, acortando la distancia que nos separaba. —Creo que lo entiendo claramente. No me querías porque ya te habías prometido a otra persona. Aunque yo soy tu predestinada. ¿No respetas nuestras costumbres?

—Por supuesto que sí. Pero esto es mucho más complicado de lo que crees.

—¿Por qué no podías quererme, joder? —Le empujé el pecho, haciéndole trastabillar unos pasos. La combinación de ira y tristeza era tóxica, y era todo lo que fluía por mis venas—. ¿Por qué, Bryant? ¡¿Por qué?!.

Empujé y empujé hasta que me agarró de las manos, reteniéndome. Luché por zafarme de su agarre, y las lágrimas que tanto había luchado por contener se desbordaron.

—¡Te quería a ti, maldita sea! —rugió.

Me quedé inmóvil.

El aire que nos rodeaba se enfriaba y se enrarecía, y mi respiración se hizo más profunda y enérgica.

¿Qué acababa de decir?

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro caliente y frustrado. —Yo... te quería.

Abrió los ojos y, por primera vez, vi caer el velo que cubría sus hermosos orbes azules. Por

primera vez, lo vi. Lo vi de verdad. No era una imagen falsa, era Bryant Archer. Pude ver la vulnerabilidad y el miedo.

Nunca había visto a Bryant asustado, pero ahora lo estaba viendo.

—¿Cómo podría no quererte?

—Pero... tú y... Amber.

Retiró una de sus manos de mis muñecas y me acunó la cara. —Ella es una obligación que tengo que cumplir. Nos viste en el festival. Sé que dijiste que no habías oído nada, pero sé que oíste nuestra conversación. O al menos partes de ella.

Lo había hecho, pero aun así me negaba a admitirlo.

—Tengo que casarme con ella —se relamió—. La necesito para asegurar un ejército lo suficientemente fuerte para mi pueblo. Los Solitarios están fuera de control ahora. Arthur atacó una pequeña aldea en el oeste. Mató a seis cachorros.

Me dio un vuelco el corazón. —¿Qué?

Sus facciones se ensombrecieron: —Hay que detenerle de una vez por todas. Está derramando sangre inocente. Pequeños cachorros que apenas habían comenzado sus vidas en este mundo. Necesito a Amber y a su ejército.

No. Mi padre nunca mataría niños. Tenía que ser algún tipo de error.

—Pero si no necesitara hacer esto —apoyó su frente en la mía—. Si no necesitara casarme con ella, te habría elegido a ti sin pensarlo. Incluso ahora, siento la atracción. Siento tu lobo llamando al mío y mi lobo no quiere resistirse.

El aire crepitaba a nuestro alrededor. Sentía su aliento caliente abanicándome la cara.

No sé quién se movió primero, pero de repente, nuestros labios estaban a escasos centímetros el uno del otro. Nuestros alientos se mezclaron. La electricidad entre nosotros chispeó en el aire.

Mi cuerpo vibraba de excitación. Nunca había estado tan cerca de él y se sentía natural.

Nuestros labios estaban a un pelo de distancia. Sólo tenía que inclinarme hacia delante y los míos tocarían los suyos.

Quería esto. No, lo necesitaba.

Cerré los ojos, anticipando la dulce sensación de un beso, pero nunca llegó.

—Lo siento —Bryant se apartó bruscamente. Se apartó de mí, con la espalda llena de tensión. —
No debería haber hecho esto.

Abrí los labios para decir algo, pero él ya se dirigía hacia la salida del centro de formación.

La puerta se abrió y se cerró de golpe.

Me quedé allí unos diez minutos mirando la puerta.

¿Qué – Diablos – Había - Sucedido?

Capítulo 21

Bryant

Habían pasado dos semanas desde nuestro casi beso. Había pensado que la evitaría, pero esta vez no fue así. Nuestras sesiones nocturnas se habían convertido en una especie de rutina para nosotros. Ya no era tan tarde como la primera vez. Ahora entrenamos desde las diez de la noche hasta medianoche.

Thea no había mencionado el beso que casi nos dimos. Los dos habíamos pasado página como si no hubiera ocurrido. Había una parte de mí que quería que ella sacara el tema para verme obligado a afrontarlo. Pero, por desgracia, ella había optado por no entrar en conflicto.

Nos llevábamos bastante bien, lo que era un problema.

Sin embargo, yo no hacía nada con Thea. No nos abrazábamos ni nos acercábamos así. Pero, eran las miradas robadas y las miradas prolongadas. No podía evitar mirarla fijamente y perder todo el sentido. Era la chica más hermosa que había visto en toda mi vida.

Su aura era relajante y calmaba mi tormenta interna.

Nuestras sesiones de entrenamiento eran mi momento favorito del día. Me despertaba deseando que fueran las 10 de la noche. Me moría de ganas de verla. Algunas veces había estado tentado de ir al centro de curación a encontrarme con ella. Sin embargo, el perro guardián de mi mejor amigo siempre me mantenía alejado. No me quería cerca de ella.

Me frustraba que él pudiera acercarse tanto a ella mientras yo me veía obligado a mantener las distancias.

—¡Bryant! —La voz de Simon cortó mi hilo de pensamiento.

—Sí —dije en el auricular—. Lo siento. He tenido muchas cosas en la cabeza.

—Estaba diciendo que mi hija no es feliz, Bryant.

Gemí internamente.

—¿Por qué no es feliz?

—Dijo que tú no, y cito, 'la tomas de la mano y la abrazas'.

Puse los ojos en blanco. —Con el debido respeto Simon, pero tu hija está necesitada. No tenemos una relación romántica. Esto es simplemente una asociación de negocios en la que ambas partes buscan ganar algo. Amber es una chica preciosa, pero no puedo chasquear los dedos y enamorarme de ella.

—Sé que mi hija es... dramática. Pero ella quiere que esto se convierta en amor, Bryant. No te la di simplemente para que fueras frío e insensible. Ella cree en los cuentos de hadas y en el vivamos felices para siempre. Sólo te pido que lo intentes.

No quería, pero sabía que lo necesitaba.

—Lo estoy intentando, Simon. Sólo me lleva tiempo abrirme con alguien.

—Bien —se aclaró la garganta—. Faltan pocas semanas para la boda. No necesito que surjan problemas cuando estamos tan cerca.

Tarareé en señal de acuerdo.

—¿Te has enterado de lo de Arthur?

Se me heló la sangre y le respondí que sí.

—Hay que detenerlo. No podemos permitir que siga así.

—De acuerdo.

Tras unos cuantos intercambios más, colgué el teléfono. Me recosté en la silla, y mi humor se agrió después de hablar de Arthur. No lo conocía, pero lo había visto en fotos. Incluso se parecía al diablo. Sus ojos eran de un azul glacial inquietante.

Él era responsable de que tantas vidas hayan sido eliminadas de esta tierra tan salvajemente. La vida de mi madre. Después de su muerte, mi padre se convirtió en una cáscara de lo que una vez fue. Cuando Arthur atacó a mi gente, no tuvo ninguna oportunidad.

Los vengaría. Lo mataría a él y a todo lo que llevaba en el corazón.

Después de comer, me dirigí a mi casa para reunirme con Sam y David. Con la boda a la vuelta de la esquina, significaba que los preparativos de guerra también estaban en marcha. Teníamos

que estar preparados.

Cuando llegué a mi estudio, los dos hombres ya me estaban esperando.

Noté que a Sam se le caía la sonrisa en cuanto entré en el despacho. Necesitaba superar cualquier problema que tuviera conmigo. Por lo que él sabía, Thea y yo ya no éramos nada.

—Lo siento, llego tarde —dije dirigiéndome a mi silla junto a mi escritorio.

—Te hemos estado esperando —dijo Sam.

—Como he dicho —bajé a mi silla—. Siento haber llegado tarde. Estaba en la oficina de la manada.

—P—ero aun así deberías respetar nuestro tiempo, Bryant —agregó Sam fulminándome con la mirada—. Soy el jefe del centro de curación, pero llegué a tiempo.

—Sam —David miró a nuestro amigo con extrañeza—. ¿Por qué no te calmas? Está ocupado. Es el alfa, después de todo.

Y Sam no agregó nada después de eso.

—Como ambos saben, Arthur atacó una pequeña aldea hace unas semanas. Se le ha ido de las manos. Con la boda acercándose, significa que ahora estamos en posición de comenzar la preparación para la guerra. Esta será nuestra batalla final con Arthur.

—¿Enviaré Simon a sus hombres? —preguntó David.

—Después de la boda, sí. Quiere asegurarse de que cumpla mi parte del trato.

Sam resopló, pero lo ignoré.

—Una vez que lleguen, debemos comenzar a entrenar inmediatamente. Estamos listos para atacar dentro de la próxima luna llena. Eso nos da poco más de tres semanas a partir de ahora. ¿Crees que podremos estar listos para entonces? —pregunté mirando a David.

—Con los guerreros que tenemos ahora, sí. Pero también depende de lo hábiles que sean los hombres de Simon. Recuerda, estos Solitarios no pelean limpio. Son sucios y darán golpes bajos en cualquier oportunidad que tengan.

Esto era verdad y era algo de lo que tenía que hablar con Simon.

Volví mi atención hacia Sam. Tenía la cabeza gacha y estaba apuntando algo en su libro. —Sam, estaba pensando que quizá deberíamos preparar más elixires. Trescientas unidades deberían ser suficientes, ¿no?

Ante mi sugerencia, levantó el cuello: —¿Trescientos?! Estás loco. Nos lleva al menos una semana producir 20 ¿y quieres que desembolsemos 300?

—Estoy seguro de que, si se reúnen suficientes sanadores, esto se puede hacer.

Sus cejas se fruncieron. —¿Qué tal si recojo algunos alfileres y te los meto por el culo...?

—Termina esa frase, y te tendré sobre este escritorio en segundos. —Ahora me estaba faltando al respeto. No sabía si esto seguía siendo por Thea, pero tenía que dejar ir las cosas.

—Pruébalo y verás lo que pasa, *Alfa*.

—¡Sam! —intervino David—. ¿Qué demonios te pasa? No sé qué tienes metido en el culo, pero necesitas acostarte con alguien o algo. Tienes demasiada tensión reprimida.

Sam fulminó a David con la mirada: —No necesito acostarme con nadie.

—Sí, lo necesitas. De hecho, ¿por qué no sales con esa chica de la prisión? ¿Cómo se llama? ¿Tammy? ¿Tia?

Me empezó a hervir la sangre. La imagen de Sam con Thea se grabó lentamente en mi mente.

—Thea, idiota —Sam le lanzó una mirada de asco—. Thea y yo nunca seremos nada.

—Claro que no. —¿Por qué había elegido ese momento para decir algo tan tonto?

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

David y Sam dijeron al mismo tiempo.

—Creo que soy un buen partido para Thea. ¿No crees, David?

—Sí —David me miró extrañado—. Además, si la chica no recuerda de dónde viene, podría

aparearse con Sam y convertirse en miembro de nuestra manada.

Mis puños se cerraron a un lado de mi silla, por sobre mi cadáver, pensé. Nadie se aparearía con Thea. Ella estaba fuera de los límites.

—Creo que es una gran idea —sonrió Sam—. Tal vez podría darle una oportunidad a todo esto de Thea y yo.

Sabía lo que estaba haciendo. Intentaba meterse en mi piel.

—¿Qué dices, *Alfa*? —Sam se inclinó en su silla—. ¿Tengo tu bendición para cortejarla?

—No. —Mi respuesta fue rápida y no dejó lugar a discusión.

—Lástima. Voy a hacerlo de todos modos. Ha sido una reunión encantadora, caballeros.

Sam se levantó de su asiento y yo me puse en pie.

—Siéntate. Ya.

—No —sonrió alegremente—. Tengo que ir a buscar a Thea.

—Te prohíbo que la veas.

—¿Por qué harías eso, Bryant? —Esta vez fue David quien habló—. Son solteros. Es la solución perfecta. Así podremos confiar en ella.

—¡Porque me pertenece! —rugí. Mi voz vibró en las paredes—. ¡Ella es mi compañera!

La habitación quedó en un silencio inquietante. Nadie se movió. Nadie respiraba.

—¿Qué? —La voz de David apenas superaba un susurro, pero fue suficiente como para interrumpir el silencio—. Ella es tu....

—Es su compañera —Sam me fulminó con la mirada— pero él la rechazó y la dio por muerta. Así que técnicamente, ella ya no le pertenece. Ella es libre de los grilletes que le habías puesto. Y rezo para que nunca vuelva a encontrarte.

—Ten cuidado, Sam, —se estaba sintiendo demasiado cómodo faltándome al respeto.

—Casi la matas. ¡Dos veces! Mientras tenga aliento en mis pulmones, protegeré a esa chica de

todo lo que quiera hacerle daño. Y eso te incluye a ti, Bryant. Eres malo para ella, y espero que algún día seas capaz de verlo.

Con eso, salió de mi oficina, dejándonos solos a David y a mí.

—Dime todo. —David me miró fijamente—. Mantuviste esto oculto, y ahora quiero que salga a la luz. Vámonos.

Acababa de cavar un profundo agujero y no tenía forma de salir de él sin hacerme unos cuantos cortes y magulladuras.

Capítulo 22

Thea

Sam nos hizo trabajar el doble en elixires, y me pareció extraño. Había pasado los últimos días en el laboratorio mezclando brebajes.

Normalmente nunca necesitamos tantos, pero nos había dicho que íbamos a enviar un cargamento a la manada de Simon. ¿Quería ayudar al asesino de mi madre? No. Pero tenía que mantener las apariencias.

Las últimas dos semanas y media habían sido un torbellino. Me había acercado a Bryant. Éramos... amigos. Pero las miradas robadas y los momentos tensos eran cualquier cosa menos amistosos. Podía sentir la tensión sexual entre nosotros; cuando estábamos juntos, parecían fuegos artificiales. Pero incluso en medio de toda la excitación, seguía sintiéndome segura, cálida y protegida por dentro. Su aura era suave y tranquilizadora.

Cada día contaba las horas que faltaban para verle. Me mareaba como una colegiala a su lado. Me sentía más ligera cada vez que estaba con él. Me hacía... feliz.

Debía mantenerlo sólo como un objetivo, pero las líneas se difuminaban de nuevo.

Me sorprendí a mí misma sonriendo de vez en cuando a lo largo del día. La gente me había preguntado qué me había pasado. Bryant Archer, eso era.

No sabía cuándo había dejado de ser un objetivo para mí, pero ahora volvía a estar todo confuso. Me había resuelto. Había aceptado que siempre estuviésemos en extremos opuestos de esto. Pero ahora, quería que estuviéramos del mismo lado.

Pero el único problema era que me costaba creer qué bando tenía razón.

Aún no había hablado con mi padre sobre el ataque a aquel pueblo. No quería creer que hubiera hecho algo tan atroz y cruel. Pero las pruebas estaban ahí. Dos de los cachorros habían sido traídos hacía una semana para ser tratados. Ninguno de ellos sobrevivió.

Ese día Bryant había estado tenso. No habló en la sesión de entrenamiento. Incluso hubo un momento en la noche en que una lágrima había caído de sus ojos. Se permitió ser vulnerable conmigo, y eso fue un regalo que aprecié.

Estaba destrozada. Sabía que mi padre y esas palabras crueles que Bryant había usado para describirlo eran equivocadas. Mi padre nunca haría daño a los cachorros. Puede que fuéramos Solitarios, pero vivíamos según un código moral. Los niños no debían ser lastimados.

Acababa de terminar mi última botella de elixir cuando sonó una fuerte sirena.

—¡Ataque de SOLITARIOS!" —oí gritar a alguien en el laboratorio. Entonces se desató el infierno.

La gente se levantó de los taburetes y salió corriendo por la puerta. Los seguí, insegura de lo que estaba pasando.

Si se trataba de un ataque Solitario, significaba que mi padre tenía algo que ver con eso. Los solitarios no se movían sólo con sus órdenes. Como había dicho antes, teníamos un sistema.

Salí entonces corriendo del laboratorio y busqué a alguien que estuviera cerca. Los pasillos estaban vacíos, las sirenas sonaban a lo lejos. Obviamente, todos conocían el protocolo, excepto yo. No sabía adónde habían ido los demás. Así que decidí salir por la puerta de emergencia hacia las escaleras. Corrí hacia la puerta, pero justo cuando estaba a punto de empujarla para abrirla, algo pasó por encima de mi cabeza y me golpeó.

—No pasa nada, princesa —me susurró al oído una voz familiar—. Es sólo por precaución.

Olí el aroma limpio del antiséptico y en cuestión de segundos me quedé inconsciente. Quienquiera que fuera el responsable de esto lo iba a pagar.

Mi cuerpo se tambaleó hacia delante, mis pulmones ávidos de aire. Jadeaba con fuerza mientras intentaba bajar el ritmo cardíaco. Me puse la mano en el corazón, la adrenalina subía y luego bajaba.

Lo primero que noté al volver en mí fueron los árboles que me rodeaban. La luna brillaba en lo alto del cielo y los búhos nocturnos arrullaban en el silencio. Una suave brisa soplaba entre los gruesos pinos, agitando las hojas.

Entonces, sentí su presencia. Mi lobo siempre sabía cuándo estaba cerca. El beneficio de compartir sangre con él, supuse.

Me levanté del suelo del bosque y me volví hacia mi padre. No podía creer que lo estuviera viendo en persona. Antes de esta misión, nunca había pasado más de unas horas lejos de él, pero

ahora llevaba semanas sin verlo.

—Hija —su voz no era ni cálida ni tierna, pero sus ojos me observaban con una expresión oculta. Una expresión que nadie, excepto mi madre y yo, había visto nunca en los ojos de mi padre.

Tragué saliva y di un paso adelante. Me aseguré de mantener una postura erguida y equilibrada.

Tres hombres que reconocí rodeaban a mi padre como su guardia, no es que los necesitara. Mi padre era más que capaz de defenderse solo. Eran sólo una medida de precaución.

—Padre, —incliné la cabeza—. No te esperaba. ¿Fuiste tú quien dirigió el ataque Solitario...?

—Necesitaba una distracción porque necesitaba sacarte de las tierras de la manada.

Así que ya no estaba en Luna de Sangre. ¿Por qué se me encogió el corazón al pensarlo?

—Podías haberte puesto en contacto conmigo, padre. No había necesidad de arriesgarse.

Se aclaró la garganta y me dijo: —Me temo que mi mayor riesgo fue dejarte ahí después de enterarme de lo de Bryant y tú.

Mi sangre se convirtió en hielo.

—Te lo dije, padre, necesitaba asegurarme de ser convincente con esta mentira. No me importa ese hombre, ya no. Estoy comprometida con nuestra misión.

—Pero creo que estás mintiendo. —Sus gélidos ojos azules se clavaron en mí como si pudiera ver mi alma. Temía que pudiera ver la evidente vacilación y cautela en mis ojos. Yo había dominado la cara de póquer, pero en este mundo todos la tenían. Y mi padre había aprendido a reconocer bien la mía.

—Has cambiado de opinión. —No era una pregunta—. Puedo verlo en tus ojos. Te han lavado el cerebro para que pienses como ellos, ¿verdad?

—No, padre, nadie me ha hecho nada.

—Mentirosa —su voz estaba impregnada de ácido.

Mi padre rara vez se enfadaba, pero cuando lo hacía, siempre era un tipo de enfado bajo y letal. La que no requería grandes cantidades de volumen para ser escuchada.

—Entonces, explícame las dudas. ¿Por qué tardas tanto con la piedra? Te he dado tiempo de sobra, pero te detienes en cada esquina. La única explicación lógica que se me ocurre es que te has vuelto hacia tu compañero y has abandonado a tu gente.

—Eso no es cierto, padre. —Quería defender mi punto de vista, pero había algo de verdad en ello.

—Deja de mentirme, Thea. No soy un niño. Soy tu rey.

Abrí la boca, pero no salieron palabras.

—¿Has elegido su bando?

—¡No!

—¡Me parece que sí! —Mi padre se abalanzó sobre mí, con una mirada de pura ira oscureciendo sus facciones—. ¿Cómo has podido hacerle esto a tu pueblo? ¿A mí?

—Padre, por favor... —graznó mi voz al final.

Nunca había visto a mi padre mirarme con tanta decepción. Me dolía físicamente en el pecho.

—¿Qué hay de tu madre? La mataron, Thea.

Con esas palabras, me clavó aún más el cuchillo en el pecho.

—¿Y qué hay del ataque a la aldea, padre? Murieron niños inocentes.

—¿Crees que yo haría algo así? No fui yo. Fue Simon. Nos culpó a nosotros para conseguir más apoyo de su lado. ¿Realmente pensaste que yo... que soy capaz de crímenes tan atroces?

—No, sólo era...

Levantó la mano, deteniendo mis palabras.

—No quiero oír más, Thea. Ahora veo que esta misión ha contaminado tu mente —dijo y luego me acarició mi mejilla con ternura—. Lo único que lamento es haberte permitido aceptar esta misión. Claramente, no estabas preparada.

—¡No! Estaba preparada... estoy preparada. Todavía creo en nuestra causa. Creo que soy aquello por lo que luchamos. Es sólo que... —se me cortó la voz, sin saber qué decir a continuación.

—¿Lo quieres? —Mi padre frotó su pulgar contra mi mejilla.

Cerré los ojos, dejando caer las primeras lágrimas. —No lo sé. Es... difícil.

—Mírame, Thea —me ordenó mi padre.

Hice lo que me dijo.

—Él te rechazó. No te quiere. Si lo hiciera, estaría a tu lado ahora mismo. ¿Pero dónde está?
Calentando la cama de nuestra prima.

Sentí que me subía la bilis del estómago.

—Quiero que me oigas claramente cuando digo esto —dijo mirándome fijamente a los ojos—.
Atacaremos en dos semanas, con o sin la piedra lunar. O estás con nosotros, o estás contra
nosotros, hija. Demasiados de los nuestros se han perdido en esta guerra para que todo haya sido
en vano. Elige tu bando, y elígelo sabiamente.

Mi corazón cayó en picado al suelo. ¿Acaba de darme mi padre un ultimátum? Quería que
eligiera.

No quería elegir.

Se apartó de mí, pero no sin antes depositar un suave beso en mi frente. Luego miró por encima
del hombro e hizo una señal a sus hombres. Uno a uno, se transformaron en lobos y echaron a
correr.

El último que quedaba era mi padre. Me miró fijamente durante un largo rato. Parecía que tenía
algo que decir, pero mantenía los labios apretados.

Luego se inclinó en el aire y se transformó en su impresionante lobo negro. Con una última
mirada por encima del hombro, echó a correr en dirección al Reino de los Solitarios.

Me quedé mirándolo, con lágrimas cayendo por mi cara.

¿Cómo iba a elegir entre el primer hombre al que amé y el amor de mi vida? La respuesta era que
no podía.

Capítulo 23

Bryant

Esto era lo que había temido. Arthur estaba avanzando en mi tierra. Sabía que debería haber exigido hombres a Simon, pero quería apaciguarlo. Ahora, mis tierras estaban bajo ataque.

Las alarmas sonaron en todas las zonas de la manada. Todos conocían los procedimientos; los habíamos practicado muchas veces.

Me dirigí al campo de entrenamiento donde estaban reunidos los demás lobos guerreros.

—Estado actual —miré a mi beta.

David tenía el ceño fruncido. —Contamos dos grupos. Uno que venía de la frontera sur. Otro que vino de la frontera este. Cada grupo tiene unos cinco o seis lobos. Están organizados y parecen ser muy hábiles.

—¿Alguna baja?

—Ninguno reportado hasta ahora. —David se acercó para susurrarme al oído—. Esto parece extraño, Bryant.

—¿Qué quieres decir?"

—Exactamente eso —me apartó de los guerreros—. ¿Por qué enviaría Arthur a diez solitarios a nuestras tierras? Es una misión suicida. Creo que algo más está pasando. Aún no sé exactamente qué es, pero sé que algo no está bien.

—Escucho tus preocupaciones, pero nuestro principal objetivo ahora debe ser sacarlos de nuestras tierras. Podemos preocuparnos del resto más tarde.

David aceptó, pero a regañadientes.

Volvimos con los guerreros y empezamos a hablar de estrategia. Necesitaba al menos a uno de esos solitarios vivo para interrogarlo. El resto debería ser asesinado en el acto.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo así? Matarlos a todos podría ser un poco... excesivo — me dijo uno de los guerreros. Era joven, probablemente de entre 16 y 18 años, prácticamente un

cachorro.

—Los Solitarios han matado a cientos de los nuestros. No sólo de esta manada, sino de muchas otras. No hay piedad para criaturas como ellos. ¿Entendido?

Tragó saliva, pero asintió de todos modos. Sabía que estaban asustados, pero habíamos entrenado para días como hoy.

—Bien, vámonos.

Los conduje fuera del campo de entrenamiento y más adentro en el bosque.

—¡Ahora! —Salté en el aire, transformándome en mi lobo negro. Aterricé sobre mis patas y salí corriendo hacia la frontera sur.

El resto de mis hombres siguieron el ejemplo.

Sepárense. Vamos a encontrarlos y derribarlos, dije a través de nuestro enlace mental.

¡Sí, Alfa!

Nos dividimos en diferentes direcciones y nos dirigimos hacia las fronteras.

Las imágenes de mi madre se repetían en mi mente mientras empujaba mis piernas más rápido. Tenía la cara ensangrentada y el corazón arrancado del pecho. El Solitario se alzaba sobre su cuerpo como un demonio embrujado.

La rabia llenaba mis venas.

Mi lobo estaba sediento de sangre. Quería destruir a algunos Solitarios. Esto sólo sería el comienzo de la limpieza. Mi esperanza era librar nuestras tierras de estos Solitarios tóxicos algún día. Arthur caería, y yo tendría mi venganza.

La sangre debe tener sangre. Ese era su camino, y ahora les mostraría exactamente lo que significa esa afirmación.

A medida que nos acercábamos a la frontera sur, comencé a percibir su miserable olor.

Rodéenlos. Ordené a mis hombres.

Siguieron mis instrucciones y rodearon a los solitarios. Por lo que pude ver, había cuatro delante

de mí.

¿Dónde demonios estaba el último? Pensé que habían contado cinco en cada grupo.

Cuando estaba a punto de ponerme en contacto con David, me tiraron al suelo. Sentí el dolor agudo de las garras clavándose en mi costado, haciéndome aullar.

¡Alfa!

Tres de mis guerreros acudieron en mi ayuda, me quitaron de encima al solitario y lo derribaron al suelo. Justo cuando me ponía de pie, vi a otro salir de entre los arbustos.

Había más de cinco. ¿Cómo habían eludido a mi patrulla de lobos? Seguramente alguien lo habría detectado.

El bribón se abalanzó sobre mí y clavó las patas en el suelo. Se agachó en posición de combate. Era un lobo bastante grande, pero el mío lo era más. Pero no era tan tonto como para descartarlo. El tamaño no importaba cuando se trataba de estas bestias; usaban su habilidad y luchaban sucio para ganar la ventaja.

Entonces, saltó en el aire y me derribó al suelo, pero esta vez estaba preparado.

Me agaché justo antes de que tuviera la oportunidad de golpearme. Giré sobre mis patas y volví a la carga. Tiré a la bestia al suelo y le golpeé en el cuello.

El Solitario soltó un aullido de dolor. Apreté con más fuerza, restringiendo su flujo de aire. En cuestión de segundos, el cuerpo se desvaneció en mi boca, sin vida.

Uno menos, quedan muchos más.

Nunca me gustó matar. Sólo lo hacía cuando era absolutamente necesario, pero estos lobos habían elegido el bando equivocado. No había forma de salvarlos. Cualquier Solitario, para mí, era un Solitario muerto.

Los solitarios y mis guerreros se enfrentaron entre sí, yendo de un lado a otro. Parecíamos tener ventaja, pero estos lobos eran resistentes.

Estaba a punto de asestar un golpe final a un solitario con el que había estado luchando cuando oí un fuerte aullido a través del espeso cielo nocturno.

Los solitarios empezaron a escabullirse rápidamente como si estuvieran retrocediendo. El que tenía debajo me cogió desprevenido, me sacudió los pies y me hizo perder el equilibrio.

Me levanté y miré alrededor de la zona de batalla. Mis lobos me observaban, esperando mis órdenes.

—Alfa, ¿qué debemos hacer? Se están escapando —me dijo uno de mis guerreros cuando se acercó.

Algo dentro de mí se sentía mal. Esto no me gustaba. No era propio de los solitarios iniciar una pelea y salir corriendo de repente. Ellos terminaban lo que empezaban y eso era lo que los convertía en plagas. Nunca sabían cuándo rendirse.

Las preocupaciones de David resonaban en mi mente. Sin duda, algo iba mal. Me preocupaba que, si los seguíamos, nos condujeran directamente a una trampa.

Retírense. Transmití el mensaje. Todos retírense. Comprueben si hay heridos e infórmennos a David y a mí en la casa de la manada.

Me puse en marcha en dirección a la casa.

¿Qué estabas planeando, Arthur?

De vuelta en la manada, todo estaba en silencio. David y yo nos quedamos perplejos porque este no era el comportamiento normal de los Solitarios.

Lo había repasado muchas veces en mi cabeza. Nada tenía sentido.

—Quizá vieron que les superaban en número —David se rascó la nuca—. Ya sabes lo demasiado ambicioso que puede ser Arthur.

Sacudí la cabeza. —Arthur no trabaja así. Es un hombre de estrategia. Nunca pondría a sus hombres en peligro por nada. ¿Cuántos muertos?

—Ninguno.

—¿Cuántos heridos?

—Dos. Ambos son guerreros. Ninguno de los civiles resultó herido.

—Bien. ¿Qué tal un recuento? ¿Están todos?

David abrió su boca para hablar, pero la puerta que se abrió de golpe detuvo sus palabras.

—¡Se ha ido! —Sam tenía los ojos muy abiertos por el miedo—. No puedo encontrarla. Estaba en el centro de curación, pero ahora no está. No le había enseñado el procedimiento. No sabía dónde esconderse y cuando fui a verla... ella... no pude...

Estaba hiperventilando.

—Sam, necesito que te calmes y me digas de qué demonios estás hablando. ¿Quién es ella?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. —Thea. No puedo... no puedo encontrarla. Ellos... creo que se la llevaron... yo...

Mi mundo se desvaneció y los gritos de Sam se volvieron distantes.

¿Qué? ¿Thea había desaparecido?

Sentí que una extraña sensación me llenaba el corazón. Una pequeña punzada aguda me golpeó justo en el centro del pecho. Me llevé la mano al corazón como si me acabaran de apuñalar. Me miré la mano, esperando ver sangre, pero no había nada.

Miré a Sam, que seguía balbuceando. David me observaba con ojos acusadores.

El pánico llenó mis venas y se instaló en mis huesos.

Encuétrala.

Mi lobo ya tenía mis piernas en movimiento antes de que pudiera detenerlo.

—¿Adónde vas? —me gritó David.

—Voy a buscarla —salí corriendo de mi despacho.

—¿Y qué hay de Arthur?

Miré por encima del hombro e hice una pausa. —Me ocuparé de él más tarde.

Los ojos de David se abrieron de par en par y se abalanzó sobre mí. —Ella no es tu pareja, ya no lo es.

—No importa. Aun así, voy a encontrarla.

Y salí corriendo. No me importaba si la había rechazado, ni si las cosas entre nosotros eran raras. Lo único que me importaba era encontrarla. Necesitaba tenerla de nuevo entre mis brazos.

Si Arthur se la hubiera llevado, yo iría a la guerra.

Pasé dos horas buscándola por las tierras y no conseguí nada. Ningún olor, ni siquiera una pista. Había estado en constante comunicación con Sam, quien estaba angustiado, pensando que la había defraudado. Sabía que se culpaba a sí mismo, pero no era culpa de nadie. En todo caso, debería haber sido yo quien le hubiera advertido sobre los procedimientos deshonestos.

En un último esfuerzo, volví a la casa de la manada y fui a su habitación. Tal vez quedara alguna pista allí. Dudaba que la hubiera, pero valía la pena intentarlo.

Cuando intenté abrir la puerta, la encontré cerrada.

—Pero ¿qué...? —Volví a sacudir el pomo, pero no se movió. Estaba a punto de tirar la puerta abajo, pero la abrí de un tirón.

—¿Bryant? —Thea me miró, confundida.

Un pequeño jadeo salió de mis labios al verla. Estaba aquí, en carne y hueso, delante de mí.

Le cogí la cara entre las manos para asegurarme. Sentí su calor bajo mis palmas. Aquellos ojos color caramelo me miraban con curiosidad.

—¿Qué estás haciendo?

No le contesté. Simplemente la atraje hacia mí y la abracé. Enterré la nariz en su pelo. Su aroma se infiltró en mi nariz.

Por un momento, no me devolvió el abrazo, pero al cabo de unos segundos, me rodeó con sus brazos.

—Pensé que te había perdido —le susurré en el pelo.

Sabía que estábamos al descubierto, pero no me importaba. Quería estrecharla entre mis brazos y no soltarla jamás.

No sabía lo que esto significaba para nosotros ahora, pero lo único que sabía era que no sabía si sería capaz de dejar marchar a esta chica nunca más.

Capítulo 24

Thea

Estábamos al aire libre y cualquiera podría habernos visto. Me separé de él, le cogí de la mano, tiré de él hacia la habitación y cerré la puerta de un portazo.

—¿Qué haces aquí? —Mi tono de voz salió un poco más duro de lo que pretendía.

—Vine a ver cómo estabas.

—Bueno, como puedes ver, estoy bien, respirando e ilesa. Creo que ya puedes irte.

—Thea... —se acercó a mí, pero retrocedí. Necesitaba mantener la distancia entre nosotros.

Cuando vio mis movimientos, se quedó quieto, con los hombros caídos en señal de derrota. — Sam también estaba preocupado. No te enseñamos el procedimiento para un ataque Solitario.

Me encogí de hombros: —Me lo imaginaba. Y ninguno de los dos tenía que preocuparse; estaba bien.

—Arthur envió a sus hombres. No estoy seguro de lo que quería. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Cuando no pude encontrarte, pensé que tal vez habían venido por ti.

Tragué saliva, Porque lo habían hecho. Pero pensaba que venían a llevarme prisionera. Sin embargo, en realidad era mi padre quien había decidido hacerme una visita.

Las imágenes del rostro enfadado de mi padre llenaron mi mente. No era así como había pensado que se desarrollarían las cosas. No pensé que me encariñaría tanto con Bryant. No pensé que llegaría a preocuparme por esta gente.

—Estoy bien; no tenías que preocuparte por mí. —Necesitaba que se fuera. Tenerlo aquí frente a mí era una tortura. La culpa me comía viva por dentro y lo único que quería era decírselo. Pero si lo hacía, traicionaría a mi padre.

Salí de su brazos y caminé hacia la cama.

—¿Dónde estabas durante el ataque?

—Vine aquí. No sabía por qué todos huían, así que pensé que éste sería el lugar más seguro. —
La mentira era una que había ensayado.

Se acercó a donde yo estaba. —Estaba preocupado por ti.

Su confesión me golpeó como un camión de diez toneladas. Tuve que romper el contacto visual para no hiperventilar.

—No había necesidad de preocuparse. Estoy bien, como puedes ver. Así que puedes seguir tu alegre camino.

—No —dijo y se acercó, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Cómo que no?

—Quiero decir exactamente eso: No. No me voy. Tenemos que hablar.

—No creo que tengamos nada de qué hablar, Bryant. Deberías irte antes de que hagamos algo de lo que probablemente nos arrepintamos.

Inclinó la cabeza hacia un lado: —¿Y qué sería eso, Thea? ¿De qué nos arrepentiríamos los dos? Porque sé que para mí lo que quiero hacer no será algo de lo que me arrepienta.

Estaba tan cerca que podía oler su fuerte aroma rodeándome. Me atreví a mirarle a los ojos. Ese había sido mi primer error. Su mirada azul se apoderó de mi corazón y de mi alma. Una sensación de calor me llenó el pecho y casi me caigo de espaldas cuando mis rodillas chocaron con la cama.

—Bryant... —se me cortó la voz.

Él levantó la mano y me acarició la mejilla. —Las cosas que me haces, Thea. No sé por qué no puedo olvidarte. Eres un fantasma que me persigue día tras día.

Mi respiración se entrecortaba, mi pecho subía y bajaba lentamente. Estábamos tan cerca que nuestras respiraciones se fundían en una.

—Bryant... —Pero me quedé sin palabras. No sabía cómo responder a eso.

Por un lado, eran las palabras que más ansiaba. Había estado deseando oírle profesar su necesidad de mí. Pero, por otro lado, sabía lo que estaba por venir. Mi padre tenía su plan, y

tanto si tenía la piedra como si no, atacaría. Venía a matarlos a todos.

Su pulgar rozó mi labio inferior con ternura. —He hecho un lío de cosas, lo sé. Todavía hay muchas cosas en el aire y mucha confusión. Pero no puedo negarme lo que realmente quiero.

Tragué saliva—¿Y qué es lo que quieres, Bryant?

Entonces, acercó sus labios a los míos, hasta casi tocarlos. Todo lo que tenía que hacer era inclinarme y nos besaríamos.

Yo quería esto. Mi loba ansiaba esto. El destino ansiaba esto.

Pero no pude hacerlo.

Me agaché bajo su brazo y me alejé de él. No podía estar tan cerca de él y seguir pensando con claridad.

—Thea...

—No, Bryant —dije levantando la mano—. No podemos hacer esto. Estás prometido. Te casas en unas semanas y, además, me dejaste muy claro que yo no te importo.

—Eso fue antes —me respondió intentando acercarse a mí, pero retrocedí.

—¿Antes de qué? —Mi voz era un poco más alta de lo que debería haber sido—. ¿Antes de que me rechazaras y prácticamente me sentenciaras a muerte? No puedes darte la vuelta y decidir que me quieres ahora. No después de todo lo que me hiciste pasar.

—Fue antes de enamorarme de ti.

Se me paró el corazón.

—¿Tú qué? —Mi voz apenas superaba un susurro. No podía creer lo que estaba oyendo—. No, no puedes hacerme esto, Bryant. No es justo. No puedes decir cosas así y no decirlo en serio.

—Lo digo en serio —una expresión de dolor apareció en su rostro—. Maldita sea, Thea. Lo digo en serio hasta la última palabra. No entiendes las cosas que me haces. Me despiertas de formas que ni siquiera puedo describir. Antes de que entraras en mi vida, me sentía prácticamente muerto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. —Detente.

Me estaba rompiendo el corazón, y ni siquiera lo sabía. Cada dulce proclamación era como una daga en mi pecho.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que estar pasando esto ahora?

Mi corazón estaba dividido entre el primer hombre al que amé y el único al que amaría de verdad. Ambos se odiaban y ninguno quería renunciar a su venganza. Y yo estaba atrapada en el medio.

—No —acortó la distancia que nos separaba. Sus grandes manos acunaron mi cara, apoyando su frente contra la mía—. No me importa una mierda nada de eso, ni me importan una mierda Amber o Simon; diablos, me importa una mierda lo que digan. Si tengo que enfrentarme a Arthur con tres hombres, que así sea. Pero no voy a perderte. Pensé que te había perdido hoy, y todo mi mundo se hizo añicos, Thea. ¿Me oyes? Sí. Se hizo añicos"

Cerré los ojos. —Esto no es justo.

La culpa envolvió mi corazón con sus afilados alambres de espino, perforando la suave carne.

Díselo.

La voz quejumbrosa llenó mi cabeza. No podía soportarlo. Me estaba ahogando y sólo la verdad podía salvarme. Pero el problema era que la verdad también podía acabar con él matándome.

—Te quiero, Thea —me levantó la cabeza para que le mirara a los ojos—. Me encanta todo de ti. Me encanta tu sonrisa. Adoro la forma en que no soportas el queso y piensas que es una abominación. Me encanta cómo me miras, con tanta ternura e intriga. Haces que quiera ser mejor persona. Me ayudas a ver las cosas de formas que nunca antes había visto.

Él me amaba, y yo tenía un padre que estaba dispuesto a matarlo.

—No tienes que decir nada ahora mismo. Quedan muchas cosas en el aire. Tengo que lidiar con Amber, sin mencionar a Simon. Pero una cosa de la que estoy seguro es de ti.

—Bryant, tu manada.

—Te querrán.

—La guerra... —Seguí lanzándole excusas.

—Si tengo que afrontarlo solo, lo haré. Pero no voy a perderte.

—No podemos...

—Sí. Podemos —dijo y acercó sus labios a los míos.

Entonces, estrelló sus labios contra los míos en un beso acalorado. Éramos como perros en celo. Hambrientos el uno del otro y necesitados de liberación.

Me agarró por detrás de los muslos y me rodeó la cintura con las piernas. Nos movió hasta llegar a la cama, sin romper nuestro beso ni una sola vez.

Me tumbó suavemente en el colchón. Se separó de mis labios y me miró fijamente.

—Te deseo, Thea —Luego, me besó el costado del cuello—: Quiero esto; te necesito. Pero no haré nada a menos que tú también lo quieras. No tienes que corresponderme, al menos no ahora. Pero te pido que te arriesgues por nosotros. Que des ese salto por nosotros.

Yo también lo quería, pero era demasiado arriesgado.

Observé cómo la piedra lunar colgaba de su collar. La fuente de todos mis problemas. Deseé que nunca hubiera existido. Entonces tal vez las cosas serían diferentes ahora.

Durante toda mi vida, había vivido para apaciguar a mi padre. Cada movimiento que hacía, todas las decisiones que había tomado estaban influidas por él. Nunca pude realmente tomar decisiones imprudentes porque siempre tuve que mantenerme dentro de las líneas dictadas.

Por una vez, quería hacer algo por mí misma.

—Thea, ¿quieres esto? —me preguntó luego de acomodarme un pelo suelto detrás de la oreja.

Asentí con la cabeza. —Pero si vamos a hacerlo, no podemos hacerlo aquí. Hay demasiados ojos y oídos.

—De acuerdo —me picoteó los labios—. Vamos a mi casa. Allí nadie nos molestará".

La emoción me llenó la sangre. —De acuerdo.

No sabía si iba a ser la mejor decisión de mi vida o la peor. Sólo el tiempo lo diría.

Capítulo 25

Bryant

Sus labios se inclinaron hacia arriba en una suave sonrisa. Estaba soñando. Se acercó más a mi pecho. Su pierna se enredó con la mía y su cabeza se apoyó en mi pecho. Hacía cuarenta minutos que tenía el brazo entumecido, pero no me importaba. Me encantaba tenerla así cerca de mí. Todo en el mundo parecía en paz.

Si pudiera, me habría quedado con ella así durante horas. Podría mirarla durante días. Tenía el pelo negro desordenado por todo el cuerpo.

No podía creer que hubiera estado dispuesto a tirar esto por la borda. Este sentimiento de paz y satisfacción. Durante años me habían atormentado los demonios de mi pasado. Pero por primera vez en años, podía dormir en paz. Ninguna pesadilla me atormentaba, los gritos de mi madre no me despertaban en plena noche.

Ella lo había hecho.

Mi padre me había dicho a menudo que mi madre era su paz. Ella calmaba el caos de su mundo. Eso es lo que Thea hizo por mí.

Todos esos momentos a deshoras. Esas miradas robadas que habíamos compartido eran pequeños retazos de paz que apreciaba y guardaba cerca de mi corazón.

No sabía qué iba a pasar a partir de ahora. ¿Haberme apareado con Thea había sido un error? Sí. ¿Me arrepentía? No. Ella era la mujer a la que yo también debía entregarme. Me sentía mal con Amber.

Tenía una tormenta que atravesar, y la primera persona a la que tenía que convencer era David. No podía tener a mi propio beta en mi contra. No sabía cómo Sam lo tomaría, pero para ser honesto, no me importaba. Él era irrelevante en el gran esquema de las cosas.

Mientras tuviera a Thea conmigo, saldría adelante.

De pronto, Sentí un empujón contra mi cráneo. Alguien intentaba ponerse en contacto conmigo a través del enlace mental. Retrocedí, no quería que me interrumpieran en ese momento. Necesitaba unas horas más de felicidad con mi compañera antes de enfrentarme a la realidad.

Le di un beso en la cabeza y la acerqué más a mí. Se movió un poco, pero no se despertó. Dormía profundamente; estaba casi seguro de que podría dormir durante un huracán.

Volví a sentir el empujón, pero esta vez fue más persistente. Quienquiera que intentara localizarme tan temprano estaba tentando a la suerte. No me gustaba que me molestaran, sobre todo cuando estaba con la persona que más quería.

—Más vale que sea bueno—murmuré antes de abrir el enlace mental.

Bryant, te necesito abajo. La voz de David resonó en mi mente.

Abajo, ¿dónde?

Tu cocina. Necesito enseñarte algo.

Cerró el enlace mental sin más explicaciones.

Si se trataba de lo que había pasado ayer, no estaba de humor. No tenía tiempo para las quejas de David. No le gustaba Thea. Lo había dejado muy claro. Pero no toleraría que la criticara como si fuera una solitaria.

Con cuidado, me quité de debajo de Thea. Con mucho esfuerzo, conseguí que no se moviera. Me puse los calzoncillos y salí de la habitación. Me estremecí cuando la puerta crujió, ya echaba de menos su cálido cuerpo contra el mío.

Cuando decían que el amor te convertía en un simplón, no mentían. Todo lo que quería era estar cerca de ella. Ella era mi sol. Yo sólo existía para orbitar a su alrededor.

Bajé las escaleras, dispuesta a encontrarme con mi mejor amigo. Pero al doblar la esquina, me quedé quieto.

—¿Qué hace él aquí? —Miré a Simon, que estaba sentado cómodamente en mi cocina como si fuera su dueño.

—¿Es esa forma de hablarle a tu futuro suegro? —dijo Simon con frialdad. Su rostro no se movió ni un milímetro. Su expresión era completamente inexpresiva. —Toma asiento, Bryant.

La forma en que dijo mi nombre me recordó a la de un profesor que acaba de pillar a su alumno portándose mal. Me cabreó; yo no era su subordinado.

Crucé los brazos sobre mi pecho desnudo. —Estoy bien aquí. No te esperaba, Simon.

—Tampoco esperaba que te comportaras como un fulano.

Una ola de ira lenta y ardiente se encendió. —¿Perdón?

—Ya me has oído.

—No voy a tolerar que me faltes al respeto nada menos que en mi propia casa.

—¡Ya te has faltado al respeto acostándote con esa ramera! —La voz de Simon estaba impregnada de un veneno amargo; prácticamente podía saborearlo.

—No la llares así. —Nadie deshonraría a Thea en mi presencia—. Ella no es una ramera. Es mi compañera y pronto, mi luna.

—¿Has perdido la cabeza? —exclamó David.

—En realidad, estoy bastante cuerdo.

—¿Sabes siquiera con quién te estás acostando? ¿Sabes dónde reside su verdadero linaje?

—Ella ni siquiera lo sabe. Además, me da igual que sea noble de nacimiento u omega. Ella es mía.

Simon chasqueó la lengua contra el paladar. Volvió la cabeza hacia David, que me miraba con auténtico enfado en los ojos.

—Ella no es quien dice ser —la voz de David era fría como el hielo. Tenemos que enseñarte algo. Algo que necesitas saber sobre tu supuesta luna.

Entonces, Abrió el ordenador portátil que sólo en ese momento me di cuenta de que estaba allí. Hizo clic en la pantalla y la voz de Thea llenó la cocina.

—Te lo dije, padre. Ya no me importa ese hombre. Sólo me importa nuestra misión.

Me acerqué a la pantalla. Tenía el corazón en la garganta mientras me acercaba.

En medio del bosque estaba Thea. Estaba de espaldas a quien estuviera grabando esto. Frente a ella estaba un hombre que sólo había visto en mis pesadillas: Arthur.

—Has cambiado de opinión. Te han lavado el cerebro para que pienses como ellos, ¿verdad?

—No, padre.

Sólo hubo dos momentos en mi vida en los que mi mundo se inclinó sobre su eje. La primera fue cuando mataron a mi madre. La segunda fue cuando vi por primera vez a Thea. Ahora estaba experimentando la tercera en mi cocina.

No me lo podía creer.

Le había llamado padre. Se había dirigido a Arthur como su padre.

Misión.

Padre.

Lavado de cerebro.

Solitarios.

Esas cuatro palabras llenaron mi cabeza, rebotaron en mi cráneo y volvieron a mi mente. Mis venas se volvieron heladas mientras los recuerdos circulaban por mi cerebro.

Mi odio hacia los solitarios me calaba hasta los huesos. La rabia que sentía ante su presencia me llenaba el pecho como un potente veneno.

Todo había sido una mentira. Un juego enfermo y retorcido que ella había jugado.

Ella estaba trabajando con él. La misma mujer que había adorado la noche anterior con mis labios. La misma Thea que me había mirado con amor y devoción en los ojos, era una traidora.

Ella era su sangre. No era una espía cualquiera: ella era su hija, su heredera. Y yo me había acostado con ella. Me había apareado con ella con la esperanza de hacerla mi luna.

El aire del lugar se enrareció. Me agarré al borde de la isla, incapaz de mantenerme en pie. La conversación continuó, pero no pude registrar sus palabras.

Mi cerebro se sumergió en las tumultuosas olas emocionales que pretendían ahogarme.

Mi corazón empezó a crujir violenta y ruidosamente.

Arthur había sido la única causa de la ruina de mi familia. El corazón de mi madre yacía junto a su cuerpo sin vida. Un gran agujero en el centro de su pecho. Uno de sus hombres la había matado a sangre fría. Lo que no sabían era que ese día también habían matado a mi padre. No sólo eso, sino que ese día, dieron a luz una sed de sangre en mí. Un monstruo que buscaba ver su ruina.

—La chica no es más que un fraude —las palabras de David llegaron a mis oídos, pero no pude registrarlas del todo—. Vino aquí bajo la apariencia de una fugitiva en busca de asilo. Intentó ganarse nuestra confianza haciéndose amiga de Sam y manipulándote. Todo ha sido un juego para ella, Bryant. Esa bruja no tiene alma, como su padre.

—Eso no es cierto.

Su voz hizo que mi cuerpo se pusiera rígido. Lentamente, me volví hacia ella.

Tenía los ojos marrones llorosos y la nariz arrugada. Sólo lo hacía cuando estaba a punto de llorar. Sus ojos me miraban suplicantes.

—Sé lo que debes pensar de mí —le tembló la voz—. Pero una cosa que quiero que sepas es que no soy una desalmada. Bryant, tienes que creerme cuando te digo que yo...

—Déjate de mentiras. —Me sorprendió lo calmada y uniforme que era mi voz.

—No es mentira, Bryant. Sé que no tienes motivos para creerme, pero yo...

—Tienes razón; no lo sé. Cada palabra que ha salido de tu boca ha sido una mentira. Una mentira venenosa y descarada. Jugaste conmigo como un tonto. Usaste nuestro vínculo como una herramienta para... para... —No me salían las palabras. Me costaba incluso mirarla. Me dolía demasiado. Me había atravesado el corazón con la espada y había matado hasta la última parte que quedaba viva de mi corazón.

—Bryant, por favor. —Ella se movió hacia mí, pero David la bloqueó. Ella trató de moverse más allá de él, pero él no se lo permitió.

—Llévatela —susurré. Verla era demasiado para mí.

David la agarró y empezó a apartarla.

—¡Bryant! ¡Por favor! ¡No lo sabes todo! ¡Bryant!

El dolor era inmenso, pero no apagó la ira que se agolpaba en mi cuerpo. Arthur había ido demasiado lejos esta vez. Me había golpeado justo donde sabía que me dolería.

Mi lobo quería sangre, y yo quería el corazón de Arthur en bandeja de plata.

Listo o no, Solitario, allá voy.

Capítulo 26

Thea

Luché contra el agarre de David. Necesitaba explicárselo todo. Necesitaba que supiera la verdad.

¿Cómo había salido todo tan mal en cuestión de horas? La forma en que me miraba... era como si no pudiera soportar verme.

Aquellos ojos que me habían mirado con tanta ternura y cariño no hacía mucho, ahora contenían tanta repugnancia y desprecio.

Mi mayor temor se había hecho realidad y no sabía qué hacer. Acababa de conseguirlo y ahora volvía a perderlo.

—David, por favor —luché contra su agarre—. Necesito verlo y explicárselo.

—No hay nada que explicar. Le mentiste y trataste de manipular la situación. Tienes suerte de que no te haya matado in situ, solitaria. —Dijo la palabra solitaria como si tuviera ácido en la lengua. Sabía que esto pasaría si descubrían lo que realmente era. Esta gente siempre había despreciado a mi pueblo. Pensaban que éramos salvajes y asesinos, pero se equivocaban. Eran ellos los salvajes.

Siempre había habido mucha tensión entre los lobos de manada y los solitarios. Un baño de sangre que nunca terminaba. Se habían perdido demasiadas vidas inocentes, y seguirían muriendo más.

Pero había esperanza. Bryant y yo éramos la prueba de que los solitarios y los lobos de manada podían coexistir en armonía. Podríamos ser los que rompieran la larga cadena de derramamiento de sangre. Tal vez, esta era la razón por la que la Diosa de la Luna nos había destinado. Tal vez nuestra unión era precisamente lo que nuestro pueblo necesitaba.

Me retorcí en el agarre de David y le di un rodillazo en la entrepierna que lo hizo doblarse de dolor hasta que me soltó. Volví corriendo a la casa y fui directamente a la cocina. Bryant y Simon giraron la cabeza para mirarme.

—Sé que lo que hice fue imperdonable. Pero no soy quien este hombre dice que soy. —Miré fijamente a Simon—. Sí, vine aquí como espía de mi padre. Sin embargo, lo último que esperaba

era encontrarte a ti, Bryant.

—Basta de tonterías. —Simon se levantó de su asiento y se abalanzó sobre mí—. No eres más que una asesina venenosa como tu padre.

—Entonces supongo que debe correr en la línea de sangre, ¿no es así, tío? —La palabra me supo asquerosa. Él no era pariente de mi sangre, pero necesitaba dejar claro mi punto de vista—. Dile la verdad. Confiesa tus crímenes.

Su ceja se crispó. —Deberíamos hacer que te colgaran por tu insolencia.

—¡Dile a Bryant de quién es el corazón que late en tu pecho! Dile a Bryant cómo hiciste matar a mi madre para salvar tu patética vida —escupí. En ese momento, me hervía la sangre y mis emociones estaban a flor de piel. Tenía ganas de arrancarle el corazón que, de todas formas, no le pertenecía.

Podía sentir los ojos inquisitivos de Bryant sobre mí.

—¡Mataste a mi madre!

—No hice tal cosa. —Se atrevió a mentirme a la cara.

—¡Mentiroso! —Intenté saltar sobre él, pero David se acercó por detrás y me agarró de la cintura—. ¡Suéltame! Suéltame. —Luché contra David, pero no cedió.

Sus garras se extendieron y se clavaron en mi piel, perforando la carne. La sangre brotó de los agujeros, haciéndome sisear de dolor.

Oí un gruñido bajo retumbar en la cocina. Tardé un momento en darme cuenta de que procedía de Bryant.

En ese momento, La esperanza se deslizó hasta mi pecho.

Concentré mi mirada en él, deseando que me creyera. Necesitaba explicarme bien cuando no hubiera oídos juzgadores escuchando.

—Bryant —se me quebró la voz—. Por favor... yo... tienes que escuchar.

Sus fríos ojos verdes se clavaron en los míos. —Llévatela. Y esta vez, sométela si es necesario. Arrójala a lo más profundo de las mazmorras para que se pudra.

Sus palabras me atravesaron como una espada de doble filo. La forma en que me miró... rompió algo dentro de mí.

—Bryant... —No podía formular las palabras adecuadas. Sentía como si mi mundo se derrumbara sobre mí. La única vez que pude describir un sentimiento como este fue cuando me rechazó.

—Llévatela.

—No puedes aliarte con este traidor, Bryant. Te hará lo que le hizo a mi padre. Todo lo que esta gente sabe es cómo robar, matar y destruir. No es más que el mismo diablo.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, una mano dura entró en contacto con mi mejilla. Sentí el escozor antes de oír el sonido de la bofetada. Luego, el sabor metálico de la sangre me llenó la boca.

Y la sala quedó en un silencio inquietante.

—¿Cómo te atreves? —la voz de Simon vibró en las paredes.

Entonces, giré la cabeza hacia él, le gruñí y le escupí la saliva manchada de sangre en la cara. Se quedó un momento estupefacto. Pero, cuando se le pasó el susto inicial, una expresión de profunda rabia se dibujó en su rostro.

Fue ahí cuando Su mano rodeó mi cuello y apretó con fuerza. —Puedo hacer que te maten por eso.

—Mátame —las palabras apenas pudieron salir de mi boca—. Pero no te equivoques, Simon. Mi padre quiere tu cabeza en una estaca. Y lo que mi padre quiere, mi padre lo consigue.

—¡Basta! —gruñó Bryant—. Quita tu mano de su cuello, Simon.

Simon se giró en dirección a mi compañero. —Me escupió en la cara. Ningún alfa soportaría eso.

—Si la haces sangrar, me veré obligado a tomar medidas"

Sus palabras hicieron que una brizna de esperanza comenzara a crecer.

—Es una traidora.

—Me corresponde a mí ocuparme de ella —Bryant le dirigió una mirada acalorada—. Dé-ja-la.

Entonces, Simon me soltó de mala gana y yo me dejé caer al suelo, con las rodillas incapaces de sostenerme. Miré a Bryant, pero en cuanto vi su cara, lo supe: toda la esperanza que se había acumulado en mi pecho se evaporó. Sólo me había estado engañando a mí misma.

—Llévatela. —Sus fríos ojos se quedaron clavados en mí—. Y encadénala. Me encargaré de ella cuando termine con la boda.

Mi corazón se rompió en mil pedacitos.

—Boda... —la palabra apenas salió de mis labios. Iba a seguir adelante con su enlace con Amber.

—¿De verdad creías que iba a tirar por la borda nuestro acuerdo, sabandija? —cacareó Simon detrás de mí—. Eres tan ingenua como vil. No eres más que una plaga que necesita ser erradicada de la faz de la tierra.

David se acercó por detrás y me levantó, pero esta vez no me resistí. Dejé que me sacara de la cocina, con la mirada fija en Bryant. Sus ojos sólo mostraban asco.

¿Qué había hecho?

Una vez fuera, David tiró de mí hacia un coche que me esperaba y que no había visto antes. Me empujó al asiento trasero.

Dentro había un guardia; David entró detrás de mí y me colocó entre el guardia y él. Había otro hombre que conducía. Todo el mundo estaba en silencio.

—A las mazmorras, León.

Nos mantuvimos en silencio durante todo el trayecto. A cada metro que nos alejábamos de la casa de Bryant, mi corazón se rompía un poco más.

Cuando por fin llegamos a las mazmorras, seguí en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra.

Luego, David me puso los grilletes de plata en las muñecas. El ardor era intenso, pero nada podía contrarrestar el dolor de mi pecho.

Cuando terminó, salió de mi celda y cerró la puerta. Me miró fijamente un momento y pude ver

el asco y el odio en sus ojos.

—Siempre supe que no se podía confiar en ti.

Me quedé mirando al suelo, con los ojos llenos de lágrimas. —Piense lo que piense de mí, que sepa que lo quiero. Lo quise desde el momento en que lo conocí.

—Y aun así querías acabar con él.

Levanté la vista y lo miré fijamente a los ojos. —Eso es mentira. Tenía un conflicto, un maldito conflicto, David. Tenía que elegir entre mi padre y mi pareja. Todos los días me despertaba con un gran hoyo en el estómago.

—Eres el enemigo. No podemos confiar en una palabra que salga de tu boca.

—Soy su único y verdadero amor —se me quebró la voz al final—. Y él es mío. En quien no deberías confiar es en Simon. Es una víbora en tu jardín.

—No —siseó—. Tú eres la serpiente en nuestra hierba. Y muy pronto, tendrás lo que te mereces.

Se apartó de mí, pero antes de alejarse, miró por encima del hombro y agregó: —Ojalá me hubiera equivocado contigo. Merecía ser feliz, al menos por esta vez.

Luego de esas palabras, me dejó sola en el calabozo.

Las paredes de hormigón vibraban con mis gritos y la plata quemaba la superficie de mi piel con cada movimiento que hacía.

La guerra se divisaba en el horizonte, y los dos hombres que más amaba en este mundo querían masacrarse mutuamente. ¿Y dónde estaba yo? Estaba encadenada, impotente para detenerlo todo.

Capítulo 27

Bryant

Había pasado una semana desde que me enteré de la traición de Thea.

No había logrado dormir. Su rostro me perseguía cada vez que cerraba los ojos. Los recuerdos de la noche que habíamos pasado juntos me atormentaban. Había sido tan perfecta y dichosa hasta que dejó de serlo.

No la había visto desde que le pedí a David que la sacara de mis instalaciones. La mirada de sus ojos aún me dolía, esa mirada de quebranto y desesperanza.

Me quité la manta de encima. La luna brillaba en lo alto del cielo. Era más de medianoche.

El día de mi boda era dentro de tres días y tenía un nudo en el estómago. Amber llegaría mañana, y yo no estaba preparado. No la amaba, pero por el bien de la alianza, seguiría adelante con el trato.

Había visto de lo que era capaz Arthur.

¿Había sabido que Thea y yo seríamos compañeros? Recordé el momento en que nos miramos por primera vez. El asombro que había pintado su rostro no podía fingirse, ¿o sí? Me había equivocado con todo lo que había pensado antes sobre ella. Era una maestra de la manipulación y me había manipulado como a un violín.

No sabía qué era más decepcionante, si el hecho de que mi compañera resultara ser la hija de mi peor enemigo o el hecho de que yo hubiera caído en la trampa.

La había dejado entrar en contra de mi buen juicio.

Si lo pensaba, era realmente cómico. La había rechazado por el bien de mi manada y entonces ella me apuñaló por la espalda alineándose con Arthur.

No tenía otra opción que alinearse con Arthur. Mi voz interior trató de defenderla.

me burlé. Ella había tenido elección. Todos tenemos que elegir, y ella había elegido. Siguió en contacto con Arthur incluso después de enterarse de que éramos compañeros.

Aquella noche, cuando yo estaba aterrorizado de que se la hubieran llevado, ella estaba ocupada planeando y conspirando.

Te quiero, Bryant.

Su voz resonó en mi cabeza, rebotando en las paredes de mi cráneo.

Entonces, sentí como si Algo afilado y mortal atravesara mi carne. El dolor sólo podía describirse como agonía: un tipo de dolor que te mataba lentamente desde dentro hacia fuera.

Mi madre me había advertido una vez que no despertara el amor dentro de ti a menos que estuvieras preparado. ¿Por qué? Porque el amor era como el fuego. Lo mismo que te calentaba y te protegía del frío brutal del mundo también podía destruirte y reducirte a nada más que cenizas.

—Maldita sea, Thea —maldije.

Ella representaba todo lo que yo odiaba. Era una Solitaria, y no sólo eso, sino la hija del Rey Solitario. Él fue la causa de gran parte del dolor en mi vida. Mis padres fueron asesinados debido a su liderazgo. ¿Cómo podía mirar más allá de eso? Debía odiarla. Cada fibra de mi ser debía querer verla en el dolor y el sufrimiento. Sin embargo, mi corazón seguía llorando por ella. Todavía la llamaba, como si ella fuera a responder.

Mi lobo había estado distante desde que Simon llegó. Odiaba a los Solitarios tanto como yo, pero estaba profundamente enamorado de Thea, como yo.

Ya está, lo había dicho. Todavía estaba enamorado de Thea. Las emociones como el amor no desaparecen de la noche a la mañana, sino que se quedan contigo durante mucho tiempo. A veces incluso, nunca se van.

Desearía poder apagarlo, como una especie de interruptor. Pero no podía. Thea había conseguido incrustarse profundamente en mi alma; me costaba separar su alma de la mía.

Nuestro vínculo estaba prácticamente solidificado. Lo único que quedaba eran nuestras marcas. La marca que había planeado darle a la mañana siguiente después de aparearnos.

Ahora estábamos conectados. Los pequeños lazos que nos unían eran ahora más fuertes. Podía sentirla. Y lo que es más importante, podía sentir sus emociones. Podía sentir la tristeza y el dolor que estaba sintiendo en ese momento.

Si se sentía tan triste y deprimida, ¿por qué había hecho lo que hizo? ¿Por qué estaba sufriendo cuando era yo el que había sido apuñalado por la espalda? ¿Acaso me quería? ¿Había sido todo una actuación de principio a fin?

Me levanté de la cama y me puse algo de ropa. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, salí de casa y me dirigí directamente a mi coche.

Ya no me lo preguntaba. Necesitaba saberlo.

En pocos minutos estaba en la entrada de las mazmorras, donde había dos guardias vigilando. No quería que nadie supiera que estaba aquí. Si se corría la voz, Simon no tardaría en enterarse también. Estaba convencido de que tenía a alguien de mi manada vigilando. No podía arriesgarme a que cancelara nuestro trato. Aunque sospechaba que me necesitaba tanto como yo a él.

—Alfa —saludaron los guardias.

—Nadie debe saber que he venido —les dije mirándolos fríamente.

Asintieron y abrieron las puertas de la celda.

Las mazmorras estaban situadas en lo más profundo del bosque, justo al lado de la frontera oriental. Rara vez las usábamos, ya que se utilizaban principalmente para las guerras. Pero con una prisionera del estatus de Thea, necesitábamos un lugar seguro para mantenerla.

Bajé las escaleras de cemento. A medida que me acercaba, su olor se hacía más fuerte.

Las antorchas estaban alineadas en las paredes de las mazmorras, iluminando mi camino. Cuando llegué al final de la escalera, me detuve.

Incluso a la tenue luz de las antorchas, podía ver sus rasgos cansados.

—Ya te he dicho que no tengo hambre. —Su cabeza se apartó de mí, y sus ojos cabizbajos—. No quiero comer.

El corazón me martilleaba con fuerza en el pecho. Verla así me desgarraba el alma.

—Thea... —Ni siquiera podía decir su nombre sin que se me cerrara la garganta.

Levantó la cabeza lentamente. Tenía los ojos muy abiertos, impresionada.

—Bryant... —extendió los brazos, los grilletes temblando alrededor de sus muñecas—. ¿Estás... estás realmente aquí? ¿O... o mi mente finalmente se ha roto?

Parecía tan frágil. ¿Por qué tenía ese aspecto?

Una ira lenta y ardiente me llenó el pecho al pensar que no comía. ¿Por qué se moría de hambre? Pero en cuanto reconocí la emoción, me detuve. Ya no podía cuidar de ella. Era el enemigo, y tenía que seguir recordándomelo.

—¿Por qué? —Mi voz era dura, un marcado contraste con la agitación interna que se producía en mi cuerpo.

—Bryant...

—Necesito respuestas —la interrumpí—. Me debes al menos eso.

Vi cómo sus hombros se hundían un poco. —Te lo debo. Te debo más que eso, de hecho.

Me quedé mirando su frágil estado, esperando a que continuara.

Se lamió los labios agrietados. Estaba a dos metros de su celda, pero así y todo podía ver las quemaduras en sus muñecas. Sentí una punzada de arrepentimiento por haber ordenado que usaran las cadenas de plata, pero decidí ignorar ese sentimiento. No era Thea, mi compañera. Esa chica era una traidora y merecía toda la tortura y el castigo que se le viniera encima. Su gente era responsable de tanta sangre derramada.

—Estábamos perdiendo la guerra —comenzó su relato—. Nuestros hombres menguaban y ustedes se hacían más fuertes. Mi padre temía que pronto serían demasiado fuertes para vencer. Así que buscó una manera de ganar. Una forma de vengar a mi madre y a muchos otros. Se encontró entonces con la leyenda de la piedra lunar.

Entonces me di cuenta.

—Te enviaron aquí para conseguir la piedra. No era una pregunta.

Ella asintió. —Tenía una misión, entrar y salir. Ni una sola vez preví que me encontraría contigo. Eras lo que no jamás me vi venir. Consideré todos los escenarios posibles, excepto encontrarte a ti.

—Qué broma tan cruel me ha gastado el destino —dijo tras una carcajada sin gracia—. Me

habían educado para odiar a los lobos de manada. Me dijeron que eran crueles y poco amables. Sin embargo, cuando conocí a Sam... cuando te conocí a ti, todo lo que había aprendido parecía mentira. Eras más de lo que había imaginado.

Estuve en conflicto durante mucho tiempo. Dos hombres que amaba tan total y completamente en guerra entre sí. No podía elegir un bando. No quería elegir uno. No quería perder a ninguno de los dos.

Pude ver las lágrimas llenando sus ojos.

—Ese vídeo que viste de mi padre y yo era yo intentando razonar con él. Suplicándole que pusiera fin a esta guerra. Ya estaba harta. Estaba harta de ver sangre inocente derramada y familias destrozadas por la muerte. Quería que terminara. Quería la paz".

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. —No sabía cómo hacerlo. Odias a los solitarios con tanta pasión. Tenía miedo de que una vez que descubrieras la verdad sobre mí, me odiaras también.

Sus palabras me atenazaron el corazón.

—¿Por qué te iba a importar? Sólo te has acercado a mí por esto —agarré el collar que colgaba de mi cuello.

—Puede que todo empezara así, pero con el tiempo... me enam...

—¡Cállate! —rugí—. Alguien que me ama no haría esto.

Las lágrimas cayeron de sus ojos. —¡No tuve elección, Bryant! Si pudiera volver atrás ahora, lo haría.

—Bueno, es una pena que no puedas entonces. —Mi voz estaba impregnada de veneno mortal, y hasta yo me sorprendí de su amargura—. Me usaste.

—Yo no... —se le quebró la voz—. Cada momento que compartí contigo fue precioso para mí, Bryant.

—¡Deja de mentir!

—¡No estoy mintiendo! Todo lo que te estoy diciendo es verdad. Es sólo que estás tan

profundamente arraigado en tu odio hacia mi pueblo que no puedes verlo. Pero sé que lo sientes, Bryant. Sé que sientes mis emociones, y sabes que mi corazón sólo late por ti.

Tenía razón; podía sentirla. Pero eso no cambiaba nada.

—Simon es un mentiroso. No se puede confiar en él.

—¿Y en ti sí? —me burlé.

—Él es la razón por la que estalló esta guerra. Simon es mi tío, y mi madre era su hermana.

Ante sus palabras, Me quedé quieto. —¿Qué?

—Mi madre descubrió que estaba apareada con mi padre poco después de cumplir la mayoría de edad. Pero cuando mi abuelo se enteró, condenó su unión. Mi madre se negó a dejar a mi padre, y abandonó su hogar para estar junto a su pareja.

Unos años más tarde, Simon cayó enfermo y necesitaba un corazón nuevo. Simon y mi madre eran gemelos, y ella era la pareja perfecta para él. Vieron a mi madre como una traidora y, por lo tanto, prescindible. La secuestraron de nuestra casa y la mataron para quitarle el corazón. Eso fue lo que desató la ira de mi padre hacia los lobos de la manada. Se lo habían quitado todo y quería venganza.

No podía creer lo que estaba oyendo. Seguro que hubiéramos oído hablar de esto.

Sabía sobre la hermana gemela de Simon, pero me habían dicho que había sido asesinada por los Solitarios. Fue una de las muchas razones por las que las manadas se unieron para hacer la guerra contra Arthur.

—Mi padre sólo quiere vengar a mi madre. Simon les mintió a todos. Puedes creer lo que quieras, Bryant, pero estas dos cosas son ciertas. Simon no es tan inocente. Él sabe de sus crímenes, y es por eso que está tan desesperadamente tratando de matar a mi padre. Y lo último es que se avecina una guerra, Bryant. Mi padre no se detendrá ante nada para vengar a su compañera.

No sabía qué pensar.

Thea era una traidora, y bien podía estar mintiendo. Pero había una pequeña parte de mí, quizá la parte que aún la añoraba, que creía cada palabra que decía.

Si estaba en lo cierto, significaba que estaba a punto de derramarse sangre.

Capítulo 28

Thea

No tenía ni idea de la hora ni del día que era. No había ventanas en los calabozos. Lo único que veía durante todo el día era acero y hormigón. Pero, por lo que pude calcular, hacía al menos tres días que Bryant había venido a verme.

Había repetido nuestra conversación una y otra vez en mi cabeza.

Sabía que no me había creído, y no lo culpaba por ello. Después de todo, a sus ojos, yo no era más que una traidora. Había ido en contra de mi padre, y había roto el corazón de mi compañero. Con la esperanza de salvarlos, encendí un fuego aún mayor que probablemente nos abrasaría a todos.

Sabía que iba a seguir adelante con la boda con Amber. Necesitaba la ayuda de Simon, necesitaba que sus hombres tuvieran una oportunidad contra mi padre.

Tiré de mis grilletes, y la plata abrasaba mi piel.

Me habían rociado con acónito y el veneno me hacía sentir mal. Sabía que me temían. Lo veía en la forma en que me miraban los guardias. Yo simbolizaba todo lo que les habían enseñado a odiar.

Apoyé la cabeza contra el muro de hormigón y cerré los ojos.

Sabía que el dolor llegaría pronto. Sólo era cuestión de tiempo. Bryant y yo habíamos reforzado nuestro vínculo al aparearnos. Esto sólo significaba que romper ese vínculo sería más doloroso que nunca.

Esta vez sabía que me mataría, pero estaba preparada. Estaba lista para morir. No me quedaba nada en este mundo por lo que vivir. Mi padre estaba tan cegado por su odio y rabia que no podía ver más allá. Bryant iba a aparearse con otra, y yo no podía detenerlo. Luego estaba Sam: me preguntaba dónde estaría. Esperaba que viniera a verme, pero tampoco quería que me viera. Yo era una razón para que él también me odiara, como Bryant.

Sam se había metido rápidamente en mi corazón; había visto lo bueno en mí. Fue una de las primeras personas que realmente me vio y se preocupó lo suficiente como para ayudarme.

Lo siento, Sam.

Deseaba poder decírselo en persona. Quería explicárselo todo. Decirle cómo me había hecho cambiar de opinión sobre las manadas de lobos. Me había ayudado a dejar atrás mi odio y a ver más allá. Pero sabía que David debía de haber llegado a él y me había pintado como un demonio.

—Tienes un aspecto horrible —su voz llegó a mis oídos.

Mis ojos se abrieron y me giré en dirección a la voz.

Junto a los barrotes de mi celda estaba Sam, vestido con un traje negro. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y su rostro mostraba una expresión ilegible. Jadeaba y llevaba la corbata desabrochada.

—Sam... —comencé a decir. Me habría puesto de pie, pero me sentía débil. No había comido en días y el acónito mantenía a mi lobo sometido—. Estás aquí.

Hizo caso omiso de mis palabras y abrió mi celda. Se precipitó hacia mí y se agachó para quitarme los grilletes.

—Por mucho que esté enfadado contigo ahora mismo —sus ojos se desviaron hacia mí momentáneamente—. Necesitamos tu ayuda.

Sus ojos contenían un nivel de pánico y miedo que me heló la sangre.

—¿Qué ha pasado? —El cansancio abandonó mi cuerpo e inmediatamente me puse en alerta máxima.

—Tu padre está aquí.

Me dio un vuelco el corazón.

—Acaba de atravesar la frontera oriental. Lo están conteniendo, pero no sé por cuánto tiempo. Bryant es inflexible en la lucha, y también lo es Simon.

—¿Simon está aquí?

Asintió con la cabeza. —Hoy es la boda, por eso llevo traje —me dijo y luego me ayudó a ponerme de pie—. Pero parece que esta boda está a punto de convertirse en un baño de sangre.

Apoyé la espalda contra la pared, aún con fuerzas.

—No creo que seas una traidora —se agarró a mis hombros y me miró fijamente a los ojos—. Al contrario, creo que eres la respuesta para acabar con todo esto. Entonces no lo sabía, pero ahora estoy seguro. Este es tu propósito, Thea. Tú y Bryant son la respuesta para poner fin a esta guerra. La hija del Rey Solitario y pareja de uno de los alfas más poderosos que han existido. Tú eres la respuesta, Thea.

—No sé cómo voy a parar esta guerra. Se empeñan en matarse unos a otros.

—Te escucharán. —La convicción en su voz removi6 algo dentro de mí—. Son tu padre y tu pareja. Eres la persona más importante en sus vidas.

—Bryant me odia. —La afirmación me produjo una punzada de dolor en el pecho.

—Él no te odia. Simplemente está herido. Cometiste errores, pero esos errores te trajeron aquí, a esta manada y a él. Creo que todo esto es parte del plan, pero para que esto se detenga, tienes que ser tú quien ponga fin a todo.

—De acuerdo.

Si esto significaba que podía salvar a mi padre y a mi pareja de la destrucción, entonces estaría dispuesta a hacer cualquier cosa.

—Genial, —dijo y me agarró de la mano—. Tenemos que darnos prisa.

Sam prácticamente me arrastró fuera de las mazmorras. Tenía un coche esperando en la puerta, al que subimos rápidamente y nos dirigimos hacia donde estaban todos.

En pocos minutos, estábamos frente al gran salón.

—Oh, no—Habíamos llegado demasiado tarde. Los lobos estaban por todas partes; luchando a izquierda, derecha y centro.

—Sólo tenemos que encontrarlos, —me dijo Sam todavía esperanzado—. ¡Sal del coche, Thea!

Le hice caso y salí del coche. En ese momento, mi cuerpo funcionaba a pura adrenalina. Fuera cual fuera el veneno que me había infectado, había desaparecido o, al menos gran parte.

—Tengo que ir a ayudar a los demás. Tú encuentra a Bryant y pon fin a esta guerra. —Antes de

irse, me agarró la cara y me obligó a mirarle—. Él escuchará. Sólo háblale a su corazón.

No esperó a que le respondiera. Se apartó de mí y corrió directo a la batalla, saltando en el aire y transformándose en lobo.

Me volví hacia el caos que tenía ante mí. Algunos lobos yacían sin vida en el suelo, mientras otros continuaban luchando entre sí con valentía.

Escudriñé el campo de batalla y, finalmente, mis ojos se posaron en el gran lobo negro de Bryant. Mi corazón dio un vuelco ante lo que vi. Frente a Bryant estaba mi padre, que tenía los dientes enseñados y la postura preparada.

Mis patas se movieron antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo. Salté en el aire, me transformé en lobo y aterricé. Tardé un momento en estabilizarme, pero cuando lo logré, me puse en marcha.

Tenía que detenerlos. Una vez que se atacaran el uno al otro, yo ya no podría detenerlos.

Intenté comunicarme con mi padre a través de nuestro enlace, pero el acónito había bloqueado la conexión. El acónito tardaría en abandonar mi cuerpo por completo.

Estaba a sólo unos metros de donde se encontraban. Pero justo cuando estaba a punto de interponerme entre ellos, me derribaron al suelo.

Cuando me levanté rápidamente, me encontré cara a cara con un lobo de pelo arenoso.

Amber.

Me enseñó los dientes y se abalanzó sobre mí, pero esta vez yo estaba preparada. Me giré justo a tiempo para esquivar su golpe, pero al hacerlo, consiguió clavar sus garras en mi pata trasera. Aullé de dolor y le devolví el golpe.

Mis movimientos no fueron tan rápidos como me hubiera gustado, Amber los esquivó con facilidad. Consiguió atraparme de nuevo, pero esta vez desde la nariz.

No me sentía tan ágil y rápido como me hubiera gustado.

Amber consiguió ponerme boca arriba, con su pata presionando mi cuello. Mi fuerza no estaba donde debía estar. El acónito me tenía luchando con una mano atada a la espalda.

Mi visión entraba y salía de foco.

Necesitaba seguir luchando. Pero no sabía cómo.

Sin embargo, en un momento, Amber estaba allí, y al siguiente, había desaparecido. En su lugar estaba mi padre, que la había tirado al suelo. Me daba golpecitos en la cabeza con su nariz, deseando que me levantara, pero mi cuerpo no ayudaba.

Cuando miré hacia abajo, vi la herida sangrante en mi pierna.

Con las pocas fuerzas que me quedaban, volví a mi forma humana.

—Detén la pelea, papá —le dije entre jadeos—. Yo... yo... lo amo.

Podía saborear la sangre derramándose en mi boca. No sabía cuánta vida me quedaba. Todo lo que sabía era que necesitaba que todo esto terminara de una vez. Suficiente guerra, suficiente derramamiento de sangre. No merecía la pena.

Mi madre no habría querido que pasara nada de todo esto.

—Termina... termínala —dije y respiré.

Sentía que el oxígeno de mis pulmones era más denso y me costaba más exhalarlo.

Me miró fijamente durante un momento en su forma de lobo y pude ver el conflicto detrás de sus ojos. Sabía que esto era duro para él. Esta guerra había consumido su vida, y ahora yo le pedía que parara.

—Por favor...

La vista se me nublaba y la respiración se me hacía más entrecortada.

Cuando mis ojos se cerraron, lo último que vi fue a mi padre siendo derribado al suelo por Amber y Simon.

Entonces todo se volvió negro.

Capítulo 29

Bryant

Vi como Arthur era llevado al suelo por Simon y Amber. Lentamente, me levanté del suelo; había decidido que yo iba a matarlo, nadie más. Me había derribado sorpresivamente, pero ahora yo iría por él.

Clavé las patas en el suelo y me centré en mi objetivo. Pero cuando mis ojos se desviaron hacia la izquierda, me detuve.

Tumbada en el suelo, con el pecho apenas subiendo y bajando, estaba Thea. Estaba desnuda y cubierta de arañazos y moretones. Podía ver la herida que manaba sangre de su pierna.

Me dio un vuelco el corazón.

Simon y Arthur se enfrentaban, completamente inmersos en su batalla.

Amber se detuvo a unos metros del cuerpo inmóvil de Thea. Gruñó en su dirección y alargó las garras.

Me adelanté y la derribé antes de que pudiera hacer nada.

Cayó al suelo con un fuerte golpe y miró en mi dirección con cara de asombro y rabia.

Me gruñó, pero la miré con frialdad. Se levantó rápidamente y se mantuvo firme.

Volvió a mirar en dirección a Thea, pero me interpuse rápidamente entre ellas y le bloqueé la vista. Le gruñí como segunda advertencia. Una más y me vería obligado a tomar medidas contra ella.

Esperaba que Amber fuera lo bastante lista como para no intentar desafiarme, pero por desgracia no fue así: se agachó y se preparó para atacar.

Mi lobo era mucho más grande que el suyo, lo que significaba que tenía mucha más fuerza que ella. Pero no sería tan tonto como para descartarla; después de todo, ella había sido entrenada por Simon.

Retírate. La miré fijamente.

No quería pelear con ella, pero si ella golpeaba primero, mi mano se vería forzada.

Sin embargo, gruñó y se abalanzó sobre mí. Yo estaba preparado y logré esquivar su ataque inicial y la agarré por el cuello. Soltó un fuerte gemido, intentando zafarse de mi agarre.

No iba a matarla, pero necesitaba someterla.

La tiré a un lado.

Vi en mi periferia cómo Simon se colocaba sobre Arthur, listo para asestar el golpe final. Me abalancé sobre él y lo derribé al suelo.

Nos levantamos al mismo tiempo y nos rodeamos.

¡Ya basta! Intenté impregnar mi mensaje en su mente. *No. Más.*

¿Qué quieres decir? Su voz resonó en mi mente. *Son el enemigo.*

Ya no. Ella es mi compañera, Simon.

Sus ojos brillaron con una ira al rojo vivo. *¿Qué traición es ésta?*

Podía sentir la ira que irradiaba de él, pero no me importó.

Lo sé. *Sé lo que le hiciste a su madre. Sé lo que tu padre le hizo a Arthur.*

Observé su cuerpo visiblemente tenso.

No sé lo que crees que sabes, pero está mintiendo.

Di un paso hacia él. *No creo. Me había devanado los sesos tratando de negar sus afirmaciones, esperando que estuviera equivocada, pero no lo estaba. Lo sentí y lo investigué. Hiciste que mataran a tu hermana, la compañera de Arthur, para quedarte con su corazón.*

No respondió nada.

Esa era toda la respuesta que necesitaba. Aquel día en la celda supe que sus palabras eran ciertas. Había sentido la honestidad a través de nuestro vínculo, pero había intentado luchar contra ella.

Tras algunas investigaciones y algunos archivos perdidos recuperados, confirmé lo que ya sabía.

—¡Es una mentirosa!

No. Me acerqué a él de nuevo. Tú eres el mentiroso aquí. Lo que tú y tu padre hicieron fue un crimen atroz que desató un baño de sangre. Arthur está en su derecho de vengarse.

Ella misma era una traidora. No era mi hermana, sino una repugnante y vil solitaria.

Y ahí estaba. La confesión que había estado esperando.

Retírate, Simon. Si no te retiras, me veré obligado a matarte. Haz lo correcto y no dejes huérfana a tu hija ho'.

Respondió soltando un gruñido bajo. Era tan estúpido como su hija. De acuerdo, Simon era igual de grande que yo, pero yo tenía el poder de la piedra lunar incrustado en mí.

Última oportunidad, Simon. Detente, basta.

Un verdadero guerrero nunca se rinde.

Entonces, Simon se abalanzó sobre mí, caímos al suelo y rodamos por el bosque, de un lado a otro. Golpe por golpe y mordisco por mordisco. Ambos atacábamos y defendíamos con la misma fuerza.

Nos separamos y nos rodeamos.

Todos los lobos que nos rodeaban parecieron detenerse para ver cómo se desarrollaba lo que estaba ocurriendo. Incluso los Solitarios se habían aquietado.

Rara vez ocurría que dos alfas se enfrentaran entre sí. Sólo se había registrado un incidente similar. Y siempre que se producía una circunstancia como esta, acababa con la muerte de uno de los alfas.

Esto era a muerte, y yo no pensaba dejar esta tierra pronto.

Entonces, Simon volvió a abalanzarse sobre mí. Me agaché justo a tiempo y me giré hacia él para luego abalanzarme sobre él y lanzarle mi zarpa por los aires. Mis garras se clavaron en su carne que comenzó a sangrar. Soltó un fuerte aullido antes de rechinar los dientes.

¿La protegerías?! Su voz retumbó en mi mente.

Yo pensaba lo mismo. Pero, por lo que veo ahora, tú eres el traidor aquí. Llevas en tu pecho un corazón que no te pertenece. Tomaste la vida de la compañera de alguien y lo forzaste a una vida en soledad. Cometiste un crimen imperdonable y atroz.

Nos abalanzamos el uno sobre el otro y esta vez conseguí meterle la pata en la boca y apretar con fuerza. Gritó de dolor y consiguió apartarme de un puntapié.

Luego, se puso de pie sobre sus tres patas buenas y mantuvo su pata herida levantada.

Y nuevamente, se abalanzó sobre mí.

Era hora de acabar con esto.

Me incliné en el aire y me retorcí. Aferré su cuello y mordí con fuerza. El sabor metálico de la sangre me llenó la boca, pero seguí mordiendo hasta que oí cómo se le rompían los huesos.

Luchó contra mi agarre. Sin embargo, logré esquivar cada golpe y cada ataque de su parte.

Sentí que su cuerpo se quedaba sin vida. Cuando exhaló el último suspiro, su cuerpo quedó inerte.

Entonces, dejé caer su cuerpo sin vida al suelo y me giré para mirar a Sam, que me observaba en estado de shock.

Salí de mi lobo y me coloqué frente a la congregación de lobos. El silencio era tal que se podía oír caer un alfiler.

Las hojas se mecían con la brisa y las nubes se cernían sobre el cielo. La atmósfera empezó a cambiar y un frío glacial se apoderó de la zona.

Sam, me comuniqué con mi mejor amigo a través del enlace mental. Thea. Necesita atención médica.

Sam se acercó rápidamente a ella.

No quería creer que le hubiera ocurrido algo terrible. Todavía podía sentir su débil pulso; débil, pero real.

—Alpha Simon cometió un crimen atroz. Mató a la pareja y esposa del rey Arthur en un acto de egoísmo y crueldad. Sus acciones desencadenaron una guerra que duró décadas y causó muchas

batallas y muertes. Está muerto, y la deuda ha sido pagada.

Amber, que yacía en el suelo junto al cuerpo sin vida de su padre, gimoteó. Comprendía las tradiciones y sabía que el desafío de su padre sólo podía acabar en muerte. Había sido tan estúpido como para no aceptar mi clemencia.

Volví mi atención hacia Arthur, que me miraba fijamente con una expresión ilegible en el rostro.

—Arthur, es hora de terminar esta guerra. Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre. No tenemos que continuar así. Depongo mis armas y pido la paz. No sólo por mí y mi gente, sino por mi compañera, Thea.

Ya lo sabía. El secreto que había intentado ocultar durante tanto tiempo había salido a la luz, y sentí como si me hubieran quitado un peso de encima.

—Thea Crescent es mi compañera y mi luna. La Diosa de la Luna me la regaló. Fui ciego al principio pensando que necesitaba rechazarla para salvar a mi pueblo. Pero, estaba equivocado. Ella era la respuesta a la salvación de mi pueblo. Ella era la clave para detener esta guerra.

Sé que muchos de ustedes están confundidos, y algunos incluso pueden estar un poco enfadados. Sin embargo, a mí no me importa.

Luego corrí hacia donde Sam estaba trabajando con Thea. Cuando estuve cerca, me arrodillé junto a ella y le acaricié el pelo. Aún tenía los ojos cerrados y el pulso débil.

—Tenemos que llevarla al centro de curación. Apenas respira por sí misma.

El pánico se instaló en mis huesos. Ya la había defraudado infinidad de veces. Le había fallado en cada oportunidad que había tenido de demostrar mi valía. Pero ahora había terminado con eso y sería el compañero que ella se merece. Pasaría el resto de mis días demostrándoselo. Todo lo que necesitaba era que siguiera viva para poder demostrárselo.

Capítulo 30

Thea

Lo primero que noté fue el dolor, uno punzante que se negaba a parar.

Lentamente, abrí los ojos. Pero tan pronto como el fluorescente brillante golpeó mis ojos, los cerré.

Gemí, con la cabeza palpitando y dando vueltas. El fuerte olor a antiséptico me llegó a la nariz.

¿Qué ha pasado?

La batalla. Simon. Bryant y mi padre luchando.

—Thea —la voz de mi padre llegó a mis oídos.

Abrí los ojos, con la respiración entrecortada.

Giré la cabeza hacia un lado y encontré a mi padre sentado en un rincón de la habitación. Sus ojos brillaban contra las luces fluorescentes.

Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vi. Sus ojos azules estaban apagados y sus rasgos cansados. Mis ojos bajaron hasta su brazo, que estaba en un cabestrillo.

—Papá... —mi voz salió entrecortada y grave.

Se apresuró a sentarse a mi lado, con la preocupación pintada en sus facciones. —¿Necesitas algo? ¿Quieres agua? Déjame llamar a la enfermera y que alguien te traiga agua"

—No dije y sentí como si cuchillas de afeitar pasaran por mi garganta—. Agua... allí...

Señalé la jarra que estaba sobre la mesa auxiliar.

—Vale —cogió la jarra con una mano y la vertió en la taza vacía que tenía al lado. Luego, me acercó la taza a los labios y me ayudó a saciar la sed.

Cuando terminé, se apartó ligeramente.

La sala se llenó de una pausa embarazosa. No se intercambiaron palabras, sólo miradas. Bueno, mi padre me miraba mientras yo miraba a cualquier parte menos a él.

La última vez que habíamos hablado, había sido de forma muy acalorada y desagradable. Y ahora no sabía qué decir.

Lo había acusado de asesinato y prácticamente abandonado su causa de toda la vida.

—Papá, sólo quería...

—Necesitaba decirte...

Hablamos los dos a la vez, interrumpiéndonos el uno al otro.

—Habla tú —le dije. No estaba segura de lo que me diría. Había una parte de mí que sabía que se enfadaría o, como mínimo, que le molestaría lo que había hecho.

—Quería disculparme —se acercó de nuevo al lado de mi cama—. Durante años, sólo podía pensar en esta guerra. Me consumía. Necesitaba hacer pagar a los asesinos de tu madre. Me habían quitado la luz de mi vida, y yo quería quitarles la vida a ellos. Pensé que vengándola encontraría la paz, que por fin se haría justicia. Y así perdí de vista mi otra luz. Dejé que mi oscuridad me consumiera y no vi que te estaba arruinando a ti en el proceso.

—Papá, no me arruinaste.

Me ofreció una sonrisa triste. —Casi. Iba a hacerte lo mismo que Simon me había hecho a mí. Iba a matar a tu compañero a sangre fría. Ni una sola vez pensé en cómo te afectaría. Te pedí que apagaras tus instintos naturales, todo para que mi plan pudiera completarse.

Su voz se hacía más gruesa con cada palabra que pronunciaba. Pude ver las lágrimas rebosando en sus ojos.

Mi padre nunca lloraba. La única vez que recuerdo que lloró fue en el funeral de mi madre.

—Te pido perdón, Thea —dijo agarrando mi mano y llevándosela a los labios—. Eres el latido de mi corazón. Dejé que mi necesidad de venganza me cegara por un momento, pero ahora te juro que no volveré a hacerlo. Te mereces un padre que te proteja del mal, no que lo cause. Puede que no siempre acierte, pero te prometo que me esforzaré por hacer siempre lo correcto

por ti.

Una sola lágrima bajó desde sus ojos hasta su mejilla. Observé la gota de principio a fin.

Se me cerró la garganta y el escozor de mis ojos hizo que se me llenaran de lágrimas.

—No hay nada que perdonar. Cometiste algunos errores debido al dolor que sentías, pero eso no te convierte en mala persona ni en mal padre —le dije con una sonrisa y con las lágrimas cayendo de mis ojos—. Quiero que encuentres la paz para que mamá pueda descansar tranquila.

—Lo he hecho, cariño —asintió. Más lágrimas cayeron de sus ojos—. La he encontrado, y sé que ella también la ha encontrado por fin.

Luego, se sentó en mi cama y me estrechó entre sus brazos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, pero cuando me aparté, sus lágrimas se habían secado y una pequeña sonrisa se dibujaba en su rostro. Me besó la coronilla y me apretó un poco fuerte.

—Es bueno —dijo mi padre en la silenciosa habitación.

—¿Quién?

—Bryant.

Me aparté de mi padre para poder mirarle a los ojos. —¿Hablaste con él?

—Desde hace bastante tiempo, en realidad. Quería disculparse formalmente por todo lo que había pasado entre ustedes dos. Me dio su palabra de que no te rompería el corazón.

Sonreí, pensando en Bryant. No sabía exactamente a qué atenernos, pero el hecho de estar en el centro de curación y no en una celda era una buena señal.

—¿Dónde está?

Mi padre señaló la puerta con la cabeza. —Ha estado esperando a que te despertaras. No se ha separado de ti desde que llegaste.

Una cálida sensación me llenó el pecho.

Había estado conmigo todo el tiempo. Ese pequeño destello de esperanza creció ante este nuevo descubrimiento.

—¿Y qué hay de Simon?

Las facciones de mi padre se endurecieron. —Está muerto. Bryant lo mató.

—¿Que hizo qué? —mis ojos se abrieron de par en par ante sus palabras—. ¿Por qué haría eso?

—Para conseguir la venganza que necesitaba sin tener que enfrentarse al confinamiento. Un alfa puede luchar contra otro alfa si se le desafía, y Simon se negó a rendirse. Creo que lo hizo por ti. Sabía que matar a Simon traería algo de paz a tu corazón.

Me quedé sin palabras.

—Necesito verle.

Mi padre asintió y se levantó de su asiento. Pero justo cuando estaba a punto de despedirse, la puerta se abrió, dejando ver a un Bryant sin aliento.

Los ojos de Bryant se cruzaron con los míos y el mundo se detuvo como en el momento en que lo vi por primera vez.

—LOs dejo para que hablen. —Apenas tuve tiempo de registrar sus palabras antes de que saliera de la habitación.

Bryant y yo nos miramos fijamente, completamente consumidos el uno por el otro.

—Hola —la palabra salió de mis labios en un tono jadeante.

—Hola —su voz era profunda y gruesa, impregnada de algo que no supe reconocer.

Los dos nos quedamos esperando; no sabía exactamente a qué, pero llevábamos mucho tiempo separados y yo ya no quería esperar más. Habían pasado demasiadas cosas entre nosotros. No quería perder más tiempo juntos.

Le tendí la mano —Ven aquí.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces.

Cruzó la habitación con tres largas zancadas y me cogió de la mano, se sentó a mi lado en la cama y me miró fijamente a los ojos.

Su pulgar dibujó círculos reconfortantes en el dorso de mi mano. Su aroma familiar me llenó las

fosas nasales y dejé escapar un suspiro bajo y ahogado.

—Pensé que te había perdido.

Le acaricié la cara con la palma de la mano: —Creí que te había perdido. Después de nuestra pelea y todo lo que pasó...

Sus labios cubrieron los míos en un beso acalorado y posesivo. Me fundí con él, la preocupación que me había acribillado los huesos se desvaneció.

Cuando se apartó, apoyó la frente sobre la mía. —Ya está hecho. Ya no quiero centrarme en el pasado, Thea. Lo único que quiero es construir un futuro contigo. No puedo hacerlo si seguimos mirando todos los errores que ambos hemos cometido.

Éstas eran las palabras que anhelaba oír.

—Metí la pata. Permití que mi dolor anterior recayera sobre ti, y eso no fue justo—dijo y me besó los labios suavemente—. No soy perfecto, Thea. Aún tengo que superar muchas cosas. Muchas cosas de las que tengo que curarme, pero una cosa que sé es que te quiero con todo mi corazón. No sé qué nos deparará el futuro, pero todo lo que sé es que mientras te tenga a mi lado, podré conquistarlo todo.

Cerré los ojos y sentí alivio. —No sabes cuánto significan esas palabras para mí. Quiero esto y quiero lo nuestro. Pero necesito que estés segura. No puedo permitir que cambies de opinión a mitad de camino. Necesito que me aceptes del todo.

—Sí, cariño. —Me besó los labios una vez más—. Amo cada parte de lo que eres. Fui un tonto entonces, pero te prometo que ahora lo haré mejor. Pasaré el resto de mi vida siendo el hombre que te mereces. Te mereces lo mejor de mí, Thea.

—¿El resto de tu vida? Eso suena a mucho tiempo —bromeé—. ¿Estás seguro de que estás listo para eso?

—Una eternidad contigo suena muy bien.

Me besó con todo su corazón y toda su alma. Sentí cómo la electricidad recorría todo mi cuerpo, despertando cada célula.

Éste era sólo el principio de nuestra eternidad. Aún quedaban muchas cosas por descubrir y

muchos giros y vueltas en el horizonte. Sin embargo, sabía que, mientras lo tuviera a mi lado, podría hacer frente a cualquier tormenta que se cruzara en mi camino.